

LIBRERIA

de **Antonio García Santos**

Esta casa tiene un gran surtido de libros de Derecho,
--- Historia, Literatura, etc., á precios módicos ---

COMPRA Y VENTA DE LIBROS DE TODAS CLASES

SE ATIENDEN PEDIDOS DE LAS PROVINCIAS

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERIA

- Piñero*: Derecho penal; conferencias tomadas taquigráficamente al profesor de la materia Dr. Osvaldo Piñero. (Único texto que responde al programa actual). 1 tomo encuad. \$ m/n 15
- Apuntes de derecho internacional público*, extractado de varios autores con arreglo al programa íntegro del Dr. E. L. Bidau, catedrático titular. 1 tomo..... » » 10
- Mourlon*: Estudios sobre el Código Civil Francés, versión castellana anotada y concordada con los códigos argentino, uruguayo y chileno, por Adolfo A. Mayer. Tomo 1 encuadernado..... » » 8
- Machado*: Compendio del Código Civil Argentino. (Obra muy útil para los que estudian el Derecho Civil). 1 tomo encuad... » » 6

ACABA de APARECER:

La traducción castellana de la importante obra de

A. T. DE FREITAS

CÓDIGO CIVIL

Obra fundamental del

CÓDIGO CIVIL ARGENTINO

PRECIO DE LA OBRA:

Dos gruesos volúmenes, de más de 1.500 páginas,

Rústica \$ m/n. 16

Encuadernados..... » » 20

ESTA IMPORTANTE OBRA ES INDISPENSABLE PARA EL ESTUDIO DEL CÓDIGO CIVIL

MORENO, 500 (Esquina BOBÍVAR)

Librería Hispano-Americana

DE

MARTÍN GARCÍA

RIVADAVIA, 581

Esrich. —Diccionario Jurisprudencia razonado, 4 tomos encuadernados.....	\$ 100.00
Jaures. —Historia del Socialismo, 4 tomos encuad.....	» 30.00
Groijar. —Código Penal, 9 tomos encuad.....	» 90.00
Mainz. —Derecho Romano, 3 tomos encuad. (<i>agotado</i>)....	» 35.00
Alcubilla. —Códigos Españoles, 2 tomos encuad.....	» 20.00
Varela. —Reforma á la Constitución de Buenos Aires, 2 tomos á la rústica.....	» 15.00
Censo de la Provincia de Buenos Aires 1881, (<i>raro</i>) rúst.....	» 15.00
Vedia. —Derecho Constitucional, rúst.....	» 12.00
Timón. —El libro de los oradores, encuad.....	» 10.00
Benot. —Arquitectura de las lenguas, 3 tomos encuad.....	» 28.00
C. P. —Diccionario de Ideas afines, encuad.....	» 22.00
Urien. —Geografía Argentina, con Mapas, rúst.....	» 12.00
Carranza. —Oratoria argentina, 5 tomos rúst.....	» 25.00
Gallindo. —Batallas decisivas de la libertad, encuad.....	» 5.00
Washburn. —Historia del Paraguay, (<i>raro</i>), encuad.....	» 15.00
Pellegrini. —Discursos y escritos, rúst.....	» 5.00
Thiers. —Revolución Francesa, 3 tomos encuad.....	» 20.00
» —Consulado é Imperio, 15 tomos encuad.....	» 85.00
Cantú. —Historia Universal, 11 tomos encuad.....	» 100.00
Ricci. —Derecho Civil, 12 tomos encuad.....	» 75.00
Letelier. —Evolución de la Historia, 2 tomos encuad.....	» 14.00
Salillas. —Teoría básica, 2 tomos encuad.....	» 15.00
Vivante. —Derecho Mercantil, encuad.....	» 8.00
Bertolini. —Historia de Roma, 3 tomos encuad.....	» 28.00
El Clero Argentino 1810 al 1880, 2 tomos rúst.....	» 12.00
Castelar. —Discursos Políticos y Parlamentarios, 4 t. rúst.....	» 14.00
Museo el Prado (Madrid), rúst.....	» 14.00
Roguin. —Las reglas Jurídicas, encuad.....	» 7.50
Manresa. —Ley de Enjuiciamiento, 6 tomos encuad.....	» 55.00
Laurent. —Historia de la Humanidad, 5 tomos encuad....	» 60.00
Ortolán. —Historia de la Legislación Romana, encuad....	» 8.00
Las Siete Partidas en castellano, (<i>agotado</i>), encuad.....	» 140.00
» » » latín, encuad.....	» 40.00
Benot. —Diccionario de Asonantes y Consonantes, encuad.....	» 15.00
Garces. —Vigor y elegancia de la lengua, encuad.....	» 8.00
Wilson. —El Estado, 2 tomos encuad.....	» 10.00
Ferri. —Sociología Criminal, 2 tomos encuad.....	» 10.00
Carreras. —Filosofía del derecho en el Quijote, encuad..	» 5.00
Hudson. —Historia de las provincias de Cuyo 2. t. encuad.....	» 25.00
Saviné. —Historia de la Civilización, encuad.....	» 12.00
Carle. —La Vida en el Derecho, 2 tomos encuad.....	» 12.00
Stahl. —Filosofía del Derecho, 2 tomos encuad.....	» 9.50
Larreta. —Gloria de Don Ramiro, encuad.....	» 2.00

"Continental"

Escritura visible y cintas en dos colores. Es la máquina que se presta mejor para cualquier trabajo.



Premiada con numerosas medallas y premios en las Exposiciones mundiales.

Enseñanza gratuita á quien lo solicite, sin obligación alguna

Curt Berger y C^{ía}. Sección Máquinas de Escribir

526 - SUIPACHA - 526

ABOGADOS

Dr. Carlos F. Melo

CANGABBO 522

DOCTORES

Eduardo F. Maglione

y **Hugo Novaro**

RECONQUISTA 325

DOCTORES

Bector Bajaille

y **Luis Pascarella**

Estudio: ABISINA 557

Dr. Daniel Antokoletz

SABTA 2020

Dr. Cástulo L. Furnus

CANGABBO 442

Dr. Raimundo M. Salvat

BOBIVAR 268

La Plata - 46 - 883

Lucio Salas Oroño

AVENIDA DE MAYO 622

Unión Telefónica, 3537 (Avenida)

Los avisos en “Renacimiento”

En las páginas interiores destinadas á los avisos, rige la siguiente tarifa:

Por una publicación:

Página entera.....	35	§ m/n.
Media página.....	20	» »

Por dos publicaciones:

Página entera.....	60	»
Media página.....	35	» »

Por tres publicaciones:

Página entera.....	80	» »
Media página.....	50	» »

Los avisos profesionales se cobran con un 50 % de descuento á nuestros subscriptores.



A disposición de los señores avisadores están los libros de subscripción para que puedan cerciorarse de la circulación efectiva de RENACIMIENTO.

RENACIMIENTO

AÑO II.

NOVIEMBRE 1910

N.º 4

CIENCIAS: GEOGRÁFICAS - SOCIALES - FILOSÓFICAS
LETRAS - BIBLIOGRAFÍA

DIRECTORES

FLORENCIO CÉSAR GONZALEZ — LUIS PASCARELLA

RUMBOS NUEVOS (1)

El fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema abnegación del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y de sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único á que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad; la influencia ener-

(1) Estas páginas servirán de prólogo á la segunda edición que de la obra *Idola Fori* del escritor colombiano Carlos Arturo Torres, se imprimirá próximamente en Bogotá.

vadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización, extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de uno ú otro modo, se interesan por las ideas; aproximándose á un extremo ó al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de la naturaleza del tipo á que respectivamente se aproximan, y dejando graduar la intensidad con que adolecen de los defectos por la proporción en que participan de las superioridades. Cuanto más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanto mayor disposición de hacer, menos profundidad de pensar; cuanto más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal é inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto?... Yo creo que si. Yo creo que es posible, no sólo construir idealmente, sino también, aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida, una estructura de espíritu en que la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unida al don de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración á un ideal afirmativo y constructivo se abraza con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia sincera reflexión y por las luces de la enseñanza ajena, y de adaptarlo á nuevos tiempos ó á nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aún con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y los ideales ajenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Este es, sin duda, el más alto grado de perfección á que pueda llegarse en la obra de formar y emancipar la

propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. Demás está decir que si el fanático y el excéptico puros, en el sentido de la pureza ó simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aún lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, á diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre á la comprensión y aplauso del vulgo. La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semiexcépticos*; y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente la sugestión magnética del tipo que realiza, con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tiene ella. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter uno, enterizo y presa de ímpetu ciego; á los excépticos á medias les fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno excepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, ó queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección que afirma y niega, obra y se abstiene, con racional medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor número no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores á la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

Creo que se acertaría con una de las notas fundamentales del libro para que escribo este prólogo si se dijera que es un poderoso esfuerzo en el sentido de propagar ese tipo superior de carácter que he procurado definir; y lo es porque la personalidad misma del autor, tal como se estampa, con enérgico sello de verdad, en sus páginas, realiza en sí dicho tipo, por natural disposición, y también

sin duda, por perseverante disciplina propia, y es uno de los más perfectos ejemplares de él que conozco dentro del actual pensamiento hispano americano.

Quien siga con atención el movimiento de ideas que orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, percibirá, en parte de esa producción por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger á una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio é ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos é ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por la emancipación y el dolorido recuerdo de las limitaciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, á través de todo proceso de regeneración ó reforma personal, la memoria y el fondo del carácter. En su impaciente y generoso anhelo por agregar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran á la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban á la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos: ilusión comparable á la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza

á la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes é inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después que los rencores de la guerra se disiparon y que el instinto de simpatía por el propio linaje y por los hechos de los mayores, recobró en parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas que como inspiración de una labor encaminada á restablecer la unidad interna de la historia. Los partidos liberales, sucesores directos del espíritu de la Independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido ó condenación para un pasado del que no era posible prescindir, por que estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron á la tradición y la herencia española tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, las sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron á su descrédito. En aquellas partes de Hispano-América donde una continua y populosa inmigración procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo, sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse á la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fué éste un nuevo factor que conspiró á nublar la conciencia de la raza propia; y ninguna enérgica acción social, ningún plan orgánico de gobierno, acudieron á levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de si los sentimientos de la tradición y de la raza, celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo solo desviación relativa á las tradicio-

nes de raza, tomando ésta en su directo y más concreto sentido de la nación colonizadora. Momento llegó en que el desapego tendió á más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge y que convirtieron en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encumbramiento intelectual, económico y político de pueblos á quienes parecía trasmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió á la grande unidad étnica é histórica de los pueblos «latinos», cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma, en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituir, para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que éste era, aun no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, á fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto, que se tributaba

por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección,—como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo á pueblo, de raza á raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, á los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y finalmente, que, aun siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ageno.

Me he detenido, tal vez con demasía, á recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, á fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos é ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso, en la vida intelectual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, á un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispano-americanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza; no vinculada ya á una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta á todos los anhelos de libertad y á todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal; como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran á estampar su personalidad, diferenciada y costante, en la extensión continental cuya mitad ocupan y en el inmenso porvenir donde hallarán la

plenitud de sus destinos, y que buscan para ello sentar el pie en el pasado histórico donde están las raíces de su sér y los blasones de su civilización heredada. Ni es sólo en una vaga idealidad como da muestra de sí este sentimiento. Cuestiones sociales y políticas se consideran por su incentivo y á su luz; y así, en reciente y notable libro: *La Restauración nacionalista*, Ricardo Rojas, argentino, refiere el problema de la educación á la necesidad de mantener los vínculos tradicionales, y lo estudia en la particularidad de la enseñanza de la historia, medio efficacísimo de simpatía y comunión en el culto de la patria.

Pues bien: *Idola Fori* se relaciona, en mi sentir, por su más íntima tendencia, con ese movimiento de *restauración*, si usamos la palabra del autor argentino; y es como la expresión generosa del sentido político que debe adquirir tal movimiento, manifestándose en el espíritu y la obra de los partidos liberales. Porque el mensaje que sus páginas llevan es mensaje de conciliación, de armonía, de evolución racional y orgánica, tan agena de yertas inmovilidades como de vanos desasosiegos; de serenidad encumbrada sobre «los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución»; y quien quisiera reducir estas fórmulas á una, la hallaría en el mandamiento de enlazar los impulsos de reforma, que modelan lo porvenir, con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica. Conjuraremos los ídolos del Foro; lograremos, según las palabras de Torres, «el equilibrio hermoso y estable que resulta de las mútuas concesiones de los asociados», si cuidamos de adecuar las cosas nuevas que proponemos y adquirimos, á la realidad de nuestra vida y nuestra historia, edificando sobre el propio solar y sembrando en el propio terrón. Y así lo entiende y declara, en no pocos pasajes de su libro, el escritor colombiano. Contra el vulgar sentir de que la relación de lo pasado á lo presente es, por esencia, oposición y discordia, levanta, con Kidd, el principio de su solidaridad y continuidad indestructible; y contra el concepto biológico que sólo ve en la evolución las desviaciones del tipo originario, reivindica, con Quintón,

la ley de fijeza, constancia y unidad «que rige la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, mudable en su estructura». Realza la sagrada eternidad de la idea de la patria, como «vinculación ideal de tradición, sentimientos y aspiraciones»; y en el sintético y hermoso capítulo final *Hacia el futuro*, encarece el valor del tesoro que aportan al presente «con sus acopios fisiológicos, la herencia; con sus acopios morales, la tradición», representando la armonía perenne que integran las generaciones humanas por las tres mujeres que, en el bajorrelieve de Frémieux, tripulantes de la misma barca, mira la una con aire melancólico á la playa que dejaron; sondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía, y rige la tercera, en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante.

Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado á la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos é ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen en un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano; ya refiriéndose, al empezar, á la «sutil esencia de idealismo» que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un «renacimiento idealista» que aspira á producir una «superior conciencia de la humanidad», como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores intelectuales y morales. Si retrocedemos á señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la ten-

dencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba á su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una «forma de espíritu original», esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, «una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia», y agreguemos nosotros: una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo á corroborar y extender el método experimental, y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta á la realidad política y social, tendió á entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único ó supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal «forma original de espíritu» se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino á abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, á la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, á las que trajo un contacto más íntimo con la realidad, contribuyendo, por ejemplo, á vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza del oportunismo republicano que llegaba al poder confesándose, por labios de Gambetta, «libre y desinteresado servidor del positivismo.»

Es indudable, además, que, si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres: un Comte ó un Spencer, un Taine ó un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones. Pero sin detenernos á considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar ó estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como

aplicación, y volviendo la mirada á nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fué por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtiamos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó á propagarse, y aun á divulgarse, en nuestra América. Fué este un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible é inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha á los hombres. En lo tocante á la acción y al gobierno de la vida, llevaba á una exclusiva consideración de los intereses materiales; á un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, ó la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; á la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se las observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles, ó ya originariamente viciosas, cuando se apoderan de ellas la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces de sostenerse y propagarse á plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzsche, convertido en patente de corso

para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria de alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas, por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad; y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la *facultad dominante*, que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento ó medio de hacer, á algún supremo término de desinterés, de justicia ó de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente á la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante á compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirían (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre idealismos quiméricos y sueños impotentes y vagos. Desde luego, toda obsesión utilitarista; todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derechura á un objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tienen

fijas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes y la *nobleza* con que *obliga* la tradición. A esto hay que agregar, todavía, circunstancias de época. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro, que, llevando primero á la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como hartado lento prometedor, y lo substituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que las líneas enérgicas y airoas de la tradicional personalidad colectiva empezaban á esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa*. En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre á terre*; y no fué otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entre tanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban á avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve á cada generación humana á separar de lo anterior y aceptado alguna parte de sus ideas. Ponían el oído á las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento, en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros, y releían aquellos que habían dado fundamento á su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Fori* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió á esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América Española, hizo, no

ha mucho, Francisco García Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergsón y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoy y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas é inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos á la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad, del anhelo que excita á la criatura humana á encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos á restituir á las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatára el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia é insistencia del espíritu crítico; la desconfianza de las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios á los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de

obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebató estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, ó procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón á brazos firmes, y muy á mano la carta de marear, y á su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

También por esta parte se enlaza el libro que comento, con la fisonomía general que la literatura de su índole presenta en la actualidad americana. Es el libro de un idealista y es el libro de un hombre que sabe de la realidad por la cultura y por la acción. El consorcio fecundo del sentido de lo ideal y el de lo real luce en la armonía y madurez de esta obra y es de las excelencias de espíritu de su autor. No le abandonan un punto ni la inspiración de altas ideas ni el cuidado del modo como cabe arraigarlas en el polvo del mundo. Y asistido de ambas facultades, penetra á señalar en el carácter de la actividad política, principalmente tal como ella suele ser en nuestros pueblos, los *ídolos del Foro*, las supersticiones que persisten contra la sentencia de la razón ó que se adelantan á su examen sereno.

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los *partidos políticos*, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación: la resistencia de su personalidad á las uniformidades de la disciplina; aquella angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?... Y sin embargo, estas organizaciones colectivas, á las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, á educarlas.

Denuncia Torres la sinrazón de los impulsos fanáticos

y la vanidad de las convicciones absolutas; enseña cómo la constancia y unidad de una vida enderezada á un fin ideal puede avenirse con las racionales modificaciones de la inteligencia, y cómo los partidos, conformándose con esta misma ley de variedad, se readaptan y transforman, á menos de disolverse ó desvirtuarse; protesta contra repulsivas glorificaciones del egoísmo y de la fuerza; discierne el genuino concepto de la democracia de los sofismas de la falsa igualdad; flagela la ilusión aciaga de la guerra civil como medio de arribar á algún orden; y con franco optimismo y fundada altivez, que yo aplaudo y comparto, sostiene que, fuera de las superioridades individuales de excepción, «el nivel medio intelectual y moral de la humanidad civilizada en nuestros jóvenes Estados no es, ni con mucho, inferior al de las viejas sociedades europeas». En todo esto muestra el autor de *Idola Fori* admirable acierto, penetración y equilibrio. Sólo me parece á mí que, al impugnar la superstición aristocrática, no reconoce todo su valor de oportunidad á la obra de instituir, en el alma de estos pueblos, el sentimiento de la autoridad vinculada á las legítimas aristocracias del espíritu, para la orientación y el gobierno de la conciencia colectiva. Yo entiendo que esta no es tarea de mañana sinó de hoy; porque si en unas partes de América, el desenvolvimiento material, que es el carácter del presente y del inmediato porvenir, trae en si los declives de una igualdad utilitaria contra la que urge reaccionar, en otras partes, y en las mismas quizá, urge desarraigar y sustituir tanto prestigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín, en los saqueos del desorden, la energía brutal, la medianía insolente ó la caprichosa fortuna.

Atinadísima observación apunta el escritor colombiano en el capítulo *Corrientes políticas de la América Española* cuando, al hablar de pasiones que subsisten sólo por el poder de la costumbre, encarece la necesidad de que fijemos el centro de las fuerzas políticas en el terreno de «los nuevos problemas que surgen, de las nuevas necesidades que apremian, de los nuevos peligros que amenazan», es

decir: de aquellos motivos de atención que, en nuestras tierras y en nuestro tiempo, guardan correspondencia con la realidad. Los más funestos *ídolos del Oro*, (si bajo este nombre comprendemos toda superstición política), no son los ídolos cuya falsedad es más patente porque consiste en grosera ilusión ó bastardo interés, sino aquellos otros que se refieren á ideas y objetivos que alguna vez tuvieron real fundamento y oportunidad imperiosa, y que los conservan hoy mismo en ciertas partes, pero que [en otras, donde se les mantiene, han perdido, por ya resueltos y logrados ó por desviados del sentido que lleva el desenvolvimiento de la vida, toda razón de ser, lo que no es obstáculo para que una maquinal inercia ó una galvanización artificiosa los represente con el carácter de lo actual, y motiven proselitismos, y susciten pasiones, y defrauden de esta manera energías que se sustraen á la aplicación eficiente y fecunda de los problemas de la realidad. Muchos podrían ser ejemplos; yo no citaré sino uno.

En algún pueblo hispano-americano, la libertad y la tolerancia religiosas han culminado hasta un punto que, seguramente, ningún otro pueblo supera, dentro de la civilización contemporánea; no sólo porque, en el terreno de la ley, ha tiempo que se han reivindicado ampliamente, y con arraigo inmovible, todas las libertades de ese orden que pueden ser objeto de limitación por la intolerancia ó la parcialidad del Estado, sino porque en la sociedad, en las costumbres, en la vida doméstica, el sentimiento religioso no incide sino por raro caso en pasión perturbadora y fanática, y tiende á contenerse en su inviolable santuario de la conciencia individual. A pesar de ello, la sugestión de campañas anticlericales que, en los pueblos de Europa de donde se las reflejaba, tenían acaso natural impulso en las peculiares condiciones de la realidad, fué bastante, (y no escribo historia antigua), para traer al primer plano de la atención y el apasionamiento políticos un género de propaganda que estaba lejos de ocupar el mismo rango en el orden real de las necesidades sociales; retrocediéndose, sin ventaja visible, á la conmistión abo-

minable y anacrónica de las más delicadas cuestiones de conciencia con las pasiones violentas de los bandos. Y apenas me parece necesario advertir que si abomino de esa conmistión, allí no la haga forzosa el desequilibrio de un régimen de intolerancia, sólo quiero negar la oportunidad del debate religioso en los estrechos límites de la vida política, en las disputas de la plaza pública; de ningún modo en el intercambio espiritual, en la verdadera comunicación del pensamiento, donde la controversia de esa índole responde á un perdurable interés humano y donde siempre será oportuno y siempre será noble propender, por los medios de la razón y de la simpatía, á emancipar las conciencias capaces de libertad, del yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tiránicos.

Pero sería tarea interminable la de indicar todas las particularidades y todos los problemas de la vida actual de nuestros pueblos á que puede tener aplicación el profundo sentido de esta obra, destinada, sin duda, á realzar la ya justa fama de su autor.

Por la índole de sus facultades y la orientación de sus tendencias, Carlos Arturo Torres es de los escritores hispano-americanos que mejor responden á las necesidades actuales de nuestra sociedad y de nuestra cultura, en lo intelectual como en lo moral; de los que estan en condiciones de hacer mayor bien con la pluma; de los que en más alto grado merecen ejercer *cura de almas*. Es, además, de los que, por sus cualidades de forma y de gusto, y por la variedad y elección de sus lecturas, manifiestan una personalidad literaria más emancipada de las sugerencias caprichosas de la novedad. El equilibrio superior, la amplitud simpática y benévola, la alta y noble equidad de su pensamiento, encuentran adecuado medio de expresión en la severa elegancia de un estilo inmune de toda vana retórica. Como escritor y como pensador tiene por carácter la selección desdeñosa del vulgar efecto; la elevada sinceridad, que, en el pensar, es justicia fundada sobre propia y personal reflexión, y en el escribir, es sencillez escogida. Y este espíritu tan encumbrado sobre la vulgaridad no

participa de las limitaciones de caridad ideal que suelen venir juntas con las excelencias y ventajas de los espíritus de selección: el desprecio por la muchedumbre, la soberbia egoística, la tendencia al atesoramiento de la verdad como patrimonio de pocos. Siente la mayor obligación de amor humano que toda superioridad espiritual determina, y aspira á que la parte de verdad que no alcance á ser comprendida por los más, sirva, á lo menos, para aplicarse al bien de todos.

Hay libros de bien como hay hombres de bien. Este libro es uno de aquéllos. Y cuando á la viva voluntad del bien se une, en el hombre ó en el libro, el sentimiento delicado y el superior discernimiento de él y la facultad de expresarlo con las palabras de belleza y simpatía que le abren fácil paso en el corazón de los otros, entonces la superioridad moral adquiere sus más nobles complementos. El libro que va á leerse ofrece ejemplo de esa cumplida superioridad. ¿De cuántos libros hispano-americanos podrá decirse otro tanto? . . .

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Montevideo, 1910

CRONISTAS MAYORES DE INDIAS

1530 - 1779

A mis amigos CÁRLOS MARIA URIEN y JUAN CÁRLOS AMADEO

CRONISTAS MAYORES DE INDIAS

I.

- I. Gonzalo Fernando de Oviedo y Valdés.
 - II. Juan Cristobal de la Estrella.
 - III. Juan Lopez de Velazco.
 - IV. Antonio de Herrera.
 - V. Luis Tribaldos de Toledo.
 - VI. Tomás Tamayo y Vargas.
 - VII. Gil Gonzalez Dávila.
 - VIII. Antonio León de Pinelo.
 - IX. Antonio de Solis.
 - X. Pedro Fernandez del Pulgar.
 - XI. Miguel Herrero de Espeleta.
 - XII. Martín Sarmiento.
 - XIII. Juan Bautista Muñoz.
-
-

BIBLIOGRAFÍA

Pietro Mártir de Anghiera, *De Rebus Oceanicis et Novo Orbe* — Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz, *Historia General y Natural de las Indias* — Antonio de Herrera, *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Occano* — Antonio León de Pinelo, *Epitome de la Biblioteca Oriental y Occidental* — Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias* — Francisco Lopez de Gomara, *Hispania Victrix* — Gregorio García, *Origen de los Indios del Nuevo Mundo* — Diego Fernandez, *Historia del Perú* — Francisco Iturri, *Carta Crítica de la Historia de America de Juan B. Muñoz* — Diego Barros Arana, *Revista del Pacifico* — HARRISSE, *America vetustissima* — Brunet, *Manuel du Libraire* — Leclerc, *Bibliotheca Americana* — Salvá, *Catálogo* — Francisco Bauzá, *Historia de la Dominación Española en el Uruguay* — Rich, *Catalogue of books* — F. A. Varnhagen, *Americo Vespucii*.

Grabados que acompañan á esta I parte:

Pág. 22 retrato de Carlos V.

» 26 sello de Isabel la Católica.



II

Animado del propósito de transmitir á la posteridad el relato de las hazañas llevadas á cabo por los conquistadores de América, durante su reinado, y deseoso al mismo tiempo de restablecer la verdad histórica, acerca del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, no muy bien relatada en la obra de Pietro Martir de Anghiera publicada en Alcalá de Henares en 1511, con el título de «*Oceanca Decadis*» (1), dispuso el Emperador Carlos V., en 4 de Agosto de 1530, crear el puesto de *Cronista de Indias*. Este tendría la misión de componer la historia oficial del descubrimiento y conquista del continente que



(1) La Obra de Pietro Martir de Anghiera compuesta en latin. comprende 8 decadas que forman 1 vol. Folio 605 páginas. Fué publicada con el título de: *De Novo Orbe. Petri Martyris Anglerii Mediolanensis protonotorii. et Caroli quinti senatoris. Decades Octo, diligenti temporum observatione, et utilissimi annotationibus illustratae, suoque nitore restituta, Labore et Industria. Richardi Hakluyti Oxoniensis Angli Additus est in usum lectoris accuratus totius operis index. Parisiis. Gwillelmen Averay—1587. 1 vol. Fol.*

La edición de Alcalá de Henares de 1511 solo contiene la Primera Decada. La de Bebeliun de Basilea. de 1533. contiene las tres primeras Décadas y un extracto

acababa de descubrirse, para lo cual ordenó que le fueran entregados todos aquellos documentos oficiales que tuvieran alguna relación con la obra que se le encomendaba.

Fué designado para llenar el puesto creado un soldado escritor, que había formado parte de los tercios castellanos en las guerras de Italia, el Capitan

DON GONZALO FERNANDO DE OVIEDO Y VALDÈS

El cronista nombrado era un escritor inteligente y sagáz, que poseía vastos conocimientos en ciencias históricas y geográficas. Conocía el latín á perfección y era muy versado en los autores de la antigüedad clásica. Había compuesto para entonces una obra titulada *El libro de la Cámara Real*(¹) del infante D. Juan. El Emperador Carlos V. lo conoció en la Corte donde gozaba de especiales consideraciones. Deseoso el renombrado monarca de conocer la verdad de los hechos acaecidos en el descubrimiento y conquista en el Nuevo Continente descubierto por Colón, le pidió á Oviedo que compusiera una obra sobre aquel tema.

de la cuarta y la de Colonia de 1574 de Gervinum Calenium et haeredes Quentelios sólo contiene tres Décadas.

La obra de Angleria es la primera historia completa que se publicó acerca del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, por lo que reviste especial importancia. Por desgracia, en ella, el investigador encuentra á cada instante á la par que datos de verdadera importancia las más estrañas y peregrinas leyendas que estarían bien ubicadas en una novela cualquiera, pero no en una obra seria, como ésta, máxime si se tiene en cuenta la posición oficial que ocupaba su autor, quién, la compuso en presencia de documentos originales y de la copiosa información que le suministraron por medio de cartas ó verbalmente Colón, Vasco de Gama, Magallanes, Cortes, Cabot, Vespuccio, Niño y demás conquistadores del Nuevo Mundo, á quienes conoció y trató en la Corte Real, mientras se ocupaba en educar á los Infantes de España. Mártir de Anghiera había nacido en Italia en Febrero de 1455 en el pequeño villorio de Arona en las cercanías del Lago Verbano ó Mayor, por lo que le firmaba *Mediolanensis*, de donde pasó á Roma en 1477 ordenándose sacerdote y de allí á España en 1487 recomendado especialmente por el Embajador de los Reyes Católicos Don Iñigo de Mendoza y en compañía del Conde de Tendilla quién lo presentó á los Reyes Católicos en Zaragoza, y estos lo encargaron más tarde de la educación de sus hijos, El Papa León X le nombró Prototario Apostólico y en 1505 obtuvo el cargo de Decano del Capítulo de la Catedral de Granada. Murió el 26 de Octubre de 1526 en aquella ciudad. A su muerte desempeñaba los cargos de Cronista de su majestad y miembro del Consejo de Indias.

(1) Publicado en Madrid el año MDCCCLXX en 1 vol. 4.º I.º de 319 páginas, con un retrato del Infante Don Juan, por la Biblioteca de Bibliófilos andaluces.

Fué con este motivo que éste redactó y dió á la imprenta en Toledo, el año 1527, en un vol. In fól. la obra titulada: «*Sumario Breve de la Historia Natural de Indias*» (1). La obra satisfizo por completo los deseos del Emperador.

Ya para entonces había sido objeto de distinciones reales. — Durante la residencia de la Corte en Toro, el año 1505, Fernando el Católico, le había pedido que escribiera la *Crónica de los reyes de España* desde los tiempos más remotos.

Oviedo, oriundo del Valle de Valdés, en Asturias, había nacido en Madrid el 5 de Setiembre de 1478 (2), de padres ignorados, pero no de clase inferior desde que el futuro historiador de América se educó en la Corte y gozó de los favores reales, mediante la decidida y eficaz protección que le prestaba Don Alfonso de Aragón, 2º duque de Villahermosa, sobrino del Rey Católico y hermano de Don Juan de Aragón, duque de Luna. Su protector fué quien lo presentó á los Reyes Católicos, siendo á poco nombrado *Mozo de Cámara* del Principe Don Juan y luego soldado Secretario de Don Gonzalo de Córdoba á quien acompañó á la campaña de Italia. Amante de las bellas artes, durante su estadía allí, conoció y trató con intimidad á los egregios pintores del renacimiento, Tiziano, Leonardo de Vinci, al divino Rafael y al inmortal escultor Miguel Angel Buonarroti, estrechando además relaciones con los que se ocupaban de historia, que era su pasión favorita.

A poco de su regreso á la península era nombrado Veedor de las fundiciones de oro del istmo de Panamá para donde debía partir en breve.

Su primer viaje al Nuevo Mundo lo realizó el año 1514, saliendo del puerto de San Lúcar de Barrameda, el domingo de Carnestolendas, de aquel año (3), en la arma-

(1) Reimpresa por D. Enrique de Vedia en la colección — *Historiadores primitivos de Indias*—Volúmen I.—Madrid—1877.

(2) Oviedo. *Hist. gen. y Nat. de Indias*. Cap. XXIX. Libro VI. 1ª parte.

(3) Oviedo—Obra citada 2ª parte. Libro X. cap. VI.

da que comandaba Pedro Arias Dávila (1) y llegó al puerto de Santa Marta el día 1º de Julio del mismo año.

Su amistad con el jefe de la expedición debía durar poco tiempo pues aquel que iba investido con el cargo de Gobernador de Costa Firme, tardó poco poner en evidencia su depravada conducta, tocándole más tarde á Oviedo de Orden Real tener que instruirle un sumario.

La espléndida naturaleza del suelo americano, sus elevadas y agrestes montañas, que parecen escalar el cielo, sus ríos como mares, sus torrentes caudalosos, las selvas impenetrables pobladas de árboles desconocidos, adornados de olorosas flores en los que anidaban aves de raro plumaje y muchas de ellas de dulcísimo canto, insectos que llevaban disueltos en sus alas el oro, la plata y demás metales preciosos ó rubíes, turquesas y esmeraldas y completamente desconocidos en Europa, todo esto debió producir en el ánimo de Oviedo una profunda impresión, como puede verse á cada instante en las descripciones minuciosas del suelo americano, que holla con su planta y que con toda minuciosidad describe en su Historia Natural de Indias.

Formando parte de la misma expedición se embarcó otro soldado, oscuro y desconocido entonces, pero destinado á adquirir más tarde renombre inmortal, en el Nuevo Mundo, escribiendo acerca de la conquista de Méjico una Historia que le dió reputación universal(2). Bernal Díaz del Castillo era el nombre de este soldado.

Oviedo obtuvo más tarde el cargo de gobernador de la Provincia de Cartagena de Indias y posteriormente fué designado Alcalde Militar de Santo Domingo.

El cronista Oviedo y Pedro Mártir de Anghiera son los historiadores que han tenido á su alcance la mayor suma de facilidades para componer sus obras desde el momento

(1) Llamado comunmente *Pedrarios* Dávila.

(2) Bernal Díaz del Castillo. — *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* por el capitán Bernal Díaz del Castillo — Madrid — 1632 1 vol. Folio — Imprenta del Reyno. Publicada por el R. P. Alonso Remon, Cronista general del Orden de Nuestra Señora de la Merced.

en que conocieron y trataron personalmente á Colón, Cortés, Magallanes, Cabot, Pinzon, Vespuccio y demás conquistadores del Nuevo Mundo.

Oviedo especialmente conoció y trató con intimidad á Colón durante el asedio de Granada, cuando el inmortal genovés, pobre de numerario y desconocido de todos, llegaba á presentarse ante los Reyes Católicos á implorar su augusta protección para ir á descubrir el continente, que su mente en un instante de genial inspiración, había, entre-



visto más allá del *marctencbrosum*, de los geógrafos de la antigüedad.

Con razon uno de los biógrafos del ilustre **marino** ha dicho que en aquellos instantes «*la tempestad del génio bajo su cráneo ardía*» (1).

Al regreso de su primer viaje al Nuevo Mundo, cuando llegó á Barcelona y fué recibido triunfalmente por los

(1) Gimenez M. A. Biografía del Descubridor del Nuevo mundo, Tomo Cap. VIII.

Reyes Católicos, volvió á encontrarse con Oviedo que residía en la Corte. Reanudadas las relaciones, éste demostró grandes entusiasmos al escuchar de lábios del Almirante las descripciones de los países que acababa de arrancar á los mares. Fué en ese tiempo cuando concibió el decidido propósito de escribir más tarde, mediante la real ayuda, la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Empezó desde entonces á reunir los elementos necesarios para llevar adelante sus propósitos, recogiendo del Almirante todos los detalles de sus viajes. No se paró allí; animado del propósito de investigar la verdad toda, relativa á la manera como se pasaron los hechos, trabó relación con el Piloto Mayor del Rey don Vicente Yañez Pinzón, émulo de las glorias de Colón, quien le suministró ámplias informaciones acerca de todo lo acaecido durante el primer viaje al continente americano. La amistad con Pinzón la cultivó hasta la muerte de éste, ocurrida el año 1514.

Oviedo realizó durante su vida y antes de componer su obra, que tituló: *Historia General y Natural de las Indias*, doce viajes al continente americano. (1)

La obra de Oviedo, comprende 50 libros y si bien escrita en estilo sencillo, carece de plan metódico y es una obra defectuosa, en la que se encuentran á la par que referencias de suma utilidad, datos difusos y juicios de evidente complacencia hacia muchos personajes cuya actuación fué muy poco levantada. Además en muchos casos adultera los hechos históricos más vulgares ó los relata en forma tal que aparecen completamente desfigurados. Adolece también de otro defecto: el plan es en extremo difuso, como con mucha razón lo hacen notar el malogrado historiógrafo uruguayo Bauzá (2), HARRISSE (3), A. Regnaut (4), etc. Al través de sus nutridas páginas el investigador tropieza á cada instante con citas refe-

(1) HARRISSE, *Addenda à la Amérique vetustissima*.

(2) *La Dominación Española en el Uruguay*. Vol I. Reseña Preliminar.

(3) *America Vetustissima* Vol I

(4) *La Conquête d'Amérique*. Vol II. Cap. IV.

rentes á relatar hechos personales que podrían ser muy útiles para quién desee componer la biografía de Oviedo, pero que nada tienen que hacer allí.

En otros casos las informaciones inexactas que recogió, y que aceptó como buenas, lo llevan á hacer afirmaciones peregrinas como aquella en que hace aparecer á los indios charrúas, que poblaban ó más bien vagaban por las costas que baña el Río Uruguay, como agricultores, desde el momento que sostiene que *se alimentaban de maíz y pescado asado y cocido*. Tomo II, Libro XXII, Cap. V.

Esta afirmación es notoriamente errónea y está en abierta contradicción con lo que referente á los usos y costumbres de los indios charrúas, relatan en sus obras los historiadores Barco de Centenera, Ruiz Díaz de Guzman, Ulderico Schmidel, Diego García, etc., quienes recorriendo las costas uruguayas, pudieron observarlos de cerca y estudiar sus hábitos ordinarios. Todos estos autores están contestes en afirmar que aquellos indígenas no tenían otros medios de alimentación, que los que les suministraban durante sus correrías, la caza y la pesca, que eran por otra parte sus placeres favoritos.

Ulderico Schmidel, que vino al Río de la Plata formando parte, como soldado, en la expedición de Don Pedro de Mendoza, y que más tarde despues de su regreso á Europa, publicó sus recuerdos é impresiones de la conquista de estos lugares, en la obra que lleva por título *Historia y Descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay*—Nuremberg 1599, 1 vol. 8., refiriéndose á la manera que tenían de alimentarse los indios charrúas, se expresa de este modo: *Así llegamos felizmente al Río de la Plata, el año 1535, y hallamos allí un pueblo de indios, de los que habia 2000 llamados charrúas, que no tienen más comida que pesca y caza y andan todos desnudos*. Cap. VI, Buenos Aires 1835. (Colección de Angelis).

Este escritor es para nosotros lo que Bernal Díaz del Castillo es para los mejicanos: el relator más fiel y sincero de los sucesos entonces acaecidos. Sin cuidarse para nada de las formas literarias y con el laconismo y la rudeza

propia del soldado de aquella época, refleja sus impresiones y relata los hechos con veracidad, y si su obra contiene errores de lugares ó personas, ellos son debidos á que era alemán y no poseía bien el castellano, pero jamás le son inspirados por móviles dignos de ser criticados.

El Arcediano del Rio de la Plata *Martin del Barco Centenera* en el poema histórico, dividido en XXVIII cantos que con el título de *La Argentina, ó la Conquista del Rio de la Plata*, compuso en versos desaliñados y publicó luego en Lisboa el año 1602, en 1 vol, In fólío por la imprenta de Don Pedro Crassbek, en el canto I refiriéndose á los indios que poblaban ó mejor dicho, estaban establecidos en ambas márgenes del Plata y rios que lo forman dice:

- « Mahomas, Epuaes y Calchines ».
- « Timbues, Cherandies y Begunes ».
- « Agaces, Nogaes y Sanafines ».
- « Maures, Tecos, Sansones, Mogozaes ».
- « El Paraná abajo, y á los fines ».
- « Habitan los malditos charruaes ».
- « Nanes y Mepenes, Chilozas ».
- « A pesca todos dados y á la caza ».

La Argentina—Canto I—Edición de Lisboa 1602 y de Buenos Aires — 1835—36 (Colección Angelis) y de 1854, de los doctores Valentin Alsina y V. F. Lopez.

A estos escritores le sigue *Rui Díaz de Guzmán* en su «*Historia del Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata*» escrita en 1612, quién al describir las márgenes del Río de la Plata dice: — *Esta del Maldonado es buen puerto y tiene en tierra firme una laguna de mucha pesquería: Corren toda esta isla los indios Charrúas de aquella costa, que es gente muy dispuesta y crecida, la cual no se sustenta de otra cosa sino de caza y pescado*». Libro I—Cap. III—Edición de Buenos Aires—1854 de los Drs. Alsina y V. F. López.

Además es un hecho bien averiguado por los botánicos especialistas y así lo ha establecido en su obra «*Vegetación del Globo*» de A. Grisebach que la planta del maíz

(Zea Mais) de la numerosa familia de las gramíneas, tribu de las Maideas es originaria de las Antillas (1) y no del Sud de la América Meridional, bastando ello solo para demostrar que jamás pudo servir de alimento á los Charruas, que como decimos en otro lugar llevaban una vida errante, lo que escluye por completo su dedicación á la agricultura.

En la obra de Oviedo se menciona el Rio de la Plata desde el momento en que el piloto Juan Diaz de Solis lo descubre, á lo que se sigue una narración de su muerte— Parte 2.^a. Libro XXIII Cap. I.— A esto se añade el relato de la empresa, llevada á cabo por Sebastian Gaboto, de poblar el Rio de la Plata, continuando con la narración del viaje que hizo al mismo el caballero de la órden militar del Apóstol Santiago, Criado del Emperador, y llamado Don Pedro de Mendoza, cuyas peripecias é incidencias narra con detalles. Todo este relato dice Oviedo que lo hubo del Capitan Don Sebastian del Junco, compañero de Gaboto.

Relata el asesinato del Capitán y Maestre de Campo de Mendoza, Don Juan Osorio, mandado matar por aquél; á esto se sigue la narración del gobierno de Juan de Ayo- las, en el Rio de la Plata hasta su muerte.

Pasa enseguida á ocuparse de la llegada al Rio de la Plata de una Armada Portuguesa al mando del Capitán Martín Alonso de Souza, parte de la cual se perdió en nuestro estuario.

Finaliza la parte correspondiente al Rio de la Plata y Paraguay con el relato del gobierno de Don Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, quien fué enviado en calidad de gobernador y Capitan General al Rio Paranágua-zú con el título de Adelantado y con una buena armada, reseñando todas las incidencias de su accidentado gobierno. Parte II Libro XIII cap. XI á XVI.

Todo lo referente al Rio de la Plata y Paraguay, si

(1) Pedro Mártir de Angleria. *Decadas Oceánicas. Década 1.* Traducción del Dr. Joaquín Torres Asencio - Madrid—1892—Libro I Cap. III y Libro II Cap. VI — Edición latina de Basileae de 1533 de Ioannen Bebeliun — *Liber Primus Decada 1* pág. 2. (*Maizium genus appéllat*) dice el texto latino.

bien incompleta es interesante y de utilidad para los historiadores.

La Historia General y Natural de las Indias, en la que corresponde únicamente á la *Primera Parte* fué publicada en Sevilla el año 1535, siendo reimpressa el año 1547.

La obra completa recién apareció el año 1851 — La obra de Oviedo consta de tres partes distintas: La 1ª contiene XIX libros, la 2ª igual número de libros y la 3ª XII. La edición publicada el año 1851 fué encomendada especialmente por la Real Academia de la Historia á uno de sus miembros más distinguidos y mejor preparados para llevar á cabo investigaciones de carácter histórico, el Académico de número Don José Amador de los Ríos. La edición apareció bajo los auspicios de aquella docta corporación y fué precedida de un interesante estudio histórico-bibliográfico acerca de Oviedo y sus obras, debido á la pluma del compilador.

Esta edición consta de 4 gruesos volúmenes, in folio, con planos, vistas y mapas. En la portada del Tomo I trae el blasón nobiliario de don Gonzalo Fernando de Oviedo y Valdés, autor de la obra, al que sigue una expresiva dedicatoria de aquella corporación á la Reina doña Isabel II.

En esta edición la Academia resolvió conservar la ortografía que usaba su autor. Las láminas están grabadas en presencia de los dibujos originales de Oviedo y reproducen paisajes, animales y plantas de América, descritas por el autor. La obra en cuestión ha sido vertida á varios idiomas. Oviedo falleció en la ciudad de Valladolid el día 17 de Setiembre de 1557.

La importante documentación que reunió para componer su obra existe depositada en el Archivo de la Real Academia de la Historia, donde fueron revisados y consultada con provecho, primero por el último de los cronistas de Indias que tuvo España, Don Juan Bautista Muñoz y el año 1859 por el distinguido historiador chileno Don Diego Barros Arana, durante su estadía

en Madrid: cuyo trabajo sobre escritores de Indias nos sirve de guía para el presente estudio entre otros.

Entre los críticos de la obra del Cronista Oviedo figura el constructor del Puerto de Buenos Aires Don Eduardo Madero, quien refiriéndose á la obra citada y á su autor al que acusa de poco preparado para componerla dice: — « Por eso fué que ignoró fechas, equivocó distancias, confundió el orden de algunos sucesos y sembró de fábulas sus libros »—Los que hayan estudiado con escrupulosidad estas materias, notarán que el primer Cronista de Indias revela no haber tenido á la vista, ó consultado sino uno que otro plano de los toscos é incorrectos que entonces se levantaban (1).

En cuanto al cargo que le formula á Oviedo « de escasa instrucción, pero aficionado á escribir historia » (2), no tiene consistencia y es á todas luces antojadizo. Solo sirve para demostrar que el Sr. Madero jamás leyó las obras de aquél escritor, ni las crónicas de los Reyes Católicos, pues á ser así, hubiera en ellas encontrado elementos de prueba bastantes para sostener la tésis contraria.

La *Historia del Puerto de Buenos Aires* del Sr. Eduardo Madero, cuyo tomo I unicamente llegó á publicarse, es una obra compuesta en presencia de una documentación de encargue y sin el caudal suficiente de conocimientos para abordar una tarea tan árdua.

A eso se debe que esté plagada de errores históricos y bibliográficos y cuyas afirmaciones no están siempre de acuerdo con los documentos que el autor asegura haber consultado para componerla.

Las vastas vinculaciones sociales del Sr. Madero aseguraron para esta obra el éxito de la novedad.

Sin embargo, este éxito fué momentáneo, pues á poco de su aparición, el ilustrado historiador Fregeiro, en un erudito trabajo titulado *Exámen de la Historia del Puerto de Buenos Aires del Sr. Eduardo Madero*, hizo un

(1) Madero, Eduardo—*Historia del Puerto de Buenos Aires*—Edición 2a. 1892—Prólogo—pág. 5.

(2) Madero. E. — Obra citada — Prólogo pág. 5.

detenido estudio analítico de la misma que la descalificó por completo. (1).

Hemos hablado de errores bibliográficos, citaremos uno solamente, entre tantos, pero de bulto para justificar nuestro aserto.

El Sr. Madero dice haber consultado la obra de Pedro Mártir de Anghiera, primer Cronista del Nuevo Mundo y sin darse cuenta, en la cita que coloca al pié de la página de su libro establece claramente que sólo conoció una parte pequeña, por cierto de la misma. En efecto la edición de Colonia de 1574 de Gervinus Calenio et haeredes Quintelios (2) solo contiene tres Décadas, conteniendo 8 la obra completa. Y bueno es no olvidar que ya para entonces existía publicada una edición completa de la obra en cuestión (3).

Desde luego no pudo sacar de esta edición, que dijo poseía el Sr. Madero, los datos que necesitó para relatar la expedición de Magallanes, por la sencilla razón que Mártir de Anghiera recién se ocupa de esta expedición en la Década V. Libro III de la edición completa de su obra.

Tampoco dice haber consultado la versión castellana de las Décadas de Mártir de Angleria, del Dr. Joaquín Torres Asencio (4) en el cual la expedición de Magallanes está relatada en el Vol. III. Década V. Libro VIII. pág. 309.

En las citas que hace de otros libros trae también errores de nota.

Todas estas lagunas le facilitaron la tarea al Sr. Fregeiro para vapulear al autor y descalificar la obra, de la cual como hemos dicho, no apareció más que el primer volumen.

(1) Fregeiro, C. L. Monografía citada—*Revista del Museo de la Plata*—Año 1893.—Volúmen V, con planos y mapas.

(2) Pietro Martir de Anghiera—*De Orbe novo Decades* III—1 vol. 8. 24 pág. Preliminares—665 de testo 15 de Index.

(3) Pietro Mártir de Anghiera. *De Orbe novo Decades* Octo. Apud Michaellem de Eghia-1530- 1 volúmen Fóllo.

(4) Madrid-1892-4 volúmenes 12º 1a.

III

JUAN CRISTOBAL DE LA ESTRELLA

Así se llamaba el sucesor nombrado para reemplazar al capitán Don Diego Fernandez de Oviedo y Valdéz, por el sombrío y melancólico Felipe II, en el puesto de cronista de Indias.

El nombrado era un escritor que gozaba de reputación de sabio. Muy versado en el dulce idioma de Virgilio, tenía más inclinaciones á la poesía que á la historia, á tal punto que cuando escribía sobre asuntos históricos, sus trabajos los componía en versos latinos.

Su labor en el puesto no fué considerable; á su muerte se encontró en su gabinete de estudio una obra compuesta en latin, dividida en cuatro partes ó secciones distintas, sin relación entre sí. El contenido de estos manuscritos estaban muy lejos de satisfacer las esperanzas que se habían cifrado en su autor, y no muy á la altura de su talento.

Durante largos años permanecieron depositados é ignorados para la generalidad de los que después de él se han ocupado de la historia del Nuevo Mundo, hasta que durante las excursiones por las bibliotecas y archivos de la península, llevadas á cabo por don Juan Bautista Muñoz, en procura de documentos para componer su obra, encontró los cuadernos manuscritos, en la Biblioteca del Colegio de Monte Sacro en Granada. La Real Academia de la Historia, en cuyo archivo se conservan, es su actual depositaria. Tienen tan escaso valor histórico que no han sido dados á la publicidad.

La historia latina de indias, que así se titula la obra del cronista Estrella, fué compuesta en el idioma de Virgilio, contiene una mala crónica de los sucesos ocurridos durante el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y abarcó hasta la época de las guerras civiles ocurridas entre los conquistadores del Imperio de los Incas.

Don Alonzo de Ercilla y Zúñiga, el inspirado autor

del poema histórico la «Araucana», amigo personal del cronista, refiriéndose á la obra en cuestión, dice en el Canto VI de su poema :

- « El Cronista Estrella escribe al justo
- « De Chile y del Perú en latin la historia
- « Con tanta erudición que será justo
- « Que dure eternamente su memoria.

Esto revela á la par que la poca exigencia ó mal gusto literario de Ercilla su gran estima por el Cronista Estrella.

El cronista Estrella ha sido calificado de mediocre por el historiador chileno Barros Arana y sin embargo, si durante el tiempo que desempeñó el puesto de Cronista Mayor de Indias, su labor fué escasa, en cambio su obra «*Rebelión de Pizarro en el Perú, y Vida de don Pedro Gasca*», es un libro bien compuesto que suministra útiles informaciones acerca de los sucesos del Perú en aquella época. Fué escrita en 1565 y terminada en 1567.

Esta obra después de permanecer largos años inédita ha sido impresa en Madrid en 1889, en dos volúmenes, bajo la dirección de Don A. Paz y Melia.

Pinelo dice, que Estrella escribió la historia de Chile, que Ercilla debió ver, pues eran amigos y era en aquella época cuando componía su *Araucana*.

El Cronista Calvete de Estrella compuso además: *De Rebus Indicis*--2 vol. *De Rebus Gestis Ferdin Cortesii*; *De Rebus Vacac Castrii*, Libr. primum, esta última obra en versos endecasílabos.

Diego Fernández aprovechó no poca parte de las obras de este cronista para componer su *Historia del Perú*, que publicó en Sevilla el año 1571.

IV

JUAN LOPEZ DE VELAZCO.

A la muerte de Estrella ocurrida el 8 de Octubre de 1572, por Cédula expedida por el Rey Felipe II. el 19 de Octubre de 1571, era nombrado para reemplazarle Don

Juan Lopez de Velazco, con el título de Cosmógrafo—Cronista de Indias.

A la par que se establecía que el nombrado debía presentar al Rey sus trabajos anualmente, sin cuyo requisito no le serían satisfechos sus honorarios, la Real Ordenanza disponía además que no se escatimaran gastos á fin de facilitar en cuanto del gobierno dependiera, la tarea encomendada al nuevo cronista de Indias. La Cédula terminaba disponiendo que fueran remitidos al Consejo de Indias todos los documentos y demás papeles que se relacionaran con el descubrimiento y conquista de América á fin de que pudieran ser consultados por Velazco.

A pesar de tanto preparativo de materiales puede decirse que la labor realizada por el nuevo Cronista de Indias fué poco menos que nula, limitándose á un *Informe* que dirigió al Consejo de Indias acerca de la «*Historia del Perú*», de Diego Fernandez, el Palentino, aparecida en Sevilla el año 1571.

Este informe que lleva fecha 16 de Mayo de 1572 dió como resultado que el Consejo, á quien iba dirigido, prohibiera la circulación de aquella obra en el exterior y colonias y que la mandara incinerar poco despues.

Este cronista ocupó su puesto hasta el día 19 de Octubre de 1591, en que fué incorporado á la Secretaría del Rey.

Dejó además una obra manuscrita titulada:

Descripción Universal de las Indias y demarcación de los Reyes de Castilla—vol Fol. (1)—Esta obra fué corregida por el Consejo de Indias, y de ella se ocupó el Sr. Gimenez de la Espada en la pág. LXXII de las «*Relaciones Geográficas de Indias*»—publicadas por el Ministerio de Fomento. Madrid—1881.

CARLOS I. SALAS

(Continuará)

(1) Publicada en Madrid en 1894 — 1 vol. 4º Con anotaciones de Justo Zaragoza.

SOBRE REFORMAS JUDICIALES

AL DOCTOR TOMÁS DE VEYGA

I. — La unificación de la justicia nacional y provincial: su constitucionalidad. — II. Sus conveniencias en el caso de una reforma constitucional. — III. Algo de lo que debe hacerse en la justicia argentina. — IV. El procedimiento oral es la gran reforma que se impone.

Con algún retardo voy á acusar recibo del folleto escrito por el Dr. Tomás de Veyga, titulado «La Reforma de la Justicia Argentina», agradeciendo debidamente la fineza que ha tenido este magistrado al solicitarme una opinión sobre alguno de los puntos que estudia en ese trabajo. Gustoso expresaré mis ideas respecto de tan trascendentales cuestiones, máxime si con ello contribuyo á los propósitos altamente plausibles que han de haber movido al Dr. de Veyga á llevar á cabo ésta excelente y práctica iniciativa de una encuesta entre los magistrados y demás funcionarios judiciales de las Provincias Argentinas.

I

De los diversos problemas que plantea la interesante conferencia, reputo el más fundamental en nuestra institución judicial, el de la unificación de la justicia nacional y provincial. Desde luego, disiento radicalmente con la autorizada opinión del autor de haber esa reforma en el sistema constitucional que nos rige, y pienso que sin una

revisación sustancial del mismo, echaríamos por tierra los orígenes, los principios y los fines de nuestro federalismo, por *sui generis* que lo consideremos en teoría y por bastardeado que se halle en la práctica. Haré una breve digresión en el campo de nuestra Constitución para fundar únicamente mi pensamiento, pues un desarrollo *in extenso* del tema ni cuadra á la índole de ésta respuesta, ni respetaría la merecida reputación del ilustrado magistrado á quién me dirijo.

Comienza nuestra Carta Fundamental, al instituir el régimen de gobierno adoptado por el pueblo argentino, disponiendo que «cada Provincia dictará para sí una constitución bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional; y que asegure su administración de justicia, etc.» (Art. 5°). Su administración de justicia, su propia administración de justicia, es una de las condiciones esenciales del régimen institucional de las Provincias para que el Gobierno Federal les garanta su goce y ejercicio (art. cit.); y si adoptada por la Nación la forma tripartida de sus poderes de Gobierno, como lo ha sido, las provincias no dividiesen los suyos ó estos no funcionasen bajo tales principios, es claro que no consultarían los preceptos de la Constitución que se ha dado la República.

Sigue luego el art. 34, el cual habla de los jueces de las Cortes Federales que «no podrán serlo al mismo tiempo de los Tribunales de provincia», lo que excluye toda posible refundición de ambas jurisdicciones, dentro de las Provincias, en el sistema actual.

Cuando el art. 94 dice que el Poder judicial de la Nación será ejercido por una Corte Suprema de justicia, y por los demás Tribunales inferiores que el Congreso estableciese en el territorio de la Nación, define cual es y cómo instituye el *Poder judicial Nacional*, distinto é independiente del *Provincial*, pues no se podría argüir que al emplear el art. las palabras «de la Nación» comprenda la justicia de todo el territorio de la Nación Argentina, desde que en los arts. 36 y 74, correspondientes como el 94 ci-

tado á la *Segunda parte* de la Constitución, crea el Poder Legislativo y el Poder Ejecutivo *de la Nación*, constituidos como se sabe por entidades absolutamente diversas de los poderes provinciales correlativos. Y una prueba más irrefragable de ello es, que las tres secciones de los Poderes de la Nación mencionados, corresponde al *Titulo Primero* de la referida Segunda Parte y lleva por subtítulo *Gobierno Federal*, á diferencia del *Titulo Segundo* que habla de los *Gobiernos de Provincia*. Finalmente, atribuido á la Suprema Corte y Tribunales inferiores de la Nación, el conocimiento y decisión de las causas enumeradas en los art. 100 y 101 de la Constitución, ¿á qué quedaría reducida esa jurisdicción constitucional propia y exclusiva, si todos los tribunales del país fueran nacionales? — ¿qué objeto y qué ventaja tendrían si unos tribunales de la Nación entendieran en las causas del fuero llamado federal, y otros tribunales también de la Nación, es decir, del mismo origen y régimen, conocieran en los negocios del orden común? — Evidentemente ninguno, y con ello haríamos desaparecer la razón de ser, y miras superiores que inspiraron la institución de la Justicia Federal, expuestas tan luminosamente por el Gran Hamilton, uno de los gloriosos fundadores de la Unión Americana.

Creo pues, inconciliable con el mecanismo constitucional en vigencia, la unificación de los Poderes Judiciales de la Nación y Provincias, á cuya conclusión en manera alguna, obsta la facultad del Congreso para dictar leyes generales sobre el juicio por jurados, estatuida en los art. 67 Inc. 11 y 102, porque el establecimiento de éste sistema en nada perjudicaría la autonomía de la justicia local, que el mismo Inc. 11 del art. 67 citado reconoce implícitamente, al decir que la aplicación de los Códigos cuya sanción atribuye á ese Congreso, no altera las jurisdicciones, correspondiendo á los Tribunales federales ó provinciales según fueran las cosas ó las personas. Y no creo tampoco compatible con la actual Constitución Argentina, que las Provincias se desprendan, ni aún por voluntaria cesión, de uno de sus Poderes Públicos que es

de esencia en su propio é inalienable Gobierno, porque entonces no conservarían el poder que expresamente se reservaron al celebrar el pacto comun (art. 104), ni se darían sus propias instituciones locales, rigiendose por ellas.

II

Pero aunque su plan de unificación parta de la base de no ser indispensable una reforma constitucional, quiero examinar sus conveniencias para apreciar si el justificaría una reforma de esa índole.

La unificación de la justicia argentina, preconizada ya por uno de nuestros mejores juristas, el Dr. Rodolfo Rivarola (1), como la de la educacion primaria que también se ha insinuado por algunos, conquistando distinguidas inteligencias, son ideas de la mayor gravedad y consecuencias, por lo que conviene discutir las con la amplitud posible, con calma y patriotismo, deponiendo intereses personales y locales, pesando y nunca exagerando razones ó casos que muevan á la crítica y al prurito de fácil reforma, defecto este último capital en el carácter argentino y origen probable de fracasos sin cuento en nuestras instituciones.

No desconozco ciertas ventajas que de inmediato reportaría la fusión de ambas jurisdicciones judiciales. Mayor unidad en la jurisprudencia — y no digo «total unidad» porque aún con un Supremo Tribunal de Casación á la cabeza de toda la justicia del país, es ilusorio esperar una jurisprudencia inmutable, que siempre cambiaría con los tiempos y los hombres, como todos sabemos ha sucedido con los fallos de nuestra Suprema Corte Nacional en cuestiones importantes y secundarias; — mayores garantías y estabilidad para la judicatura, y una más digna renumera-ción de sus servicios condicente con lo elevado de sus funciones y la magnitud de los intereses que éstas amparan. Pero tales ventajas no son imposibles de alcanzar con

(1) *Del Régimen Federativo al Unitario.*

el actual régimen, y preveo en cambio que la proyectada unificación traería inconvenientes serios que harían malograr la bondad de la reforma, haciendo poco deseable su implantación á costa de una modificación fundamental, difícil y peligrosa en el sistema de nuestra Constitución. Casos ha habido y conozco en ciertas Provincias, de inicuos atentados llevados por autoridades políticas locales contra las judiciares, pero también se conocen ya bellos gestos de altivez é independencia judicial que han elevado el prestigio de la magistratura consolidando la fuerza de sus inalienables y sagradas atribuciones, y es innegable la reacción benéfica operada en las Provincias más adelantadas de la República, donde se observa hoy una consideración y un respeto crecientes hacia la autonomía del Poder Judicial. Esta tendencia ha de generalizarse en todas las Provincias á medida que progresa nuestra civilización política, hecho fatal impuesto por los nuevos tiempos y las necesidades de la especie humana que se agrupa en nuestro territorio, y ha de concluir por triunfar, como en definitiva triunfan la verdad y el bienestar colectivo, fines primordiales para que ha sido instituida la justicia.

En el orden nacional, si bien no se ha notado esa funesta ingerencia de los Poderes Políticos en el funcionamiento de los Tribunales, en su constitución no ha sido ajena la política, y nacionalizada mañana la justicia de todo el país, según el proyecto de Veyga, ninguna seguridad habría de que en los nombramientos—base del éxito ó fracaso de la institución—no se ejercitaran ante el Presidente de la República los empeños y compromisos de los políticos locales y de miembros del Congreso, con perjuicio de los bien entendidos intereses de la justicia. También ha habido, en el orden nacional, algun fallo desconocido por el Ejecutivo y decisiones judiciares burladas por abusos del indulto y de la amnistía, como es notoria la sumisa dependencia en que por un grave error de organización y por un mal concepto de las cosas, se le mantiene á uno de los resortes esenciales de la justicia: el Ministerio Fiscal, respecto del poder administrativo.

Por otra parte, con la nacionalización proyectada no se consultarían tan convenientemente los intereses de la justicia local en la provisión de los cargos, porque suponiendo que no mediasen los factores políticos á que antes aludía, es difícil que el Poder Ejecutivo Nacional conozca debidamente la actuación de los hombres y de los funcionarios para discernir con acierto el ascenso estimulante, tratándose de la multiplicidad de Tribunales que hay en este extenso territorio, y cuando es muy grande la distancia entre la Presidencia de la Nación y Ministerio de justicia, por una parte, y las localidades donde funcionan aquellos, por otra. Para apreciar mejor la conducta y merecimientos de los funcionarios judiciales de las Provincias, hay que estar más cerca de ellos, participando en cierto modo de ese contralor local que se forma al rededor de cada sede de Tribunales.

Vése pues, las dificultades que suscitaría el régimen de la unificación, cuyas ventajas no las compensan en una medida suficiente como para suprimir este conjunto de instituciones incorporadas por la costumbre desde que nació la nacionalidad, antes que por la ley constitucional, al sistema de la libertad local, de esa libertad que no tan sólo consiste en la no subordinación á la opresión extraña sino en el derecho de cada Estado á darse sus propios gobernantes, sus jueces, sus legisladores y sus comunas, y en cuya conservación y garantía, concertada ella sabiamente con la acción del todo que representa la Nación, radica segun un eminente filósofo político—John Fiske—el éxito de los grandes estados federativos que registra la historia.

III

Si no creo que la mejora de la justicia argentina dependa de la fusión de ambas jurisdicciones, nacional y local, no soy sin embargo de los que se declaran satisfechos del orden de cosas actual, y pienso que es un deber señalar sus defectos y proponer los medios de subsanarlos,

acercándonos á lo que debe constituir siempre un ideal de perfeccionamiento, nunca colmado.

La organización de nuestra judicatura, tanto de la Nación como de las Provincias, la condición en que se la mantiene, especialmente en las segundas, los procedimientos en lo civil y en lo criminal, todo esto requiere cambios fundamentales que modernicen la institución y la pongan en aptitud de responder á las exigencias peculiares de la evolución civilizadora que experimenta el país.

El sistema de la doble instancia, por ejemplo, que rige en todos los tribunales argentinos, con excepción de la Provincia de Buenos Aires la que tiene establecidos tres grados de jurisdicción y de los casos limitados en que entiende en tercera instancia la Suprema Corte Nacional, sistema á base de un juzgado unipersonal en la primera instancia, y de tribunales de cinco ó de tres miembros para las apelaciones, es un sistema calculado para introducir la contradicción frecuente entre las decisiones de ambas instancias en cuestiones de hecho y de derecho, con mengua notoria de la justicia, porque es más probable la disidencia de opiniones entre un solo magistrado que adopta sus conclusiones sin otra deliberación y consulta que la que hace con su propia conciencia, por una parte, y un tribunal colegiado que procede por la discusión y la controversia de cada punto litigioso entre sus diferentes miembros, por otra. Sobre el encarecimiento y demora en la justicia que esto trae aparejado, no necesito detenerme por sobrado conocido, bastando recordar que en el empleo de los recursos para ante la segunda instancia encuentran generalmente los litigantes de mala fe el objeto que persiguen, porque sabido es que la mayor demora imputada á los tribunales argentinos está en esa segunda instancia, á causa del enorme número de procesos que golpean incesantemente sus puertas y de la necesidad del estudio previo por cada uno de los vocales de las cámaras, en la forma lenta y pesada del procedimiento vigente, estudio que debe requerir un tiempo triple ó quíntuple del que necesita el magistrado de primera instancia.

Pero mucho mayor aún es el mal que resulta del desprestigio judicial por esa contradicción en los fallos del inferior y superior, como acertadamente lo pone el Dr. de Veiga de manifiesto, desde que si bien una segunda instancia para las cuestiones de hecho y de derecho tiene la gran ventaja de corregir los errores en que incurra el inferior, en cambio sirve algunas veces para producir los errores que cometan los tribunales de apelación, y el único resultado que uno y otro caso tienen casi siempre, sino siempre, es dar motivo más ó menos justificado á la crítica y á la protesta, porque cada parte se halla convencida ó se inclina por interés al fallo que respectivamente le favorece.

En la justicia de Paz, servida por funcionarios legos y de corta duración según el sistema que rige en la capital y en la mayoría de las provincias, ocurre un anacronismo más grave todavía. La primera instancia se ejerce por personas que carecen de competencia técnica, aún cuando algunas de ellas logren en una práctica larga, cierta capacidad; en una palabra, tal organización responde lógicamente á la idea de una *justicia vecinal*, conciliadora por esencia y en la que para nada debiera entrar el derecho escrito, pues su invocación es más ocasionado á sutilizar las cuestiones y enredar asuntos sencillos, manejados por inexpertos, con riesgo inminente de llegar á soluciones injustas, cuando los fallos de esa justicia tendrían su natural fuente en un criterio de equidad y conciencia. Pero en la segunda instancia entiende un magistrado letrado, el juez de primera instancia, lo que por sí solo evidencia la profunda contradicción en que reposa el sistema. De ahí, de la intervención del juez de derecho, surge el prurito de sustanciar las causas y fallarlas con arreglo á los Códigos, por parte de los jueces legos, y ello explica también porqué se complican juicios de índole sencilla con la intervención de procuradores y abogados.

El remedio de éste anómalo estado de cosas, no puede consistir sino en el establecimiento de una sola instancia para la justicia de Paz, con tribunales colegiados compuestos suficientemente de tres miembros, que serían

letrados—si se quiere y si se puede aspirar á una justicia competente y buena, como la moderna división del trabajo lo exige,—y cuya jurisdicción podría extenderse fácilmente en tal caso á los asuntos hasta de mil pesos ó algo más en el órden civil, y á los delitos correccionales en materia criminal; ó que serían legos y procederían entonces sin sujeción alguna á las leyes codificadas de fondo y forma, es decir, jueces de simple equidad y conciencia.

En cuanto á la actual justicia letrada, participo completamente de la opinión de refundirla toda en una sola instancia, con tribunales colegiados de cinco miembros (número que sería mejor, creo, que el de tres propuesto en el proyecto), unos para lo civil y comercial y otros para lo criminal, que entenderían y apreciarían las cuestiones de hecho sin apelación alguna, y las de derecho con recursos de casación, limitados á casos especiales de jurisprudencia contradictoria sobre materias regidas por la Constitución Nacional, códigos de fondo y leyes nacionales, y de cuyos recursos podría conocer la Suprema Corte Federal, aumentada en sus miembros y dividida en Salas suficientes por materias, sin perjuicio de que las Provincias establezcan una Corte Superior para entender en recursos de revisión, en cuestiones de superintendencia y en apelaciones de causas criminales de cierta gravedad (v. g. arriba de 10 años de penitenciaría).

Respeto á la situación de la judicatura provincial, pienso que hay bastante que hacer para elevarla á su debida rango. En su eligibilidad debe presidir la más escrupulosa selección, al practicar la regla general del ascenso que felizmente se va inponiendo, y es mi opinión que el medio más práctico para alcanzar esa aspiración, sería confiar los nombramientos de todos los jueces y funcionarios auxiliares de la justicia al Superior Tribunal ó Corte Superior de cada Provincia, previo acuerdo del Senado, ó Legislatura donde rija el sistema unicamarista, desde que son esos tribunales los que están más habilitados en la casi generalidad de los casos, para conocer la actuación y condiciones de los funcionarios judiciales y miembros del

foro. Esta reforma sería igualmente saludable en la justicia nacional, como medio de conseguir se forme definitivamente esa carrera por todos anhelada. La permanencia en el empleo durante la buena conducta y nó por término limitado, conjuntamente con la creación de *juzgo* y procedimientos rápidos para la remoción del magistrado infiel ó incapaz, en lugar del difícil, moroso y escandaloso juicio político actual, sería también una garantía más para consolidar la independencia del Poder Judicial en las Provincias contras posibles injusticias ó venganzas, aún cuando estas se hagan cada vez más difíciles. Recuérdese que el sabio maestro á quien antes nombré, Alejandro Hamilton, miraba la permanencia en el empleo de los jueces «como el baluarte de la justicia pública y de la pública seguridad» (1). Finalmente, si bien peca por estrechez la posición económica deparada á los magistrados de la Justicia Nacional, á pesar de las pequeñas mejoras hechas en los últimos tiempos, es en la judicatura de las Provincias todas, sin excepción, donde se siente la necesidad impostergable de elevar esa condición, que es hoy reducida y poco considerada. Impera en el país, por un concepto erróneo que reclama su rectificación, la costumbre inveterada de colocar á los miembros del Poder Ejecutivo en una escala muy superior del Presupuesto sobre los del Poder Judicial, cuando todo concurre á exigir una nivelación de rango, la labor incesante y á menudo agobiante del último, la delicadeza y responsabilidad de sus funciones, y la conveniencia de formar una verdadera carrera de la magistratura; no habiendo, por otra parte, razón alguna para considerar al Ejecutivo institucionalmente como superior á los otros Poderes, porque cada uno tiene sus funciones propias dentro del sistema de división y coordinación establecido, y sabido es que al Judicial incumbe hasta la facultad de no aplicar en los casos ocurientes, leyes y decretos inconstitucionales, vale decir, de anularlos en esos casos. Para rodear entonces de alicien-

(1) *El Federalismo.*

tes ésta carrera judicial, para «ser juez y nada más que juez» según la exacta y precisa fórmula, y para evitar esa deserción frecuente que se observa en las Provincias por parte de muchos hacia otras actividades de la vida pública ó privada menos ingratas, deben los estadistas, ya que la aludida costumbre no reconoce otro origen que la poderosa facultad de proyectar y fijar los gastos de la administración, darse exacta cuenta de este estado de cosas, acometiendo resueltamente su mejora en la seguridad de que por ese medio, principalmente, se logrará que la institución brille á la altura que le corresponde.

IV

Hay tambien en el interesante estudio del magistrado porteño, un punto que conceptúo de inmediata importancia al de la unificación de la justicia, y sobre el que deseo explayarme con algunas someras reflexiones, justificadas siquiera por la adhesión entusiasta que siempre me ha suscitado: el procedimiento oral.

Nuestra justicia, civil y criminal, es lenta y cara, debido primordialmente al procedimiento escrito, que es sistema atrasado é incompatible ya con las modificaciones rápidas que se operan en la sociedad, y en la economía del país.

Sorprende en verdad, que en medio de los progresos alcanzados por la República en todos los órdenes, especialmente en su legislación, permanezcamos todavía en esta materia de forma de enjuiciamiento, casi en la misma situación que regía durante el coloniage. El procedimiento escrito, cuya reforma nos han aconsejado autoridades científicas tan eminentes como Ferri, es inquisitivo en materia penal, y conocido solo el juicio de las partes en materia civil, resulta en ambas clandestino. Se impone pues, la adopción de la justicia oral, para que la publicidad y contralor de la opinión sean un hecho, exigencia tanto mayor en una nación republicana como ésta, y tanto más benéfica cuanto que ella servirá además para

acostumbrar al pueblo á los debates propios de la democracia, y abaratará la justicia, facilitando su alcance á todos los que la necesitan. El Dr. Alberdi decía á este respecto que «donde la justicia es cara, nadie la busca, y todo se entrega al dominio de la iniquidad». Ninguna razón hay para que no sigamos las prácticas judiciales de las naciones más civilizadas del mundo, oralizando los juicios y estableciendo una sola instancia con tribunales colegiados para decidir sin apelación las cuestiones de hecho y recursos de casación en las de derecho, tal como en el folleto acertadamente lo proyecta. Muy poco se adelantará con reformas procesales que abrevien los términos, disminuyan los casos de apelación y corten con los incidentes dilatorios; mientras no se cambie de sistema, perdurará la causa originaria del mal que aqueja á la institución, y que reside en el *expediente* y en el *papel sellado*.

Pero como la costumbre secular gravita demasiado sobre nuestra capacidad, para afrontar bruscamente una modificación tan fundamental en la justicia argentina, creo que debemos proceder evolutivamente, á fin de evitar fracasos, preparando á los magistrados y al foro en la práctica paulatina del sistema oral. Y para ello, la iniciativa de la reforma podría comenzar inmediatamente en la justicia de Paz y en la jurisdicción criminal, que son las más necesitadas, porque en ellas perjudica más á su celeridad toda actuación escrita.

Tengo fe en que estas ideas, tan valientemente desenvueltas por el Dr. de Veyga, se abrirán paso y triunfarán en un próximo porvenir, porque todo lo que tienda al perfeccionamiento de la Justicia Argentina constituye uno de los más altos deberes que tiene que cumplir este pueblo, ya adulto, en la segunda centuria de su vida libre.

EMILIO REVIRIEGO

Paraná, Octubre 1910

LA DOCTRINA DE LA GENERACIÓN ESPONTANEA

SU EVOLUCIÓN Y ESTADO ACTUAL.

Al Doctor Angel Gallardo

La Físico-química, con sus preciosos métodos de investigación, *llugarí^s* á establecer experimentalmente la evolución de la vida, que acompaña á la organización gradual de la materia.

El problema de la generación de los seres vivos á expensas de la materia inorgánica y de las fuerzas físico-químicas que sobre ella actúan, es tan antiguo como la humanidad misma.

Desde que el hombre empezó á hacer sus primeras reflexiones sobre los seres y fenómenos de la naturaleza que impresionaban directamente sus sentidos, germinó en su espíritu investigador, la idea de una posible explicación, de uno de los fenómenos más maravillosos: el origen de los seres vivos.

Germinar esta atrevida idea en la imaginación despierta del hombre que trata de escudriñar los misterios de la naturaleza y comenzar la fatigosa marcha por los atrayentes senderos que conducen á lo ignoto, todo fué obra de un momento en la historia de la evolución del pensamiento humano. Sabios, filósofos, metafísicos y poetas impulsados por el irresistible deseo de sumergirse en las bellas regiones que ofrece al espíritu la armónica obra de la naturaleza, tratan de unificar sus tendencias en una sola entidad y haciendo un supremo esfuerzo de síntesis, comienzan á extraer de las entrañas de la gran creadora, el secreto de la vida.

Y después de largo sueño de 24 siglos en las regiones de lo idíal y de lo bello, el amargo despertar de la realidad hace al hombre positivo de nuestra época, lanzar la escép-

tica exclamación, ese *ignoramus* que brota espontáneo de los labios de todo espíritu realmente superior.

Y dirán los escépticos, ¿á qué tantos afanes y desvelos si después de 24 siglos el gran adelanto de la ciencia y de la filosofía en este problema, se reduce solo á un paso imperceptible hacia lo infinito? ¿no vale más renunciar á los problemas metafísicos que surgen de los diferentes capítulos del libro de la ciencia, á esos problemas que se denominan, génesis y evolución de la materia cósmica, constitución y unidad de la materia y de las fuerzas, origen y evolución de la materia viva, génesis y evolución de las fuerzas psíquicas, que son del dominio de las ciencias fisico-químicas, de la biología y de la psicología?

Este es el eterno problema que plantean los decepcionados cuando algún entusiasta por el estudio, se empecina en demostrar la gran utilidad que al hombre culto prestan esas especulaciones que se apartan de las cosas materiales y de los objetivos inmediatos de la vida diaria. Ante él no creo que deba pretenderse buscar una solución satisfactoria y menos aún verdadera; en efecto, es tan discutible, cuando se colocan las personas en un terreno absoluto, la utilidad de las altas especulaciones de la ciencia y de la filosofía, como la de nuestra vida misma. ¿Qué valemos?, ¿para qué sirven nuestras producciones, si después ha de venir una nueva capa de tierra á darnos un abrazo terrible y á destruir en un minuto todos los afanes, todas las miserias, todas las vanidades que condecoran desde hace siglos, la sociedad de los hombres?

A pesar de la partícula de verdad que encierra tanto escepticismo, es nuestro deber luchar contra ese enemigo temible que apaga los más acariciados deseos, y aún cuando no podamos probar de un modo absoluto, la utilidad de semejantes esfuerzos, nos quedará siempre el consuelo de estimularnos á nosotros mismos, diciendo que lo hacemos simplemente porque nos causa placer.

Tal es el problema que á mi se me presenta en este momento difícil, al pretender exponeros un tema tan escabroso como el de la generación espontánea.

No se hasta que punto puede seros útil esta disertación, pero me anima el pensar que no me guía la más mínima idea de ser original, al modo de ciertas personas, que desconociendo casi en absoluto la historia del asunto, se atreven á emitir como nuevas, ideas sobre la continuidad de la vida en los diferentes estados de evolución de la materia que ya habían sido expuestas de un modo admirable por Leibnitz.

Descartando esta pretensión se ve claramente mi objeto: exponer en la forma más sintética y ordenada posible, el examen de una serie de hechos aislados sobre el origen de los seres vivos, que necesitan ser armonizados y luego presentar algunas conclusiones que logicamente se deducen de ellos. Y si no es útil materialmente para vosotros esta exposición, por lo menos espero que el tema, atrayente por más de un concepto, despertará en nuestro espíritu la necesaria inquietud que despiertan los asuntos que dejan en pié más incognitas que las que modestamente resuelven.

Si no logro este intento la culpa será mia.

En la primera parte seguiremos paso á paso el examen de las diferentes etapas que constituyen el ciclo completo de la evolución de la doctrina de la generación espontánea, edificada por los filósofos griegos, pues solo así podremos formarnos una idea exacta del origen y alcance de esta doctrina y de las acepciones más variadas que ha tenido aquella expresión. En la segunda parte, haremos un examen de conjunto de los hechos que demuestran las analogías y diferencias entre los organismos y los inorganismos, desde el triple punto de vista de la materia forma y fuerza, y las principales experiencias físico-químicas modernas, llevadas á cabo con el objeto de producir artificialmente algo que se asemeje por sus caracteres fundamentales á los seres vivos inferiores.

PRIMERA PARTE

*La doctrina de la generación espontánea:
ligera reseña de su evolución*

Desde que se emitieron las primeras ideas acerca del origen de los seres vivos, dos grandes hipótesis dominaron el campo de acción del pensamiento científico y filosófico: la de la *Biogénesis* y la de la *Abiogénesis*, (generatio equivoca) ó *generación espontánea*. Los defensores de la primera admitían que la existencia de un ser vivo por rudimentario que fuera se debe á otro ser ancestral análogo; por el contrario los partidarios de la última afirmaban que el ser vivo proviene directamente de la materia inorgánica. Es fácil cerciorarse de que ambas hipótesis han dominado alternativamente desde la época de los griegos hasta nuestros días.

Adoptando el plan desarrollado por el profesor Osborn en una de sus últimas obras (1), dividiremos esta ligera reseña histórica de la doctrina de la generación espontánea, en dos partes correspondientes respectivamente, al período de evolucionismo griego y al período de evolucionismo moderno que comprende á su vez la fase filosófica y la fase científica.

Período griego

Tales de Mileto (624-548) (a. C.) (de la escuela Jónica) emitió la idea de que los seres vivos tenían su origen en las aguas de los grandes oceanos, y viene á ser por consiguiente el fundador de una de las teorías actualmente más aceptadas.

Más ó menos en la misma época, Anaximandro (588, 524 a. C.) que según Haeckel es el precursor de Kant y Laplace en *Cosmogonía* y de Lamarck y Darwin en *Biología* (2) expone por primera vez las bases de la teoría de la *Abiogénesis*. A pesar de lo grosero de las ideas de Anaximan-

(1) F. F. Osborn. Traduc. del Dr. G. Nobili: *Dai Greci á Darwin: disegno storico dello sviluppo dell'idea dell'Evoluzione*, 1901 pág. 10

(2) *Loc. cit.*, pág. 33.

dro, pues admitía que las anguilas y otras formas acuáticas eran producidas directamente de la materia desprovista de vida, el dió un paso hacia adelante con relación á algunos mitos de los tiempos primitivos, según los cuales era el hombre el que surgía directamente de la tierra como si fuera una planta.

Más tarde su discípulo Anaximenes (588 - 524 a. C.) atribuyó al aire la causa primera de todas las cosas (1). Este elemento según él tomaba la forma de espíritu y difundía vida, movimiento y pensamiento en los animales. También introdujo la idea del primitivo barro terrestre mezcla de tierra y agua, del cual bajo la influencia del calor solar, se desarrollaban directamente de un modo abiogénético, las plantas, los animales y los hombres. Diógenes también de la escuela Jónica, participaba de estas ideas. Xenofanes (576 - 480 a. C.) (fundador de la escuela Eleatica y según se cree, discípulo de Anaximandro) y su discípulo Parménides, sostenían esa misma idea de la existencia de un barro primitivo del cual surjían, las plantas, los animales y el hombre.

En la escuela de los materialistas primitivos (Eráclito, Empédocles, Demócrito y Anaxágoras) se nota una transformación bien manifiesta de las vagas nociones de metamorfosis y de abiogénesis de origen Jónico, en elementos integrantes de la verdadera doctrina de la Evolución (2).

Empédocles de Agrigento (495 - 435 a. C.) que fué á la vez físico, filósofo, poeta, biólogo y músico, sobrepasó en mucho á sus predecesores y puede ser llamado con justicia según Osborn, el padre de la idea de la Evolución. El trató de explicar el origen de la vida apoyándose en la abiogénesis ó generación espontánea, pero al mismo tiempo hizo notar que la Naturaleza no debía producir las formas elevadas y los inferiores simultaneamente: primero surge la vida vegetal y la vida animal se desarrolla sólo despues de una larga serie de tentativas. Todos los organismos se han ido generando de un modo gradual

(1) Loc. cit, pág. 33

(2) id pág. 37

por la acción de dos fuerzas, una combinante ó amor y otro separante ú odio, sobre los cuatro elementos, el fuego, el aire, el agua y la tierra.

Según este filósofo los animales aparecían primeramente como individuos incompletos, como partes de individuos y recién después de vencido el odio ó fuerza disociante por el amor ó fuerza combinante, estas partes se atraen para engendrar un organismo completo. Con estas ideas él intentó una interpretación de ciertas creaciones de la mitología griega (animales de naturaleza extraordinaria: hombres con cabeza de animal etc.) como resulta de la interpretación que más tarde dió Lucrecio, exponiendo en verso aquellas hipótesis (1).

Haciendo abstracción de esto último, encontramos en las ideas de Empédocles el germen de la teoría moderna de la fecundación. En efecto, el espermatozoide y el óvulo por separado, son dos individuos incompletos incapaces de asimilar, en tanto que por su atracción que se considera como la resultante de las cargas eléctricas de signo contrario (negativa para el espermatozoide y positiva para el óvulo), engendra una célula ó individuo completo (con las dos polaridades) susceptible de asimilar y desarrollarse. ¿Estas dos fuerzas denominadas por Empédocles el amor y el odio, la una *asociante* y la otra *disociante*, no son acaso las que el biólogo y el químico moderno invocan á cada paso para la interpretación de la metamorfosis de la materia inorganizada y de los seres vivos?

Demócrito (450 a. C.) el que presentó las bases de la filosofía atomista, no llegó á la altura de Empédocles en la interpretación del origen de los seres vivos, puesto que aceptó la primitiva hipótesis del barro terrestre (hipótesis de Anaxímenes) y Anaxágoras (500 - 428 a. C.) radicó el origen de los animales, de las plantas en los gérmenes que preexistían en el aire y en el éter. (2)

Después Aristóteles (384-322 a. C.) imbuído en las ideas de sus antecesores que discute á cada paso, emite su célebre

(1) Véase Osborn, loc. cit. pág. 38

(2) Loc. cit. pág. 42

«principio perfeccionante» de la Naturaleza y acepta de lleno la hipótesis de la generación espontánea. Según él, la Naturaleza procede constantemente por transiciones graduales de lo que es más imperfecto á lo que es más perfecto y constituye una unidad en lo que se refiere á su causalidad. «El estado más ínfimo es el inorgánico el cual pasa al orgánico por metamorfosis directa dando lugar á la aparición de la vida (1). Sin embargo el admitía la abiogénesis de Anaximenes y sostenía que no solo los animales inferiores, sinó también las ranas, las serpientes y las anguilas surgían espontáneamente del barro.

Entre los continuadores de la obra de los griegos, que precedieron al periodo moderno del evolucionismo citaremos especialmente á Lucrecio (99-55 a. C.) á San Agustín (353-430) y á J. Bruno (1548-1600) que pertenecieron á épocas muy distintas. El primero, poeta y filósofo al mismo tiempo, resucitó en su célebre poema «De rerum Natura», la doctrina de Epicuro y las ideas de Empédocles, sobre la evolución de la vida, pero sostuvo como Parmenides, Demócrito y Anaxágoras la hipótesis de la generación espontánea de los animales superiores. San Agustín adoptó según Osborn un temperamento medio entre la Biogénesis y la Abiogenesis y supuso la existencia de dos clases de gérmenes de los seres vivos, los gérmenes visibles eran puestos por primera vez por el Creador en los animales y las plantas y los gérmenes invisibles ó latentes, que pasan á ser activos bajo ciertas condiciones de combinación y de temperatura (loc. cit. p. 72): estos últimos son los que producen los animales y las plantas sin ninguna cooperación de seres vivos. Bruno, continuador de Aristóteles en ideas científicas, precedió á Bacon (loc. cit. pg. 79) en el método inductivo: su lema era que la investigación de la Naturaleza en las luces libres de la razón, constituirá la única guía hacia la ver-

(1) Loc. cit. pág. 49.—Se debe á la resistencia de la materia á la forma el que la Naturaleza solo pueda pasar por grados de las formas inferiores á las superiores. Loc. cit. pág. 52

dad. Admitía el surgimiento de la vida animal y vegetal de la materia inorgánica.

Periodo moderno.

La larga serie de especulaciones de los filósofos griegos, deja preparado el terreno al evolucionismo inductivo moderno, cuyo punto de partida, fueron las concepciones de los filósofos de la Naturaleza, entre los cuales figuran Bacon, Descartes, Leibnitz, Houme, Kant, Lessing y Schelling.

Después de esta primera parte del período moderno (que comprende desde 1600 á 1800), el rápido progreso de la Botánica, Zoología y Paleontología, provoca el evolucionismo inductivo que se prolonga desde Buffon y Lamarck á St. Hilaire y sufre luego una decadencia para dar nacimiento á una nueva fase en la que se establece la evolución como ley de la naturaleza, á la vez por el método deductivo é inductivo. Aquí aparecen los grandes naturalistas Lamarck, Darwin, Wallace y Haeckel.

En lo que sigue de nuestro desarrollo mencionaremos lo más rápidamente posible, las principales ideas emitidas sobre el origen de los seres vivos y las tentativas de orden experimental que se han llevado á cabo para demostrar la generación espontánea, hasta la época de las célebres discusiones de Pouchet con Pasteur en Francia, y Bastian con Tyndall en Inglaterra.

Leibnitz, el autor del célebre aforismo «Natura non facit saltum»,⁽¹⁾ que sirvió de lema á toda una escuela de filósofos naturalistas, marca una nueva etapa con su genial principio de «Continuidad». Alfredo Fouillée resumió el pensamiento de Leibnitz más ó menos en los siguientes términos⁽²⁾: La continuidad existe en todas las cosas del mundo y la vida existe donde quiera que haya organización. El mineral se halla ya organizado en sus elementos primitivos: nada se halla inerte en la naturaleza *la vida es universal*. Lo que denominamos en particular

(1) Según Perrier, Lineo hizo suyo este aforismo. (Véase Osborn. *Daí Grecia Darwin*, trad. del inglés por G. Nobili, 1901 pág. 133).

(2) A. Fouillée. *Le mouvement positiviste et le conception sociologique du monde* 1896. pág. 110

seres vivos, son concentraciones de energías vitales esparcidas por el universo y que constituyen un conjunto con las fuerzas motrices. Causa de movimiento, fuerza, actividad, vida, son anónimos en el fondo. Según esta doctrina no hay reino inorgánico pero si, un solo reino orgánico, cuyas formas minerales, vegetales y animales, son desarrollos diversos.

Estas ideas de Leibnitz se hallan de acuerdo en gran parte, con la doctrina moderna de la generación espontánea (representada por Haeckel y su escuela) que no admite el surgimiento brusco de los seres vivos superiores de la materia inorgánica, como lo suponían los antiguos, ni tampoco acepta la idea errónea de algunos modernos, que sostienen que cualquier precipitado químico con forma más ó menos parecida á la de un organismo tiene vida. En una palabra se halla en armonía con la doctrina que trata de demostrar que la ciencia actual es capaz, por sus métodos perfeccionados de investigación, de establecer artificialmente esa continuidad, ese desarrollo diverso de la vida de los diferentes reinos que se halla intimamente ligado al desarrollo gradual de su organización fisico-química y anatómica.

Mas tarde Bonet (1) (1720 - 1793) y Robinet (1635-1720) se encargan de continuar la doctrina Leibnitz. Bonet se inspiró en la ley de continuidad y despues de una serie de razonamientos llegó á las mismas conclusiones que el filósofo alemán (2). Para él, toda la creación forma una cadena continúa desde el mineral al término de la escala animal, desde el átomo hasta el hombre y el pasaje gradual de un término al otro, de una especie á la otra, á traves de los eslabones (variedades), se hace á expensas de las fuerzas internas del universo, («principio perfeccionante interno» de Aristóteles). Esta doctrina la desarrolló en dos obras fundamentales publicadas respectivamente en 1764 y 1768: «Contemplations de la Nature» y la «Palin-

(1) Osborn, loc. cit. pág. 121.

(2) id. pág. 123.

génésie philosophique ou idées sur l'etat passé et sur l'etat futur des etres vivantes» (Osborn loc. cit. pg. 125).

Robinet desarrolló su doctrina en dos obras («De la Nature» (1786) y «Considerations philosophiques sur la gradation naturelle des formes de l'etre» (1768) en las cuales segun la opinión del profesor Osborn (1), tuvo notables conceptos de la evolución. Aplicó el principio de Leibnitz al origen de la vida, negando toda diferencia entre los cuerpos inorgánicos y los orgánicos y supuso la existencia de gérmenes que seguian la ley de continuidad ya sea que ellos pertenecieran á la materia animada ó á la inanimada. Según él, estos gérmenes son capaces de desarrollarse en todas las formas posibles: toda la materia es viviente y existe un solo reino, el reino animal.

Oken (1776-1851) contribuyó también al adelanto de la doctrina de la generación espontánea y se le puede considerar como un continuador de la teoría de Anaximandro (2). Su manual de Filosofía de la Naturaleza apareció en 1809 (3), es decir en el mismo año en que Lamarck publicó su obra fundamental de Filosofía Zoológica.

Al decir de Haeckel en la obra de Oken se encuentran un gran número de ideas justas y profundas mezcladas con otras erróneas y fantásticas. Como entre las primeras existen algunas que Haeckel considera proféticas, las transcribimos de la obra donde este renombrado naturalista las interpreta (Hist. de la creación de los seres: Teoria de la evolución de Goethe á Oken 70).

Oken sostenía que el punto de partida de los fenómenos vitales de todos los órganos á substractun químico común, era una especie de sustancia viva general y simple que él denominó sustancia coloide primitiva (Urschleim). Todo lo que es organizado proviene según él, de una sustancia coloide: es simplemente materia coloide diversamente modelada. Esta sustancia primitiva se produce en el mar á expensas de la materia inorgánica, durante

(1) loc. cit. pág. 125.

(2) loc. cit. pág. 127.

(3) Ya en 1802 él había publicado un esquema de esta obra (Osborn pág. 128).

la evolución del planeta y evoluciona cambiando constantemente de forma, engendrando los diferentes organismos. La base del mundo orgánico está constituida por una infinidad de vesículas del coloide primitivo y los organismos más simples no son otra cosa que vesículas aisladas y todo organismo desarrollado de un rango elevado es una agregación ó síntesis de las mismas. Cada vesícula ó *infusorio* como él le denominaba, tiene forma esférica y se desarrolla del modo siguiente: primero es un agregado de un número casi infinito de puntos orgánicos y luego debido á un proceso de oxidación la forma fluida original es sustituida por una vesícula con líquido interior y una periferia sólida (1).

Por lo expuesto se ve que Oken no solo viene á ser el precursor de la teoria celular de Schleiden y Schwann, sinó que ha previsto la importancia grande del coloide protoplasmático como unidad físico-química de la materia viva.

Erasmus Darwin (1731-1802), que pertenece al grupo de los grandes naturalistas del siglo 18 y también según Osborn al de los poetas de la Evolución, como Empédocles, Lucrecio y Goethe, sostuvo la hipótesis de la generación espontánea basándose en ideas análogas á las de Oken. En una de sus obras (*Temple of Nature*, publicada en 1802 despues de su muerte e interpretada por el Dr. Ernesto Krause) expone en forma poética sus ideas que difieren de la de los filósofos griegos porque el considera la generación espontánea aplicable solo á los seres infinitamente pequeños (2). Transcribimos textualmente de la obra del prof. Osborn, las siguientes ideas de Erasmus Darwin, por la significativas que son desde el punto de vista de la Filosofía biológica: «Sin progenitores, por generación espontanea se han formado *los primeros puntos de materia animada*. . . La vida orgánica nació bajo las ondas marinas y creció en las límpidas grutas del oceano; primero, *formas no visibles con lente alguna*,

(1) Osborn loc. cit. pág. 120

(2) Loc. cit. pág. 144.

se movieron en el fango y navegaron en la masa acuosa y cuando sucesivas generaciones surgieron, adquirieron menos facultades y órganos más grandes; entonces aparecieron innumerables grupos de vejetales y animales capaces de respirar y provistos de plumas, garras y alas. Después vinieron formas intermedias entre las marinas y las terrestres (anfibios) y por último las formas terrestres de la vida. Gradualmente se fueron adquiriendo nuevas facultades».

Lamarck (1744-1829) que puede considerarse como el fundador de la teoría moderna de la evolución, primero pareció rechazar la doctrina de la Abiogénesis pero más tarde en 1802, colocó como base de su escala de «Evolución», el origen y generación continua de las formas ínfimas de la vida á expensas de la materia inorgánica. «En el agua se reúnen pequeñísimas masas de materia mucilaginosa. Bajo la influencia de la luz, ciertos elementos como el calor y la electricidad, entran en estos corpúsculos. Ellos se hacen capaces de recibir y emitir gases: comienzan los movimientos vitales y de tal manera surge á la vida una planta ó un animal elemental. Probablemente aún las formas más elevadas de la vida, como los parásitos intestinales, se originan de tal suerte. La Naturaleza se halla entonces en continua creación... «De estas masas de materia agrupadas en conjunto por atracción, se formó un tejido *celular*, que contenía y se hallaba dotado de movimientos vitales; que estas pequeñas formas de vida fueron los habitantes primitivos del globo y además, que la generación espontánea de tales organismos se producía todavía continuamente». Como lo hace notar Osborn⁽¹⁾ esta teoría fué expuesta primero que la análoga de Oken.

Treviranus, naturalista alemán, (1776 - 1837) que conjuntamente con Lamarck en 1802 tuvo la idea de reunir bajo la denominación general de Biología los principios fundamentales de la Botánica y de la Zoología, admitía

(1) loc. cit. pág. 183.

también la producción de las formas vivientes por la acción de las fuerzas físicas sobre la materia inorgánica (amorfa).⁽¹⁾

En el siglo 19 Ernesto Haeckel, Pfluger y Leo Herrera clausuraron la fase filosófica del período moderno, con una hipótesis que constituye un perfeccionamiento ó complemento de la doctrina de la generación espontánea, tal como la han entendido Oken y Lamarck. Esta nueva tendencia se halla en armonía, como ya hemos tenido ocasión de manifestarlo, con el principio de continuidad de Leibnitz.

Haeckel supone que en tiempos muy lejanos, cuando la tierra había dejado de ser una masa ignea y el agua comenzaba á formarse, la materia inorgánica se organizó por la acción de las fuerzas físicas, dando por resultado la aparición espontánea de las formas inferiores de la vida. Esta hipótesis y la del «carbono» relativa á la naturaleza de las funciones vitales de la materia (emitida en 1866), ha tenido por origen los notables estudios que este naturalista hizo en 1844 sobre las *moneras*, organismos extremadamente simples, constituidos por pequeños corpúsculos vivos, de naturaleza albuminoidea, aparentemente sin vestigios de organización⁽²⁾ (vease la descripción de la «*Protomixa aurantiaca*» y el árbol genealógico unitario de las protistas: (Hist. de la creación).

Haeckel se opuso abiertamente y con sobradas razones, contra aquellos que buscaban un refugio en el milagro de una creación sobrenatural, incomprendible, desechando todos los datos positivos y especulativos que la ciencia y la filosofía les proporcionaban. Desde un principio se declaró partidario decidido de la generación espontánea y podemos decir con justicia, que de los contemporáneos, él es el que ha planteado este problema de un modo más claro y preciso y sobretodo, el que lo ha de

(1) loc. cit. pag. 197

(2) Las primeras observaciones hechas por el profesor Haeckel tuvieron lugar en 1860 en Niza: más tarde él descubrió otras moneras en las aguas de las islas Canarias y en el estrecho de Gibraltar.

fendido con más empeño sosteniendo esas luchas apasionadas características de los espíritus convencidos.

En su «Historia de la creación de los seres» comienza por determinar de un modo sumario las propiedades fundamentales de los cuerpos considerados sin vida y de los cuerpos vivos, con el objeto de hacer resaltar lo que es común y lo que es especial á cada uno, teniendo en cuenta para ello el triple aspecto de la materia forma y fuerza. Insiste en este punto generalmente descuidado, porque es necesario para tener una idea unitaria ó monista del conjunto de la Naturaleza.

Según la teoría del carbono de Haeckel, los fenómenos característicos del movimiento y la forma de la vida orgánica no son la manifestación de una *fuera vital* especial, sino simplemente modos de actividad (inmediata ó mediata) de los cuerpos albuminoideos (combinaciones del *plasma*) y las otras combinaciones más complicadas del *carbono* (Morfología general 1866 y Enigmas del universo 1899). Esta teoría formulada en el año 1886 se apoya en los principios fundamentales siguientes, establecidos por la química fisiológica y que el mencionado filósofo enumera en sus «Enigmas del universo» (traducción de Camille Bos 1903 pag. 205: Theorie carbogene):

I — En los cuerpos naturales orgánicos no entran elementos que no sean inorgánicos.

II — Las combinaciones de elementos pertenecientes á organismos y que determinan sus «fenómenos vitales», consisten en plasma, del grupo de los albuminoides.

III — La vida orgánica es un proceso físico-químico, engendrado por cambios nutritivos entre los plasmas albuminoideos.

IV — El único elemento que es capaz de construir albuminoides complejos combinándose con otros elementos (oxígeno, hidrógeno, azufre) es el carbono.

V — Estas combinaciones de plasma á base de carbono se distinguen de la mayor parte de las otras combinaciones químicas por su estructura molecular muy compleja,

por su inestabilidad y por el estado gelatinoso de sus agregados.

Haeckel entiende por «generación espontánea», la producción de un individuo orgánico sin parientes, sin el concurso de un organismo generador y admite dos variedades de este fenómeno: *la autogonía* (generación de si mismo) y *plasmogonía* (generación del plasma). Por *autogonía* él designa la producción de un *individuo orgánico* muy simple en una solución generatriz inorgánica, es decir en un líquido que contenga al estado de disolución y bajo forma de combinaciones simples y estables, los materiales necesarios á la composición del organismo. (ácido carbónico, amoniaco, sales binarias etc). Y por *plasmogonía*, la generación espontanea de un organismo en un líquido que contiene las sustancias necesarias bajo forma de compuestos del carbono, complejos, é inestables, p. e., albumina, grasas, hidratos de carbono etc (1).

Las experiencias hechas hasta ahora se han relacionado mas con la plasmogonía que con la autogonía.

«Estos ensayos de autogonía, dice Haeckel no han dado hasta el presente, resultado positivo. Por consiguiente tenemos derecho de afirmar que estas experiencias no han demostrado de ninguna manera la generación espontánea. La mayor parte de los naturalistas que han tratado de resolver estas cuestiones experimentalmente y que, despues de haber tomado las precauciones mas minuciosas y operado en condiciones bien determinadas, no han visto aparecer organismo alguno, han afirmado, basándose en en este resultado negativo, que ningun organismo puede nacer espontaneamente sin parientes.

«Esta afirmación temeraria é irreflexiva se apoya unicamente en un resultado experimental negativo, que solo prueba que en tales ó cuales condiciones artificiales en que se han colocado los experimentadores, ningún organismo se ha formado. Pero de estos ensayos tentados en condiciones puramente artificiales no estamos autorizados á con-

(1) E. Haeckel — Hist. de la creación

cluir, de un modo general que la generación espontánea sea imposible. La imposibilidad del hecho no puede establecerse. En efecto, ¿qué medios tenemos para saber si, durante aquellas épocas primitivas, infinitamente lejanas, no existían condiciones muy diferentes de las actuales, condiciones en cuyo seno la generación espontánea era posible?.. Mas bien nos hallamos con el derecho de afirmar que, en las edades primitivas, las condiciones generales de la vida han debido diferir absolutamente de las condiciones actuales. Tengamos presente que las enormes cantidades de carbono del periodo hullero, acumuladas en los terrenos carboníferos, han sido fijados unicamente por el funcionamiento de la vida vegetal y son los residuos prodigiosamente comprimidos, de innumerables cadáveres de plantas acumuladas durante millones de años. Ahora, en la época en que el agua se depositó al estado líquido sobre la corteza terrestre enfriada y los organismos se formaron por la primera vez por generación espontánea, estas inmensas cantidades de carbono existían bajo otra forma probablemente, en gran parte bajo forma de anhídrido carbónico mezclado con la atmósfera. La composición de la atmósfera difería entonces mucho de la composición actual. Además, como se puede deducir de consideraciones químicas, físicas y geológicas, la densidad y el estado eléctrico de la atmósfera eran distintos. El mar que envolvía entonces la superficie terrestre por completo, tenía igualmente una constitución química y física particulares. La temperatura, la densidad, el estado salino etc. de este mar debía diferir mucho de los que se observan en los mares actuales. En todo caso y sin que sea necesario invocar otras razones, no se puede negar, que una generación espontánea, posible entonces, en condiciones distintas, pueda realizarse hoy».

Después de hacer notar que debido al maravilloso progreso de la química será posible tarde ó temprano llegar á obtener artificialmente en el laboratorio las sustancias protoplasmáticas y de poner de relieve la importancia grande de las moneras, primitivos antepasados de todos los otros organismos (véase árbol genealógico unitario de las

protistas), Haeckel termina sus consideraciones generales sobre la doctrina de la generación espontánea con las siguientes frases (1). « Si se desecha la hipótesis de la generación espontánea, es forzoso recurrir para este punto solamente, de la teoría de la evolución al milagro de una creación sobrenatural. El creador habría producido, en su estado actual, los primeros organismos de los cuales todos los demás han descendido, por lo menos la mas simple de las moneras, los citodos primitivos y luego les habría dado la facultad de desarrollarse mecánicamente. Dejaré á cada uno de vosotros elegir entre esta idea y la hipótesis de la generación espontánea. Suponer que en este solo punto de la evolución regular de la materia el Creador haya intervenido caprichosamente, cuando todo marcha sin su cooperación, es esto, me parece (dice Haeckel) una hipótesis poco satisfactoria tanto para el corazón del creyente como para la razón del sabio. Expliquemos al contrario, el origen de los primeros organismos por la generación espontánea (hipótesis que apoyada por los argumentos precedentes y sobre todo por el descubrimiento de las moneras, no ofrece serias dificultades) y *entonces habremos ligado por un encadenamiento ininterrumpido y natural la evolución de la tierra y la de los seres engendrados por ella* y aquí donde subsisten puntos dudosos, nosotros proclamaremos la unidad de la naturaleza entera, la unidad de las leyes de su desarrollo». (loc. cit. y morfología general I pág. 164) (2).

Mas tarde en sus «Enigmas del universo», (1899) hace notar que el concepto de procreación ó «generación espontánea» es todavía empleado en sentidos muy diferentes: *la oscuridad de este término y su aplicación contradictoria á distintas hipótesis antiguas y modernas, muy diferentes,* son precisamente las causas de que este importante problema se cuente entre las cuestiones mas confusas y deba-

(1) O. born Loc. cit. pág. 144

(2) Véase principio de Continuidad de Leibnitz.

tidas de las ciencias naturales (1). Por esta razón Haeckel limita el término de *arquetonia* ó *abiogénesis* á la primera aparición del plasma vivo que sucede á las primeras combinaciones inorgánicas del carbono y distingue en este comienzo de la *abiogénesis* ó *despertar de la vida orgánica* dos periodos:

1. La *autogonia* ó aparición de los cuerpos plásmicos más simples en un líquido generador inorgánico.

2. La *plasmogonia* ó individualización en organismos primitivos, de estas combinaciones del plasma bajo forma de *moneras*.

Estas ideas de Haeckel, como vemos, tienen muchos puntos de contacto con las emitidas por Oken en 1805, á quien él defiende con empeño en la obra mencionada (Hist. de la creación. Theorie de l'évolution de Goethe á Oken 7.ª edic).

Como justamente lo observa Henry de Varigny en su interesante obra «La naturaleza y la vida» (trad de E. Lozano) la biología actual rechaza la hipótesis de «la generación espontánea» tal como la entendían, Aristóteles, Van Helmont y Pouchet, pero no tiene opinión categóricamente hostil á la doctrina presentada por Haeckel y otros naturalistas.

El célebre botánico belga Leo Herrera defiende también en su «Ensayos de filosofía botánica» (2.ª curso 1900) esta doctrina y llega á afirmar que «si la generación espontánea no se ha realizado hasta el presente en el laboratorio, no quiere decir que no sea realizable» (2)

Pasemos ahora á examinar brevemente las tentativas que se han llevado á cabo (hasta la célebre discusión de Pasteur y Pouchet), con el objeto de demostrar experimentalmente la realidad en la generación espontánea.

Como hemos visto en la exposición histórica, la mayor parte de los partidarios de la doctrina de la generación espon-

(1) Es este uno de los motivos que nos ha inducido á hacer esta reseña histórica, que al mismo tiempo nos pone en evidencia las diferentes acepciones de aquella expresión y el desarrollo gradual de la doctrina que nos ocupa.

(2) Henry de Varigny. loc. cit. pág. 19

tánea del período griego, admitían que seres superiores en organización como las anguilas, los peces etc. surgían directamente del barro. Esta creencia en la generación espontánea de los *organismos superiores*, se encuentra en el siglo 16 y aún en el siglo 18. Van Helmont célebre médico alquimista del siglo 16 admitía que el agua cristalina de la fuente más pura, al contacto de un fermento, engendraba gusanos y la albahaca fermentada, se convertía en verdaderos escorpiones y el trigo envuelto en una camisa y hecho fermentar daba lugar al nacimiento de ratones. Buffon (1707-1788) sostenía que las moléculas orgánicas provenientes de los cuerpos putrefactos eran capaces de engendrar por asociaciones diversas, animales ó vegetales relativamente grandes (gusanos, hongos etc).

Segun se cree (1) el primero que se levantó contra esta creencia general fué el médico italiano Redi, perteneciente al siglo 17, quien demostró, que los gusanos observados en la carne putrefacta eran larvas nacidas de huevos de moscas. Impidiendo el acceso de estos animales á la carne por medio de una simple gasa fina, los gusanos no aparecieron.

Swammerdamm (1637-1680) demostró que las abejas nacen de huevos como las moscas y en vista de ello se declaró contrario acérrimo de la abiogénesis. Sus experiencias fueron confirmadas más tarde por Malpighi, Ramur y Geer.

Debido al descubrimiento del microscopio, hecho que fué realizado á fines del siglo 17 por Lewenhoek (1632-1733) y Hartsoekir, la faz experimental del problema cambió considerablemente, iniciándose una nueva era llena de alternativas, de discusiones apasionadas y de resultados fecundos para la microbiología. El primero de estos investigadores lleva la discusión al mundo de los infinitamente pequeños: observa una gota de líquido proveniente de una infusión orgánica, la encuentra poblada de seres extre-

(1) Enciclopedia Universal ilustrada europeo-americana. ed. por J. Espasa, I. t. Abiogenesis pág. 442.

madamente pequeños (infusorios) é inmediatamente se lanza contra los abiogenistas. Pero estos por su parte se defienden y encuentran en el hecho anterior, un nuevo argumento en apoyo de su hipótesis: la existencia de esos seres microscópicos no podía explicarse según ellos, sino se admitía la generación espontánea.

Poco despues, Spallanzani (1) puso en evidencia, que introduciendo una infusión de heno dentro de un recipiente con agua pura, después de haber sometido á la ebullición el vegetal, manteniéndolo privado del contacto del aire, se observaba un número muchísimo menor de infusorios que en las condiciones normales (agua fria y contacto con el aire). Como facilmente se comprende, estas experiencias lejos de resolver la cuestión, escitó más el entusiasmo de los abiogenistas.

Los descubrimientos que tuvieron lugar á principios del siglo pasado sobre fermentaciones, hicieron renacer con más apasionamiento aún, las célebres discusiones sobre generación espontánea, ocupando intensamente la atención del público por espacio de siete años (1858 á 1865).

Boutet, en su interesante obra sobre «Pasteur y sus discípulos», comenta la impaciencia que experimentaba este genial investigador, por responder á las diferentes preguntas que se le dirigían acerca de las generaciones espontáneas. Aguijoneado por la curiosidad, Pasteur no tardó en poner manos á la obra y con la idea anticipada de que se podría impedir las fermentaciones, usando un método apropiado, como lo era el de Redi respecto de los gusanos de la carne, emprendió una serie de experiencias minuciosas que fueron coronadas por el éxito. Sometió el líquido fermentescible previamente calentado á más de 100°, á la acción del aire y comprobó que en el no tenía lugar la formación de fermento láctico ni butírico. La fermentación no se produjo tampoco cuando él colocó las uvas libres de polvo ó su jugo esterilizado, debajo de una campana llena de aire filtrado á través del algodón. Demostró además,

(1) Loc. cit.

que el fenómeno de las fermentaciones era producido por pequeños organismos vivos que provenían del aire.

A partir de este momento interviene Pouchet, quien intenta poner en evidencia la generación espontánea valiéndose de una experiencia sencilla, análoga á la efectuada anteriormente por Spallanzani, para demostrar lo contrario. Dentro de la cuba de mercurio colocó un frasco tapado con la boca invertida, en el cual había introducido agua hirviendo y una vez enfriada esta, hizo llegar á dicho frasco una mezcla de oxígeno y nitrógeno en las proporciones que estos elementos se encuentran en el aire y añadió al mismo tiempo un haz de heno previamente sometido á una temperatura de 100°, durante veinte minutos (1). Transcurridos ocho dias se observaron microorganismos en la infusión de heno así formada (mohos infusorios etc.). Tanto Pouchet que comunicó este resultado á la academia de Ciencias de Paris en 1858, como Joly y Musset que á él se habían asociado, vieron en dicha experiencia, una prueba irrefutable de las generaciones espontáneas (2).

Tal fué el entusiasmo con que tomaron Pasteur y Pouchet y sus colaboradores, este importante problema experimental, que no vacilaron en hacer ascensiones peligrosas á las montañas, (los abiogenistas á la Maladetta que es una de las mas altas de los Pirineos españoles: 3400 metros y Pasteur á Montauvert) con el objeto de recoger aire á diversas alturas y poder así, proseguir su discusión sobre la teoría de los gérmenes (panspermia y semi-panspermia).

Después de una larga lucha de 6 años, Pasteur se decide cerrar la discusión dando una conferencia en la Sorbona, cuyas conclusiones principales extractamos de la obra de Boutet.

(1) Boutet, *Pasteur y sus discípulos*, traducción de N. Estevanez 1899. Cap. VII generaciones espontaneas, materialismo y espiritualismo, una lección magistral de Pasteur.

(2) Loc. cit. pág. 109 y Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana (ed. Espasa) *Abiogenesis* t. I, pág. 443.

En ella comienza haciendo una breve reseña histórica, sobre todo de las opiniones de Van Helmont, Buffon y Michelet y despues de afirmar que su auditorio saldría con el cabal convencimiento, de que la generación espontánea de los seres microscópicos era una quimera, comunica el resultado de sus experiencias más importantes. Por ellas puso en evidencia, que era el mercurio usado en la cuba, el que había inducido en error á Pouchet: en efecto, todo el polvo atmosférico que se hallaba adherido á la superficie libre del metal, se reconcentraba en la parte donde se introducía un objeto (varilla de vidrio) por capilaridad y los gérmenes microscópicos penetrando por la boca del frasco engendraban más tarde los microorganismos. En presencia del auditorio demostró experimentalmente, que si se hiciera hervir una infusión de materia orgánica en un recipiente de cuello retorcido y despues se le dejara enfriar no se alteraría el líquido de la infusión. La prueba de ello es que él había conseguido por ese medio, conservar durante algunos años las infusiones orgánicas sin observar la más mínima alteración: la curvatura del cuello impedía la penetración del polvo atmosférico. (1)

Como vemos en esta célebre discusión, Pasteur sale vencedor, demostrando el error en que habían incurrido Pouchet y sus colaboradores, pero el debate queda aún abierto, puesto que él no demostró de ninguna manera la imposibilidad de la generación espontánea tal como la concibe Haeckel y su escuela.

Mas tarde en Inglaterra, Tyndall demuestra la inexactitud de las experiencias de Bastian en favor de la abiogénesis ó heterogénesis como este último le denomina.

HORACIO DAMIANOVICH.

(Continuará)

(1) Pasteur desde un principio abandonó el mercurio á causa de este inconveniente.

EMERSON Y NIETZSCHE

La estima en la cual Nietzsche tenía á Emerson, nos la recuerda el último biógrafo del autor de Zarathoustra.

Después de haber leído Emerson á Pforta, Nietzsche lo vuelve á encontrar en 1874, y lo recomienda á sus amigos. En el pensador americano, Nietzsche encontraba sobre todo, se nos decía «la emoción pura que aclara el año diez y ocho de los hombres». . . un realismo sano del apego á la vida, la sinceridad y un júbilo dionisiaco. Pero hay más según nosotros: quien lee á Emerson no sabría dejar de acercar su pensamiento al de Nietzsche, y esto sobre más de un punto esencial, como vamos á enseñarlo en las notas siguientes:

Emerson y el super-hombre — Qué afirmaciones mejor hechas para lisonjear á Nietzsche que ciertos aforismos emersonianos: «para ser un hombre es necesario no ser un conformista». «Todas las leyes, excepto las que el hombre hace para si mismo, son ridículas». «El sabio no obedecerá más que á la ley de su naturaleza». Todo lo que él no cree de nuevo para su uso, no tendrá valor para él: sociedad, gobierno, iglesia, códigos, pasará sobre todo. Preferirá el odio al amor «llorando y gimiendo». Los amigos, ¿que importa?. Quien puede atraer hacia sí las oraciones y la piedad del género humano, «no tiene más que hacer un cenáculo de admiradores». «Ser grande es ser incomprendido».

Llevando sus aforismos hasta esta ironía tan Nietzscheana, que no es rara en sus libros, Emerson consigna esta respuesta de niño terrible, hecha en su juventud á un devoto que ponía en duda el valor de sus experiencias religiosas. «Si yo soy hijo del Diablo, debo vivir del Diablo»

Después del sarcasmo y pasando al homenaje: «Cuando Dios desencadena un pensador sobre el planeta, todo está en peligro».

Este Zarathoustra, ó cualquier otro nombre que el se diera, este Osman de concordia, se presenta á los hombres con las manos llenas de explosivos. ¿Y estaba el anarquista en este filósofo?

El yo se afirma en la fuerza. El culto de la fuerza está en Emerson. El define el heroísmo: «la actitud militar del alma»; y en el ensayo titulado Dower, fija una temeridad que debe enfurecer alrededor de él, á los puritanos.

La fuerza según Emerson, es, ó puede ser inmoral. Algo de maldad es inseparable de los buenos músculos. Emerson, ridiculiza á los hombres que «poseyendo abundancia de sangre arterial, no sabrían vivir de nuez, te, y de elegias» y para los cuales «las novelas y el whist» son insoportables. Estos hombres necesitan «la ventura, la guerra, la ruina, la caza, riscos inmensos y goces de la vida aventurera».

El hombre ideal es un pacífico armado. — En esta apoteosis de la fuerza, cuando Emerson evoca «los soldados de Napoleón; brigantes encadenados á la gloria», es Stendal con Nietzsche quienes parecen entenderse.

¡Con qué entusiasmo en el ensayo titulado Woship, después de haber señalado la decadencia alrededor de él, Emerson indica los medios de salud: «reemplacemos el sentimentalismo por el realismo, y osemos, despejar estas simples y terribles leyes que visibles ó invisibles, estan presentes y activas en todas partes. Prefiramos «el ser al parecer», el carácter á la representación.

«La virtud, la más alta, está siempre contra la ley». «Lo que se llama religión, afemina y desmoraliza». Para vivir siempre, es necesario y basta valer la pena de vivir.

Y á medida que detrás de él el antiguo idealismo se desploma bajo sus negaciones, es con el entusiasmo de Zarathoustra celebrando la gloria del pleno medio día, que Emerson anuncia el advenimiento de la religión nueva «la iglesia de las generaciones futuras que tendrá el cielo

por escudo, la ciencia por símbolo... y absorberá la belleza, música, pintura, poesía...», religión de la soledad y del idealismo; ella adorará «el Pensamiento y el Poder sin nombre», así como las «leyes vivientes».

«Honor á quien se sienta siempre en presencia de altas causas». Tal es, después de Emerson, el ideal de «*plus mau*». Todos los hombres son incitados por él á engrandecerse.

Transmutación de los valores — De que Emerson haya dado como condición al advenimiento del super-hombre, ó como él dice del «plus-homme», la transmutación de los valores, se ha podido convencer después de lo que se acaba de leer. «Yo destruyo todo», ha escrito este pensador pacífico. No se llega, según él, á tener conciencia de la verdadera ley, y á comulgar con la super alma, «forma impersonal del super-hombre» sinó librándose, al menos en espíritu, de las influencias exteriores: herencia, educación, religión.

Para ser hombre en toda la extensión de la palabra, es necesario «abrir un pozo artesiano á través de las convenciones y sistemas». No se está unido á la super-alma sinó por una especie de superposición de los pensamientos y de los sentimientos humanos.

Se alcanza así el estado del alma trascendental que es la «beatitud moral» ó por así decirlo: el paraíso de Emerson.

A este tema de conversación parece que por lo menos una vez, Emerson ha visto la inversión Nietzschiana. Él escribía ya en su ensayo titulado *Self-Reliance*:

«El que quiera conseguir las palmas inmortales no debe detenerse en palabras de bondad, pero sí examinar si verdaderamente la bondad es tal».

En un pasaje del *Diario* recientemente publicado, él va más lejos: «yo querría saber si alguien ha subido jamás sobre una montaña bastante alta para dominar el bien y el mal, verlos confundirse y mezclar sus cursos, de modo que la justicia no tuviera sentido para él...»

¿Qué aplicación exacta, pretendía Emerson hacer de esta

máxima que el contexto aclara insuficientemente?, es bastante difícil decirlo; el sentido parece, sin embargo, evidente.

Parece que Emerson sentía como Nietzsche la posibilidad de mirar — por ahí el bien y el mal. — Zarathustra hubiera podido descender de los altos valles de Engadine y revelarse respondiendo afirmativamente á esta cuestión de Emerson.

Emerson, que veía pronto el peligro para el Universo en el advenimiento de un pensador nuevo, ha mostrado más de una vez el mundo á la merced de una generalización nueva: «Las cosas queridas á los hombres, á esta hora lo son á causa de las ideas que han emergido sobre su horizonte intelectual, y que son la causa del estado presente, como el manzano es el autor de sus manzanas. . .

Un grado nuevo de cultura revolucionaría instantáneamente el sistema entero de las cosas humanas».

Fuerte con este pensamiento y por aristocrático que sea, Emerson aconseja á todos á encontrarse dispuestos sin cesar á modificar su tabla de los valores en el sentido democrático. Nosotros no sabríamos decir en qué dirección aparecerán los nuevos dioses, pero ellos vendrán.

Emerson cuenta y descubre allí los horizontes de la gaya ciencia. El mundo es fluido y trasformable á voluntad. Regocigémonos. «La ironía — escribe Emerson después de haber recordado una tierna palabra de Sócrates y el ejemplo de Sir Thomás Moore, burlándose hasta sobre el patíbulo—es la flor y el brillo de la salud perfecta.»

«El gran hombre no significará nada tomado en serio. Que todo sea tan alegre como el canto del canario: la construcción de las ciudades ó la obolición de las antiguas y pesadas iglesias y la de las naciones que han encumbrado la tierra durante millares de años. Fuerte con esta certidumbre, el super-hombre, Osman ó Zarathoustra, se ofrece el lujo de la ironía trascendental alrededor de lo que es «demasiado humano».

La vuelta eterna — Se encontrarán sin trabajo en el fatalismo emersoniano, los elementos de la teoría Nietzscheana de la vuelta eterna.

Todo es parecido, «el universo es matemático». No hay casualidad en su curva vasta y fluida; todo está determinado. «Yo puedo cambiar, pero yo no paso». Canta el pino en sus poemas. «Como un papagayo, la naturaleza repite infinitamente la misma nota. De ahí á formular la doctrina de la vuelta eterna no hay gran distancia. Para Emerson toda vuelta es una perpetua incoherencia. Sin duda para él como para Nietzsche el círculo es un principio cerrado—La super-alma contiene en germen todo lo que debe ser, pero la manifestación de la super-alma es sucesiva y deja así lugar en el mundo, al misterio y á lo imprevisto.

Emerson es evolucionista; él ve repetirse el universo, sin duda, en cuanto á la sustancia, pero renovarse sin cesar en los accidentes, permitiendo así al poeta descubrir incesantes analogías.

La repetición de los fenómenos le interesa menos que su diferenciación. Identidad en la variedad: tal es la filosofía emersoniana.

Se puede multiplicar los puntos de contacto de ambos pensadores. Emerson parte de principios parecidos, tiende á los de Nietzsche y funda una filosofía de la alegría sobre constataciones que son para Nietzsche fuente de tristezas. No hay nada en eso de sorprendente; basta para explicar estas divergencias hacer más amplia en la filosofía de los dos pensadores la parte del elemento personal, como lo advierten ellos mismos.

Emerson no es ni un pesimista ni un enfermo. Es, al contrario, la salud misma, y no se le imagina pues á este rudo yankee absorbiéndose en la contemplación fatídica de la vuelta eterna.

La atmósfera habitual de Emerson es la afirmación. Al contrario de Nietzsche, la parte crítica no es más que un episodio en su obra.

En éste el abandono de la super-alma es muy natural. La ha practicado siempre, en buena hora, como lo atestigua su Diario.

Por práctico que sea, Emerson es en el fondo quie-

tista. La soledad le es natural y sus meditaciones de concordia no encierran nada de rencor. Fatalista por atavismo, habiendo una vez confundido su destino con los destinos de la super-alma, predicó á los hombres un evangelio de paz. El fin de la existencia era para él, tomar del universo una conciencia siempre nueva.

De una naturaleza menos romántica y artística que Nietzsche, el elemento afectivo se subordinaba perfectamente en él, al elemento intelectual.

Agreguemos que las afirmaciones trascendentales de Emerson estaban en el aire alrededor de él; por esto le costaban de este modo mucho menos que á Nietzsche.

La filosofía de la sinceridad era la misma de los Alcott, de los Channing y de muchos otros.

No es menos verdad que, en general, y sobre los puntos esenciales, el pensamiento de Emerson es del mismo tono que el de Nietzsche y se expresa á veces en términos singularmente idénticos. Si Nietzsche hubiera desarrollado la parte posterior de su obra es permitido creer, después de lo que precede, que los aforismos de Zarathoustra estarían más cerca aún de los de Osman.

REGIS MICHAUD

EL POEMA DE LAS MIESES

DE CARLOS ORTIZ (1)

I—Nuestro joven poeta que cantaba á la tierra y al sol y á los trigales rubios, cayó víctima de un crimen nefando. Era un alma límpida, generosa, fuerte, — y en un ambiente político de corrupciones y turpitudes, lógico es que lo agrediera la barbarie insolente.

Había descendido de su torre de marfil donde viven los egoistas del arte por el arte que se extasian en la pura forma de las cosas. Era un artista exquisito, pero era un hombre; y por eso no desdeñaba nada que fuera humano. Empuñaba el noble arado en la extensión sin límite de la pampa y gozaba abriendo el surco misterioso; cantaba luego sonriente á la mies dorada que se inclina ante el Sol, armonizando así el trabajo y el ensueño, «como dos extrañas notas, que se besan y confunden en un mágico concierto». Pero el poeta, era también ciudadano y á veces sentía la necesidad de enrostrar sus vicios á los pequeños mandones del pueblo querido, «que hijo del sol y los fecundos limos,—creció al trabajo vigoroso y fuerte», y entonces toda la juventud ardorosa y bravía, del poeta, estallaba en un varonil apóstrofe que marcaba el rostro del caudillejo temido: «Naciste torpe y morirás canalla, — Ni aún puedes vindicarte ante los tuyos--Y tratas de esconderte en la batalla — Como un reptil se esconde entre los tuyos».

(1) Este artículo aparecerá en el album que sobre la vida y la obra de Ortiz publicarán sus amigos, próximamente.

Un hombre así no podía adaptarse al régimen de oprobio implantado en el interior del país por políticos subalternos, ásperos y torpes con los de abajo, pero sumisos y serviles con los que gobiernan nuestra patria, digna de mejor suerte. Por eso le asesinó la canalla. Cayó segado por temprana muerte. Prueba de que los Dioses le amaban, diría el viejo poeta. Así el sublime Andrea Chénier caído cuando despuntaba su genio en medio de la tormenta colosal que conmovió los cimientos de todo el mundo. . .

II—Ortíz nos ha dejado dulces trovas, versos de combate en que su palabra es como una espada y un hermoso poema en que canta á las mieses.

En esta composición empieza anunciando el paso del invierno, dios adusto que despliega al viento su manto gris de bruma; á su paso gimen largamente los árboles escuetos sin sus verdes follages; los nidos están vacíos; el sol apenas brilla tras la niebla sombría. Ervar, fuerte y joven cultiva el campo «Es un rey; tiene un cetro; el timón del arado;—tiene un reino que ama: la llanura salvaje». Labra el campo mientras su alma vuela á las regiones de las vagas quimeras. Ervar es el poeta, que trabaja y sueña. Y allá vá el arado, que él empuña, arrastrado por la yunta de robustos bueyes, mientras ríe la esperanza. Se abre el surco que acogerá suavemente la semilla. «Cada surco, dice el poeta, es como un verso, como un verso en el que vibra la canción del universo, — el poema germinal.

Ervar canta: «Noble arado, tú eres fuerte, — Si, más fuerte que la espada fratricida;— ésta mata, tú redimes; — tus conquistas son más grandes, más sublimes; — las cosechas de la espada son cosechas de la muerte, — tus cosechas son las mieses opulentas de la vida.—Si fulguran las espadas es que el odio las inflama — Y cuando odian se enrojecen—en los trágicos encuentros de la guerra;—y tú brillas, noble arado, y tus rejas resplandecen, — como espejos que ha bruñido la caricia de la tierra;—de esa tierra que fecundas,—con tu beso, de esa tierra que te ama, —

por que sabe que en tus líneas paralelas y profundas, — vas trazando la leyenda del progreso.....

El poeta maldice de la espada que oprime á los pueblos y exalta el arado, símbolo del trabajo, que los liberta.

Y leyendo esos versos hermosos y fuertes, el espíritu anhela que se cumpla la alta palabra del hijo de Amós, «el genio clásico del judaismo»: «Y juzgará á las Naciones y convencerá á muchos pueblos: y de sus espadas forjarán arados y de sus lanzas, hoces: no alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra» (Cap. II—4.—Isaias).

Después contempla Ervar su obra: su vasta sementera; «su campo de labranza, se diría cubierto de un manto de esperanza»; le parece una lira inmensa; por cuerdas millares de surcos; de pronto vibran: es que despierta el germen y se levanta un himno gigante sin palabras. Nace el trigo que ondula al soplo de la brisa; llega la Primavera y ve Ervar «abrirse como estrellas las blancas margaritas», luego observa dos golondrinas reanudando el idilio que interrumpió el otoño y en su mirada se refleja una angustia muy dolorosa. ¡«Todo ama! — dice, solo mi alma no conoce tus delicias, sacro amor». Un día ve surgir de la pradera «el torso augusto—de un cuerpo semi-oculto en la espesura—del trigo que se inclina». Su risa es un himno. Marcha con la primavera y recorre los trigos en busca de una flor, flor de armonía. Ervar dice: «No la busques ya más, porque no crece, — en trigos ni en vergeles! ¡oh tus locas—quimeras, esa flor solo florece— en los valles rosados de las bocas». Es el beso. Y así comienza el idilio, junto al lago, pintado suavemente por el poeta. Cuando llega el estío, Ervar y Ella caminan bajo el Sol ardiente por los trigales maduros que ondulan. El teje una corona con las espigas más grandes y más rubias para las amadas sienes. En tanto, una nube cruza las anchas soledades del espacio, con un vuelo sombrío y llega la borrasca horrible «cual la traición que mata la esperanza». Tiembla la cabaña de Ervar y se oye el repiqueteo formidable del granizo maldito que asola la campaña, que abate

los trigales. El lecho está vacío, «Ella, la blanca flor de la pradera—que vino con la verde primavera—se ha ido en la borrasca del estío».

Y así termina el hermoso poema con el derrumbe de la fé, del amor, de la esperanza.

¡Como lamentamos el pesimismo del poeta! Comenzó cantando un himno á la vida, al esfuerzo, á la esperanza, y deseábamos que sobre el trigo fulguraran, al fin, las hoces; que el noble empuje del segador fuera premiado por la tierra fecunda; Y quien abriera el surco y arrojara la semilla, recogiera también el fruto. Queríamos el triunfo de la acción y desgraciadamente el pesimismo todo lo abate.

Creíamos que el canto de la vida cantado por la tierra despertaría en Ervar una fé profunda por la acción, creíamos que al ver sus trigales en flor, como una bendición de primavera, el joven vigoroso, rendiría culto al noble esfuerzo—; por eso, nos entristece verle inmóvil en la sombra, cuando después de la borrasca, sabe que Ella, la felicidad se ha ido, dejando el lecho vacío. . .

Queríamos verle fuerte en la derrota, con una inmensa fé en la fecundidad de la tierra generosa y en su esfuerzo perseverante, capaz de reconstruir la cabaña abatida por el huracán y de preparar después el arado para arrastrarlo por la llanura devastada, que en su seno recibiría la caricia del tenáz labrador.

Juventud es empuje, es fuerza hacia adelante. Ervar debió volver á empezar con la misma pasión seguro de que en la Primavera, cuando otra vez ondularan á la brisa los trigales, se erguiría de nuevo en el campo la bella visión que recorría las praderas en busca de una flor. . .

III—Ortiz no se concretaba en sus versos admirables á construir imágenes; evoca ideas y sentimientos y por eso era un gran poeta.

Dice Fouillée que hay en poesía dos escuelas: una que considera como accesorios la verdad del fondo y el valor de las ideas; que conceptúan al arte como un juego de formas, de sonidos y de colores; los poetas de esta escuela, agrega, empleando la frase de un gran espíritu, aún

cuando pintan sentimientos «son aún los aprendices de su propio corazón». La otra busca la verdad del pensamiento, la franqueza de la alocución, la fidelidad de la expresión. A esta escuela pertenecen los que hacen *versos pensamientos*, como aquellos inmortales de Guyau, el poeta filósofo á quien también amaron los Dioses.

«Lorsque je vois le beau, je voudrais être deux» ó «Quand l'espoir meurt, il reste, hélas!, le souvenir».

Ortíz en su poema de las mieses, tan fuerte y evocador tiene versos que pueden separarse de los demás, por que constituyen por sí solos, verdaderos pensamientos. No descuida la forma, llena de elegancias y suavidades, pero no quiere separar la forma del fondo, por que sabe con Guyau que el medio de renovar y de rejuvenecer el arte es introducir bajo los sentimientos mismos, las ideas, pués la idea es necesaria á la emoción y á la sensación para impedirles ser triviales y usados.

Platón arrojaba de su República á los poetas, á quienes consideraba perjudiciales «porque afinan los sentidos, estimulan las emociones y desvían á los hombres de la verdad ideal» Max Nordau dice que «sin faltar al respeto debido al autor de «Sinopsia», reconoce que ese trozo de la «República» es la mayor tontería que la venerable antigüedad nos ha legado», y exagerando á su vez llega á la conclusión de que la poesía es la aliada política y económica más poderosa que puede tener una Nación.

Lo cierto es que no es estéril la obra del poeta, pues á veces vigoriza el alma de los pueblos y que en países como el nuestro en que todo está mercantilizado, donde gran parte de la juventud recibe una educación estrictamente epicúrea, poetas como Ortíz que canten al sol, al trabajo y á las mieses realizarán siempre una acción fecunda, inculcando un poco de ideal en los corazones amonados.

ALFREDO L. PALACIOS.

Buenos Aires, Octubre 1910.

SALUTACIÓN LÍRICA

Á EDUARDO ZAMACOIS,

Porque en tu mano fraternal nos traes
el pasaporte azul, que abre las puertas
de las almas artísticas, en donde
radiantísimo altar se ofrece al culto
de augusta religión, flordelisado
con quimérica lluvia de laureles;
porque asiste la savia victoriosa
del sol á tu cerebro, y acaricias
vírgenes primaveras en tu marcha,
y porque eres sincero y eres fuerte
y has sabido triunfar sobre los necios,
torpe jauría de insolentes lobos
que muerden al pasar las vestiduras;
y porque alientas la ambición de auroras
de aquel pálido inglés que cruzó el mundo
derramando emociones,
y eres un gran amigo de la vida;
porque sabes reír, como los pájaros
al despertar la luz; porque has sabido
llorar como las fuentes en la noche;
porque has querido colocar tu beso
fértil, sobre las nieves otoñales
que amargan tanto á la mujer caída,
y has tenido en tu pecho para ella
siempre un rayo de sol; y porque sabes
la amargura invencible de las horas
sin cariño y sin pan, en la fecunda
lucha por el blasón que empuja á todos;
y porque en la alegría ó la tristeza
ni el sufrimiento ni el placer doblaron
tu palpitante airón de mosquetero;
porque conoces lo que vale el brillo
del temblor de una lágrima en los ojos
de la mujer que amamos

con todo el corazón, igual que el norte
 de nuestro porvenir; y porque juzgas
 el valor de la luz, cuando decora
 la plácida alquería, el hondo valle,
 la pintoresca playa con sus lujos
 de marinos festones, el relieve
 de los acantilados melancólicos,
 el horizonte azul, la selva oscura,
 la juvenil casita ó el remanso
 montañés del paisaje
 que asoma en las durmientes lejanías;
 porque eres nuestro hermano, y has tenido
 para cada vitando panorama
 tu canción entusiasta y luminosa;
 porque en la estatua de oro
 que simboliza la verdad supiste,
 siempre amoroso, deshojar el nardo
 de la esperanza eterna y del ensueño;
 porque eres un viajero infatigable
 que desgrana su cántiga optimista
 por todas las errantes estaciones
 de la florida senda,
 y en los amores embriagarte quieres,
 como en un manantial, más que convino,
 yo te saludo, hermano,
 y alzo en tu honor, lo mismo que una estrella,
 la resonante copa diamantina!

Por el arte y por tí; por las mujeres
 hermosas y adoradas
 en las noches de luna, que se fueron
 para no volver más, como las dulces
 ilusiones perdidas; por aqueHas
 novias de una semana, y por las otras
 que han de llegar después, mientras no viene
 la de toda la vida, la que acaso
 cerrará con su beso nuestro ojos...

Por el arte y por Ella,
 por la mujer, por la mujer, que es ala
 de esta alondra inmortal que inunda en cantos
 el jardín interior. Por la francesa,
 que aporta en su gentil desenvoltura
 y en su andar elegante, como un ritmo,
 la locura de amar, triste y alegre

Margarita Gautier. Por la epañola,
que en los ardientes cármenes gloriosos
de la tierra del sol luce gallarda
su mantón de Manila, y es encanto
de Goya el triunfador. Por la que sueña
del Adriático azul en las orillas
con sus meridionales atracciones,
y á los cielos clarísimos de Italia
dedica su cantar, como una jóven,
cálida encarnación del sentimiento
que es la esencia del arte y de la vida.
Por la rubia romántica
cuya cabeza lírica de oro
finge un hondo lucero entristecido,
bajo el tul vagabundo
de las nieblas bretonas.
Por la gitana de las trenzas negras
como la eternidad, que va cantando
su nostalgia de siglos por los valles
del Austria soñadora.
Por la de nuestra América,
que tiene á la de España en sus pupilas,
á la de Italia en sus joyantes labios
y en su grácil esguince á la francesa.
Y, en fin, por la de todas las regiones
donde haya manos blancas que acaricien,
bocas que besen, y ojos
que vendimien amor para el viajero.

Brindaremos tambien por el turbante
celeste y prodigioso en que diluye
su sarta de magníficos topacios
la diosa Fantasía. Brindaremos
por el noble bajel de la quimera
cuyo raudo velámen flota altivo
como un soberbio pabellón de púrpura;
por el amor, por el amor, que es sangre
y es bondad de la tierra;
por todo lo que el Arte dignifica
y ennoblece á los hombres,
y culminando sobre el mundo mismo
nos lanza al porvenir, triunfa en nosotros,
nos brinda la tristeza y la alegría,
y el afán y el laurel, y en nuestra mano

pone, como una brújula de gloria
que apunta hacia el levante,
la lanza del Quijote!

Y al abrochar las perlas impalpables
de esta salutación, con que queremos
un homenaje fraternal rendirte,
es preciso también brindar contigo,
que eres merecedor, por la fecunda
libertad de los pueblos, porque es fuente
de amor y de alegrías
la augusta libertad sobre la tierra.

JOSÉ de MATURANA.

SONETO CAPRICHOSSO

A Angel de Estrada (h)

Tus imágenes múltiples se cincelan, se curvan
Y divinas estatuas en su casto impudor,
Son sensuales y puras, y los ojos conturban,
Pues les presta tu espíritu movimiento y calor.

En «La Nave» idealizas lo vulgar de los viajes,
Que allí ponen tus cielos y tu mar su esplendor;
Los «Recuerdos» son hondos, subjetivos paisajes;
En «La Voz» es sublime por el Arte el Amor.

La Ilusión es tu numen, y en tu ensueño se oculta
La increada belleza, que en tu libro resulta
Del augusto consorcio de la línea y la luz,
Y ante ingratos silencios en tus páginas canta
Su victoria la Forma, por lo mística santa
Como todas las glorias que han tenido su cruz!...

DARÍO HERRERA

Callao, 1910.

LA REPÚBLICA ARGENTINA EN EL SIGLO XX

ENTRE LOS GRANDES MERCADOS MUNDIALES

En la primera parte de nuestro estudio, hemos demostrado lo que es la Argentina y en que condiciones favorables se encuentra para progresar. Esta rápida reseña sobre ese país, aún imperfectamente conocido y contra el cual han dominado tantas prevenciones, revela la fecundidad inagotable de su suelo que se adapta, sin esfuerzo y sin abono, á los cultivos mas diversos; luego lo que más llama la atención es la facilidad de sus vias de comunicación, que por el mar y por los rios la comunican con todos los grandes mercados del mundo, la dulzura de su clima, la salubridad de sus vastas llanuras y la naturaleza misma de esta tierra en pleno vigor, donde nada perturba el trabajo humano. En cambio la insuficiencia de su población y la repartición defectuosa de ésta entre una capital que absorbe todas las fuerzas vitales del país y una campaña casi desierta, donde tantas riquezas esperan revelación financiera, es la sombra que hay que proyectar sobre cuadro tan encantador para apreciar certeramente la situación con todas las reservas que impone la ausencia de tan esencial factor de progreso.

Cómo la Argentina ha sacado partido hasta el presente de todos estos elementos que le ha prodigado la naturaleza; cuales son los resultados de su producción en lo referente á ganadería y sobre todo en la agricultura; cuales sus recursos comerciales y los beneficios que ella obtiene de su enorme exportación, es lo que debemos examinar ahora para definir el rol que está llamada á desempeñar la Argentina entre los grandes países productores.

I

El estado Argentino se conduce como un buen comerciante. Establece regularmente su balance para calcular el progreso alcanzado por el país en el orden de la producción. Este inventario de la riqueza nacional es reciente y por nuestra parte damos á conocer aquí los principales resultados, utilizando los escritos del estadígrafo que ha dirigido los trabajos de este inmenso censo nacional, D. Alberto Martinez. No podía hallar mejor guia para recorrer este inventario donde nada falta. Todo ha sido enumerado, empadronado, evaluado, la tierra y sus cultivos, la cria de animales y las diferentes especies de ganado, el valor de las propiedades é instrumentos técnicos.

Nada ha escapado á la mirada investigadora de la Comisión de encuesta: cada cifra tiene para ella su importancia, pues revela á su manera el desarrollo del país. Junto á la evaluación de todas las explotaciones agrícolas y ganaderas, que se elevan á la cifra imponente de 20 millardos de francos, vemos la de los alambrados empleados para cercar las propiedades, cuya longitud alcanza á más de un millón de kilómetros. El número de animales bovinos se eleva á 29 millones; el de caballos, á 7 millones y medio; el de carneros, á 67 millones; las gallinas tambien tuvieron el honor de la estadística, y alcanzan á la respetable cantidad de 10 millones, entre las que hay que contar 1.270,000 gallos y 3.800,000 pollos. Hay, además, 422.000 avestruces, 1.356,000 pichones, 688.000 patos etc. etc. . . . Todo ha caído en la cuenta de la Comisión, menos una cosa, que escapa á todo guarismo. Nos referimos á la langosta. No hay inventario que resista! Innumerables bandadas de estos insectos llegan hasta obscurecer el cielo como si fueran nubes, invadiendo el suelo cual ejército devastador, llegando hasta detener el tren como si fuera un huracán.

Es el azote de Egipto, terrible como en los tiempos de Faraón, que se lanza contra este país afortunado para arrancarle sus riquezas, pero que hoy tropieza con la resistencia del hombre, que despues del largo periodo de las

vacas flacas, ahora aprende á luchar contra las fuerzas ciegas de la naturaleza (1).

Para precisar la situación actual de la República Argentina y sus notables progresos, se requieren algunas cifras, pues, hasta el presente la idea que nos hacemos de este país más parece novela que realidad. Dejando á un lado los relatos de aventuras que han amenizado nuestra infancia, mostrándonos las locas cabalgatas de indios á través de la Pampa, es necesario contemplar ahora á la Argentina á través de frías estadísticas, cuya única elocuencia ha de consistir en evidenciar la inmensidad del esfuerzo cumplido por este país para transformarse tan rápidamente en nación ultramoderna.

La extensión de los cultivos agrícolas que revela el censo de 1888 daba á la Argentina 2.422.995 hectareas; en 1904-5 la superficie cultivada alcanzaba ya á 9 millones de hectareas, y hoy se llega á la cifra de 14 millones de hectareas en cultivo. Por grande que parezca este total, resulta bien pequeño cuando se le compara con la extensión de las tierras cultivables que no esperan sino el arado para dar espléndidas cosechas. La Argentina dispone aún de más de 150 millones de hectareas para la producción agrícola que solo esperan brazos que eleven su valor.

Examinemos ahora los resultados de esta enorme producción. Si consideramos por ejemplo, la cosecha de la época comprendida entre 1898-1909, vemos que ha dado aproximadamente 13.800.000 toneladas, de las cuales 5.760.009 en trigo, 6.099.000 millones en maíz, 1.228.000 en lino. Su valor total representa cerca de 1.045 millones pesos papel, ó sea 2.229 millones de francos (2). En cuanto á la ganadería, ya hemos indicado algunas cifras. En

(1) Se comienzan á poner en práctica algunos medios eficaces para combatir este temible azote, es decir á detener la reproducción del insecto ó su desarrollo antes que emprenda el vuelo. Regimientos movilizados ante el paraje de los enjambres empujan á los insectos aglomerados en capas espesas hacia fosos llenos de cal viva donde son enterrados. Centenas de toneladas de langosta perecen así, sin que desgraciadamente el azote parezca definitivamente conjurado.

(2) Advertimos que la moneda Argentina es el peso papel que vale cerca de 02. fr. 20.

el espacio de 13 años, el número de animales bovinos ha pasado de 21.700.000 á 29 millones de cabezas, gracias á la transformación de 1.500.000 hectareas de tierras en un magnífico campo de alfalfa. Solo el carnero presenta un retroceso de 7 millones de cabezas, bien que hayan aún en el país 67 millones. Este manso animal se contenta con un suelo menos rico y no teme la intemperie de las estaciones; además se ha ido retirando hacia el Sud, para ceder el lugar á la agricultura ó al ganado más remunerador.

El censo tan completo de D. Alberto Martínez da á esta enorme producción ganadera una evaluación de 1.481 millones de pesos papel, ó sea 3.258 millones de francos. En cuanto á los animales bovinos, la Argentina ocupa el tercer lugar con respecto á Estados Unidos y las Indias, y en cuanto á ganado lanar, el segundo después de Australia. Su exportación en lana representa cerca de un cuarto de la producción universal.

La agricultura y la ganadería son, pues, las dos fuentes de riqueza de la Argentina, pero de desigual valor bajo el punto de vista del porvenir del país. Hemos indicado en la primera parte de este estudio, un rasgo característico de la situación del país: el desarrollo se opera actualmente más bien en provecho de la agricultura, lo que es una prueba incontestable de progreso, el índice de un mayor grado de civilización. Mientras que la ganadería exige vastas extensiones de tierras baratas y no utiliza sinó pocas personas, la agricultura, al contrario, se presta con mayor facilidad al regimen de la pequeña propiedad, facilita la colonización y atrae al elemento emigrante, condición indispensable para dar valor á la inmensa tierra argentina.

Desde que en este estudio sobre la Argentina hemos tomado como punto de vista su porvenir, y considerando, además, que la evolución de un país hacia la agricultura constituye su mayor progreso, conviene examinar las consecuencias mundiales de este gran acontecimiento económico. Actualmente, la Argentina, con su 4 millones de toneladas de trigo disponible para la exportación, no ha alcanzado todavía á convertirse en dueña del mercado de cerea-

es, pero ella proporciona cantidades ingentes á los países que no producen lo necesario para si mismos, pues Estados Unidos, Canadá y Rusia parece que han alcanzado el máximo de desarrollo, á lo menos como países exportadores.

La atención de Europa debe fijarse sobre este nuevo hecho: la Argentina ocupa actualmente en el mundo uno de los puestos más eminentes en materia de cereales á exportar. Representa un factor esencial para todos los pueblos que comen pan y no producen lo suficiente para su consumo.

Para estimar con mayor exactitud este rol de la Argentina entre los grandes mercados del mundo conviene compararla con los demás grandes países exportadores de cereales, lo que hacemos guiados por D. Alberto Martínez.

Hasta el presente, se consideraba á Rusia como uno de los países más proveedores de trigo en Europa, pues exportaba más de 80 o/o de cosecha, evaluada en casi 15 millones de toneladas. Pero se trata de una situación anormal, pues el campesino ruso que produce este trigo no lo come. Es demasiado pobre para hacer pan de trigo, dado que se alimenta con centeno. Sin embargo, aquí como en otras partes, todo se transforma. El consumo interior del país tiende á aumentar con el desarrollo económico, y es posible prever que llegará el día en que los 100 millones de la Rusia europea absorberán la mayor parte de su producción. Idéntica afirmación cabe hacer con respecto á Estados Unidos, que aún figura, sin embargo, en primer término entre los países exportadores de ese producto. Su producción ha permanecido estacionaria durante los últimos años, en tanto que su población aumentaba en un millón anual. Se puede, pues, concluir que Estados Unidos está á punto de alcanzar su máximo á cuanto á producción del trigo, y que se aproxima el momento en que todo lo que produce el país será casi absorbido por el consumo interior con detrimento de la exportación.

En lo que respecta al Canadá, otro de los grandes países productores, el caso es sensiblemente diverso, y es ese país

el único rival serio que puede tener, en lo futuro, la República Argentina, en los mercados de exportación.

Entre ambos países, hay por otra parte, grandes analogías, puesto que tanto uno como otro, disponen de grandes extensiones de tierras, que no esperan sino brazos que las cultiven. Si la Argentina tiene la ventaja de haber realizado en los últimos años un progreso considerable, el Canadá, en cambio, ofrece la superioridad de un dominio ya muy fraccionado, gracias á su excelente sistema de colonización. Mientras en la Argentina, las tierras públicas no sirvieron sino para formar latifundios en beneficio de algunos privilegiados por la suerte, en el Canadá, por el contrario, las tierras son puestas en venta, divididas en pequeños lotes con toda clase de facilidades para el pago, á fin de atraer y retener á los colonos.

Esta situación, destinada á conquistar para la Argentina uno de los primeros puestos entre los países exportadores de cereales, será uno de los grandes acontecimientos económicos del siglo XX, pues las naciones más poderosas siempre tendrán que contar con las que producen más trigo. Por rica que sea Francia en cereales, no consigue recoger lo suficiente para si misma, aún en los años más fecundos; es, pues, tributaria de la Argentina por su consumo en esta materia. ¿Y qué decir de Alemania y de Inglaterra, naciones que se proveen en la Argentina, no sólo de trigo sino tambien de ganado?

Cosa rara! La Argentina, que tanto trigo produce, poco consume para sí misma. Verdad es, desde luego, que apenas cuenta con 6 millones de habitantes, lo que equivale á dejar disponible para la exportación la mayor parte de lo que produce. Además, es necesario agregar que el pan no es como entre nosotros, la base de la alimentación para el argentino.

Nótase, por otra parte, que los pueblos de reciente civilización, no aprenden sino lentamente á consumir pan: comen arroz, como los chinos y los japoneses, ó carne, como los argentinos, puesto que les basta hacer cocer sus productos para hallar alimento, mientras que el trigo requie

re mayores manipulaciones y trabajo más delicado. No basta recoger el trigo, es menester transformarlo en harina, luego amasarla, cocerla largamente en hornos, y todo esto es más complicado de lo que se imagina. En la Argentina se halla más cómodo hacer un puchero ó un asado, porque el pan es en la Argentina, sobre todo en la campaña, un produto de lujo.

Cuan diverso es el papel desempeñado por el pan en nuestras viejas civilizaciones. Allí es base de la alimentación y símbolo de la vida misma. Toda la cuestión social reside en esta frase desde que se pronunció la divina palabra: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» y es el pan de cada día el fin primordial de la lucha por la existencia.

Si con el crecimiento del bienestar y de los refinamiento del lujo, esta palabra mágica ha perdido un tanto su sentido, ¿ocurre lo mismo en la campaña? Hay para admitir que allí lo guarda por completo, sin olvidar el hogar obrero.

Esta rápida exposición del estado económico de la Argentina y de su poder de producción, ha permitido constatar que en este país la tierra da la medida de todo progreso, la fuente de toda riqueza. La cosecha de cereales, la cría del ganado para la exportación en pie ó en carnes frigoríficas, la producción de lanas y cueros, y por fin la del quebracho y de otros productos agrícolas y forestales, constituyen las manifestaciones de la vida argentina, vida cada vez más intensa, de la cual Europa no debiera desinteresarse, pues esta resulta cada día más tributaria, bajo el punto de vista de la subsistencia, de este gran centro de provisión.

Para completar este estudio conviene ahora, examinar la circulación de la riqueza, es decir, constatar, dentro del movimiento del comercio exterior, los resultados tangibles de esta enorme producción agrícola y ganadera.

Si tomamos, por ejemplo, el año 1908, apojeo del desarrollo de este país, he aquí cuales fueron las cifras de su comercio exterior:

Exportación: 1 millar 365 millones de francos; excedente del balance comercial en favor de las exportaciones 465 millones de francos. Nada mejor que estas cifras puede explicar con mayor claridad la potencia productora de este país.

La exportación de productos agrícolas entra en estas sumas por un millar 200 millones de francos, de los cuales corresponden 644 millones al trigo y 207 millones para el maíz.

En cuanto á los productos ganaderos, el total de la exportación ha sido de 575 millones de francos, dentro de los cuales correspondan 236 millones á la lana. Debemos igualmente señalar los progresos de la industria que ya representa un capital de más de 100 millones de francos. Ella ha proporcionado en 1908 una exportación de 3.672.000 carneros y 2.368.000 cuartos de buey (1).

Durante el año 1909, todavía se ha sobrepujado. La exportación ha conseguido elevarse á un millar 986 millones de francos, de donde resulta un saldo de 473 millones en favor de su exportación, ó sea un nuevo aumento de 8 millones de francos sobre el saldo del año precedente.

Lo que más interesa señalar en 1909, es que la baja de cerca 55 millones contada en la exportación agrícola, ha sido compensada por un aumento de cerca de 200 millones de francos en la explotación de los productos ganaderos, y principalmente de la lana, gracias á la persistencia de sus precios en el mercado mundial.

(1) Los gigantescos mataderos por donde pasa anualmente una cantidad formidable de cabezas de ganado, han sido á menudo descriptos. Los de la Argentina han sido instalados según los últimos modelos de Estados Unidos. En un cuarto de hora, un buey cojido en el lazo es llevado por un piso móvil bajo el cuchillo fatal, luego sacado por poleas movidas eléctricamente, despojado de la piel y de diversos órganos, y en fin, cortado en cuatro pedazos y encerrado en cajones frigoríficos.

Tratándose de carneros, la operación es aún más rápida, pero la dificultad consiste en llevarlos al lugar del suplicio. Se emplea para ello un carnero especialmente amaestrado para este servicio, llamado el traidor; este conoce el camino; lo muestra á sus hermanos, que le siguen confiadamente, alcanzando por ello la vida en precio de su traición.

He ahí, pues, un pueblo de 6 millones de habitantes que, en virtud del progreso de su producción agrícola, que representa la proporción enorme de más de dos toneladas por habitante, ha quedado como acreedor del extranjero de un excedente de exportación de más de medio millar de francos. Cave advertir, sin embargo, que los 473 millones no han sido acumulados por completo para el país, pues la Argentina tiene deudas á más de las que implica la importación, ante países extranjeros, y sobre todo en lo referente al servicio de su deuda exterior pero no es menos cierto que, gracias á este excedente de exportación, consecuencia de magníficas cosechas, grandes cantidades de oro entraron en la Argentina en remuneración de capitales empeñados en vastas empresas agrícolas y ganaderas. Lo que resulta evidente, por otra parte, bajo forma más sensible, debido á que la Argentina posee, hoy un stok de oro de más de un millar 158 millones de francos, garantizando sus billetes á razón de 70 %, y asegurando la firmeza de la moneda contra el agio. Se trata, pues, de una situación excepcional para un país de la America del sud, que hasta ahora había estado familiarizado con la prima del oro.

Seguramente, es necesario no contar siempre con semejante excedente, aunque la progresión haya sido constante durante diez años. Un cambio es siempre posible en la balanza comercial en virtud de una mala cosecha ó de un grave acontecimiento político. Sin embargo, lo que hoy puede asegurarse es que, el poder económico de este país se halla consolidado por sus dos fuertes bases principales: la agricultura y la ganadería, repartidas á través de 15 grados de latitud, de modo que por el momento no hay peligro de crisis. Es lo que hemos observado en 1909, en el cual las disminuciones de los rendimientos de la exportación agrícola no han tenido efecto desfavorable sobre los resultados generales, habiendo sido la situación finalmente salvada gracias á la enorme plus-valía de la exportación de productos ganaderos.

El mismo sistema de compensación se aplicará, sin

duda, una vez más, en el año 1910, cuyos resultados en sus lineamentos generales ya se pueden prever. La cosecha será menos abundante en ciertos puntos del país á causa de la sequía, que ha perturbado la siembra, y además por la invasión de la langosta y por las heladas tardías, que en ciertas regiones causaban no pocos daños. Pero, como otros factores pueden intervenir para atenuar los efectos de estos daños parciales, especialmente la calidad del grano y la fijeza del precio, como también la excelente cosecha de maíz, no hay que temer, en conjunto, un retroceso demasiado evidente con respecto á los años anteriores.

De este enorme movimiento de comercio exterior, Francia no recoje desgraciadamente sino débil parte, á pesar de que comienza á fecundar largamente el suelo argentino con sus capitales, mientras que Inglaterra recibe de este país cerca de 400 millares de francos en cereales, pieles, carnes conjeladas, etc., y le vende por cerca de 500 millones de francos en tejidos, telas, máquinas, carbón, material ferrocarrilero. Francia, menos feliz, á pesar de que compra en la Argentina por cerca de 200 millones de francos en lanas, cueros ó cereales, no devuelve sino 150 millones de francos, especialmente bajo forma de vinos, aperitivos, productos de farmacia, de perfumería y otras cosas por el estilo. En las importaciones Argentinas, Francia no ocupa sino el cuarto lugar, después de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

Todo esfuerzo debe pues, tender á conquistar mejor situación para el comercio francés en la Argentina, sobre todo en una época en que la fraternidad de los pueblos tiene como base principal la solidaridad de sus intereses económicos. ¿Es necesario acusar á los bancos de Francia de no favorecer el comercio de exportación? Es la explicación de moda; pero otra es la verdad, y el mal más profundo. Se debe reconocer que, si el comercio de Francia y sobre todo su industria no han alcanzado el lugar que debieran ocupar en virtud de la importancia que tiene el comercio argentino en Francia, nuestros comerciantes han partido

de un falso principio, cuyas consecuencias hoy soportan. En lugar de seguir á la Argentina en su evolución rápida, se han obstinado en considerarla contemplada de lejos, como una nación poco abierta á la civilización y al progreso. Eran, pués, saldos, artículos anticuados, objetos pasados de moda, lo que se procuraba enviar á la Argentina, como si se hubiera tratado de China ó Africa. Un ejemplo le tenemos en los ferrocarriles construidos con material frances. Su instalación ha dejado mucho que desear y solo ahora se hacen esfuerzos loables para resistir la comparación con otros sistemas.

Más avisados, al contrario, resultaron los ingleses, los alemanes ó los americanos del Norte, que habiendo estudiado este país y sus tendencias, supieron iniciarlo en todos los progresos materiales.

Los ferrocarriles por empresas inglesas son modelos por su perfecta adaptación á las necesidades del país.

El material agrícola, proporcionado por los Estados Unidos, se halla á la altura de los últimos perfeccionamientos. En cuanto á la iluminación eléctrica, las grandes compañías alemanas han igualmente llevado á Buenos Aires lo mejor.

IV

Hemos llegado al punto culminante de nuestro estudio, el que trata del juicio que se debe formular sobre la Argentina ente los grandes mercados del mundo. Toda su intensidad de producción, toda su actividad económica se refleja en las cifras de su comercio exterior, cuyo total alcanza á 3 millares 500 millones de francos, lo que por cierto bien da la medida de su progreso y prosperidad. Es al desarrollo de este movimiento comercial que concurren todas fuerzas del país, es decir, sus vías férreas, sus puertos, sus centros de negocios, que no existen sino para sus cambios internacionales.

La Argentina es hoy una potencia económica con la cual se debe decididamente contar: ella dispone en gran parte del mercado de lanas, tiene casi el monopolio de las

planteada en la República Argentina por un proletariado militante que ha llevado á este país nuevo el virus del odio de clases, siendo posible esperar graves conflictos si el problema de la organización del trabajo no recibe una solución equitativa en relación con el rol de la mano de obra en una comarca de gran producción.

Al apreciar la situación de la República Argentina, en su aspecto económico, conviene no perder de vista que el país debe aún emplear grandes capitales para las necesidades de su agricultura, de su ganadería, como también para su comercio é industria. Ahora bien: cabe preguntarse si los mercados europeos, de donde la Argentina saca gran parte de sus capitales, podrán continuar prestando un concurso siempre creciente y en relación con su desarrollo bajo todas sus formas.

La Argentina no está aún en condiciones de sacarlo todo de sí misma. La tierra es sin duda fuente de inmensas riquezas para el país, pero esta riqueza no forma un capital de ahorro. Se inmoviliza una vez producida para dar valor á nuevas tierras, á menos que no tome el camino del extranjero bajo forma de dispendios suntuarios. Tal agricultor, por ejemplo, que obtiene 100.000 pesos de beneficio sobre su dominio, emplea inmediatamente su capital en la adquisición de otro terreno ó en otra forma, en lugar de reembolsar la deuda que grava ya [su propiedad. Permanece en situación del que toma en empréstito, pues si el dinero le cuesta el 7 ú 8 por ciento, aún en hipoteca, puede, en cambio obtener un interés bien superior inmovilizándolo en la compra de tierras. De todo esto resulta que en esa nación la propiedad rural, y aún la urbana, está largamente hipotecada. Claro está que este capital se halla bien garantizado; puesto que reposa, no sobre puras especulaciones, sinó sobre réditos de la tierra que sobrepujan con mucho las cargas. Sin embargo, como la tendencia no es al desgravámen. podemos preguntarnos si no habrá, en un momento dado, un desequilibrio entre la impulsión dada al país y sus medios financieros.

Antes de franquear otra etapa del desarrollo, es me-

nester, pues, que el país marque un poco el paso para tener tiempo de formar disponibilidades propias en lugar de absorber sin descanso sus nuevos capitales. La Argentina tiene hoy necesidad de consolidar su prosperidad bajo un régimen de paz interior y exterior, de prudencia y economía, evitando los abusos de crédito que en otras épocas han acabado en inevitables reacciones.

Ninguna nación ha realizado, en tan poco tiempo tan rápidos progresos bajo el punto de vista de la producción del suelo; ninguna alcanzó mayores victorias en el terreno económico; pero es menester no olvidar que los años se siguen y no se parecen, y como el optimismo no excluye la prudencia, cumple buscar la consolidación del presente á fin de preparar el porvenir.

MAURICIO LEWANDOWSKY.

REVISTA DE REVISTAS

Boletín de la Instrucción Pública. — Setiembre. Buenos Aires.

La enseñanza de la Historia en los Colegios Nacionales, por el Dr. W. Keiper.

Es una tendencia humana, acentuada desde principios del siglo pasado, agrupar los individuos en unidades armónicas ó naciones, por igualdad de razas, lenguas y tradiciones históricas, unidad que se afianza á cada decenio, á pesar del ideal de Rousseau.

Las raíces más fuertes de la existencia están arraigadas en el suelo patrio, es por consiguiente necesario educar á los hijos en este sentido, para que perpetuen la vida nacional.

A esta tarea corresponde el desarrollo de la historia, principalmente en la Enseñanza Secundaria.

En la República Argentina, recién en formación y expuesta á la corriente inmigratoria, se impone la inmediata necesidad de implantar en los futuros ciudadanos, el espíritu nacional.

La enseñanza de la Historia deberá ser siempre verídica, libre de prejuicios, desarrollando el criterio por la libertad del razonamiento justificado por causas científicas.

Se separará siempre el patriotismo del patoterismo, y se acostumbrará al alumno á ver en toda evolución, la ley inviolable de la naturaleza, que evoluciona á pasos entos é insensiblemente; nunca á saltos.

El estudio de la evolución histórica debe dar el conocimiento de los factores que han cooperado al estado actual de las cosas en el país y en la humanidad, y desarrollar por tanto, el «sentido histórico» .

La historia, siguiendo á las naciones y á los próceres en sus glorias y en sus errores, es un guía que indica á cada ciudadano consciente, el rumbo general para la realización de los grandes ideales. Es esta ciencia una rama importantísima para el desarrollo de la civilización y la cultura humana en general, y sobre todo, la historia de aquellos países que han ejercido influencia sobre nuestra nación, ó que han contribuido á los progresos de la humanidad.

Estas breves ideas sobre el asunto, servirán de base para tratar luego la extensión y distribución que se deba dar á esta materia dentro de los cursos del Colegio Nacional, y de los métodos más convenientes.

Estado actual de la Educación Física en Chile, por Leotardo Matus Z.

La educación física en las escuelas de la República Chilena, no llena aún su misión como debiera, en primer lugar, por falta de locales apropiados y de útiles y juegos indispensables, y en segundo, por falta de maestros especiales, que no se dedican á esta enseñanza, ni se preocupan mayormente de ella, dada la poca remuneración del gobierno.

A fines del último año se fundó en Santiago, la «Unión de Profesores de Educación Física de Chile», que cuenta con un gran número de adeptos, todos profesores de gimnasia en actual ejercicio, y entre cuyos fines principales figuran: la formación de la Liga Escolar contra el tabaco, la institución de la ficha antropométrica, la formación de una sociedad de paseos, juegos y excursiones, de la lucha contra el alcoholismo y contra la tuberculosis etc.

El estudio de los primitivos juegos araucanos, los ha hecho encontrar muy sanos, cómodos y baratos, debiendo tratar de practicarlos en las escuelas, por ser muy convenientes; figurando en primera línea la «Chueca araucana».

Urge también la necesidad de uniformar la manera más conveniente de tomar las medidas antropométricas

en cada país, á fin de contribuir al estudio de las diferentes razas, y para poder hacer comparaciones entre los niños de los diversos países del globo.

Los sports han tomado un gran desarrollo entre la juventud chilena, habiendo numerosas é importantes asociaciones de esta índole.

Se han realizado con éxito los primeros Juegos Olímpicos Nacionales.

El foot-ball cuenta con un número de 30.000 jugadores

Hay numerosas canchas de tennis muy concurridas como así mismo club de bogadores y nadadores en los principales puertos, y numerosos salones de patinaje.

Hay actualmente más de 100 clubs de tiro, organizándose todos los años un gran certámen nacional, con delegados de todos los clubs de la república, el ejército y la armada

El box y la esgrima ocupan en los deportes chilenos, un lugar muy importante.

Revista de la Universidad de Buenos Ayres. Setiembre 1910.

E. Acevedo Diaz, ocupándose de la obra del Dr. Rivarola, sobre los dos principios políticos en pugna, dice: que el error de la crítica consiste en no haber atribuido importancia á esas dos fuerzas antagónicas que matizaron nuestra historia. Entra á analizar luego, el porqué de los dos principios y su razón de ser asignándole á uno, el federalismo, la prepotencia retrógada de la campaña, contra el unitarismo que representa la influencia de las ciudades.

Es una crítica discutible y favorable á los principios que plantea el Dr. Rivarola.

El Libro.—Buenos Aires, Setiembre 1910

El N°. 23 de este órgano de la Asociación Nacional del Profesorado, trae un material como siempre interesante.

En la primera página, la carta del Dr. Posada encierra en pocas frases, una elevada idea de la alta misión que debe desempeñar la escuela, por medio de los niños en el hogar y en la sociedad.

Muy oportuno y razonable el proyecto del diputado Guasch Leguizamón, de crear una escuela de institutrices en Buenos Ayres.

La institutriz argentina es una necesidad que se hacía sentir demasiado entre las personas que educan á sus hijos en el hogar, y que tienen que hacerlo por medio de extranjeras, sin conocimiento de nuestras necesidades sociales, ni de las aptitudes y tendencias aprovechables en los hijos de nuestra nueva raza.

El niño que imita en todo y para todo á la persona que lo cuida y lo quiere, debe tener continuamente á su lado una persona consciente de la gran misión que desempeña.

La accion de la institutriz debe tener más valor del que se le ha dado hasta hoy, por eso, digo que el proyecto de Leguizamón es muy razonable, é importante su realización.

La escuela de institutrices formará mujeres cultas é ilustradas, que influirán en la formación moral de las hijas de nuestras familias distinguidas, á las que podrán dar una cultura racional, redimiéndolas de la frivolidad en que hoy las mantiene una educación decorativa y no siempre sincera.

Boletín de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas.—Washington, Setiembre 1910

Hemos recibido este número de la revista, que contiene entre sus importantes artículos: «Las exploraciones de Lardner Gibbou por la América del Sud», con una carta por introducción, que este marino recibiera del Ministerio de Marina, en la que se le daban las instrucciones para el viaje que con tanto éxito realizara después; carta que da una idea exacta de la ignorancia del pueblo y del Gobierno de los Estados Unidos, hace sesenta años, con respecto al gran continente Sud Americano. La carta termina así:

«Se averiguará qué estímulos ofrecen las leyes del Perú y de Bolivia á los emigrantes que se establecen en las provincias orientales de éstas Repúblicas, cuál es el

número y carácter de sus habitantes; en qué consiste la producción de esos países; cuál es el valor de su comercio en qué artículos consiste éste; de dónde proceden, y qué derechos pagan, cuáles son los productos principales á cuyo cultivo se adaptan el suelo y el clima de diversas partes del Amazonas; en qué estado se halla el cultivo; de qué clase son los trabajadores; etc. etc.

Cuál es la época de la siembra y de la cosecha; cuál es el mercado comercial principal; cuales son las facilidades y los métodos de transporte. Se recogerán además, todos los datos que puedan ser de interés para los náuticos y los comerciantes».

Esta pobre idea del adelanto sud-americano, ha adelantado mucho hoy día,—no lo necesario—por lo menos entre el pueblo.

El siguiente hecho lo confirma:

En un viaje que hizo la exdirectora de la Escuela Normal de La Plata, Sta. Virginia M. de Parkes en 1901, á Estados Unidos, visitó allí una escuela (no recuerdo el lugar, donde estaba la escuela norte americana) y expuso el cargo que desempeñaba en nuestro país.

La directora *yankee* contrajo el ceño para pensar bien, y por toda respuesta, sacó un atlas donde recordaba; haber leído algo de la República Argentina, y en que se representaba nuestro tipo por un indio cubierto de plumas.

El resultado de la peligrosa y ardua tarea del Alférez (Gibbou, fué un notable informe con innumerables datos de Sud-América, que él visitara.

Y de aquí partió el proyecto bien conocido y que se lleva á feliz término, de la construcción del ferro-carril de Madeira y Mamoré, que rebordea los saltos de este nombre.

Felizmente, una revista de la índole, de la que nos ocupa, llena la necesidad del conocimiento mutuo entre todos los países americanos, deficiencia muy notable sobre todo en Norte-América, que conocen demasiado su país, y que desconocen por completo los demás.

La Revue.—Paris, Setiembre 1910

El espiritismo en China por Paul d'Enjoy.¹—La naturaleza religiosa de los chinos, impide que copien las costumbres de la civilización moderna, y bajo cualquier punto de vista que se los observe, puede notarse el aplastamiento en que continúan viviendo.

Paul d'Enjoy hace un estudio interesante sobre el espiritismo en China, recorriendo uno de los velos que dan al lejano país de Oriente, un carácter de misterio vago é impenetrable.

Entre las causas que mantienen á este país aislado y en el estado de su primitiva civilización, juega un papel principal la imaginación popular, que atribuye á los espíritus un rol de los más importantes, haciendo depender todos los acontecimientos felices ó desgraciados de la influencia de un poder oculto, creencia que responde exactamente á la necesidad de misticismo que llega á apoderarse hasta del criterio de las personas cultas.

Lao-Se, filósofo chino contemporáneo, ha dejado un recuerdo de los más populares. Ha creído conveniente crear una doctrina espiritista para destruir en el pueblo las fatales del misticismo.

Esta doctrina da una base científica del espíritu humano para reemplazar el poder infundado de los manes.

Los pobres chinos viven aterrorizados por la idea de que los demonios, sin cesar en busca de una víctima, son atraídos por el solo hecho de ser nombrados en una conversación por frívola que sea, y creen que es posible conjurarlos por la oración ó la amenaza.

Su ignorancia llega hasta el extremo de creer en la hechicería, y las personas imbuídas de este poder hacen creer en medio de un *mise en scene* extravagante, que cazan al demonio, aparato que sugestiona á los más excepticos.

Hacen pender la salud y la vida de los hombres, del poder de los espíritus malignos, quedando anulados los beneficios de la medicina moderna por el poder de los hechiceros.

La imaginación enferma de los chinos materializa los espíritus malignos; creyendo encontrarlos en cada manifestación de la naturaleza.

Así el dragón representa la lluvia, el fenix la brisa, y encuentran el cielo mismo poblado de seres fantásticos, cuyas formas creen ver en las nubes.

Todas estas fantasías son tan numerosas y confusas, que se contradicen las unas con las otras, pero el vulgo las acoge todas con los ojos cerrados.

Podemos aplicar á la China la ley natural por la cual hay una edad para los pueblos como para las personas en que se vuelve á la infancia.

Natura ad Arte.—Milán, Setiembre.

Y Bimbi nella Vita é nella Poesia, por Victorio Lombardoni.

José Carducci antes de ser un gran poeta, fué un hombre bueno, y esa bondad se difundió del círculo de su familia, á las multitudes, sobre los débiles y sobre las humildes, y principalmente sobre los niños.

Y esta ternura por la niñez la contaron también Eurípides en un fragmento de «Meleagro», y Francisco Coppée en una poesía delicada y sentimental, en que resalta el enorme poder de la ternura infantil, que alcanza á todas las edades y temperamentos, haciendo exclamar ante la cuna de su hijito al hombre brutal y salvaje que atormenta diariamente á su mujer: «Tengo miedo de despertar al niño».

Y los versos de Carducci, poeta sensible por excelencia, evocan las escenas en que su alma vibró ante la miseria física y moral de los pobres huérfanos dejados por la mano del destino.

La poesía carducciana tiene dos formas características opuestas; una cristiana, otra pagana.

La primera animando maravillosamente la «Fuente del Clitium»; la segunda infundiendo en las estrofas de sus poesías del Calvacanti, una corriente de espiritualidad soberana.

Todas sus mejores obras, toda su inspiración ha bro-

tado siempre al calor de su pasión por los niños, pasión que no se desmintió ni en el momento de su muerte, pues hasta su último pensamiento fué dedicado á una niña, su gran pequeña amiga Pierina Boschi.

Lombardoni salpica su interesante composición con pasajes notabilísimos de los cantos del inmortal Carducci, elocuentes como una pincelada de Rafael.

MARIA A. SAFFORES.

BIBLIOGRAFIA

Argentina

Anales de la Academia de Filosofía y Letras. Derecho de Patronato, Vicente G. Quesada — Buenos Aires, 1910.

Nuestra Academia de Filosofía y Letras ha publicado el primer tomo de sus anales. Es un grueso volumen de 500 páginas, nitidamente impreso en los talleres de Coni Hermanos.

Como continente, pues, no admite reparos: constituye un presentable exponente de lo que podríamos llamar «tipografía seria argentina». Como contenido, á simple vista, llama la atención lo siguiente: el volumen entero, fuera del elenco docente de la casa, está consagrado á un solo trabajo, y ese trabajo, con ser único, nos atrevemos á suponer que versa sobre asunto, un tanto ajeno á las disquisiciones de orden metafísico, desde que se refiere á una cuestión de derecho público eclesiástico: derecho de patronato.

Nuestra tarea, al dar cuenta de la feliz aparición de los Anales, no tiene por objeto resolver el problema metafísico de «las primeras causas», que han motivado el debut de la Academia con un fruto algo exótico al ambiente de la casa, máxime cuando en definitiva, la circunstancia de lugar en nada amengua su sabor.

Esa misión es más sencilla y se circunscribe á dar cuenta de la aparición y á prometer que en el próximo número transcribiremos algunos párrafos de un capítulo muy interesante: el que se refiere á la reanudación de las relaciones diplomáticas del gobierno Argentino con la Santa Sede, misión delicadísima, confiada al ilustre autor del trabajo en cuestión, doctor Vicente G. Quesada.

Nos decide á verificar esta transcripción un doble motivo: la creencia de que el volumen de la Academia, por su índole y origen, no lo tendrán á mano muchos lectores de «Renacimiento» y la circunstancia de haberse organizado el actual gobierno con elementos cuyo rasgo dominante, tiene un acentuado parecido con el que caracterizó al primer gobierno del doctor Luis Saenz Peña.

Primeros cantos, por Natalio Abel Vadell — Impr. de A. de Martino — Buenos Aires, 1910.

El joven Abel Vadell, «hace» su aparición en el campo de las letras con un tomito de poesías. Si el espacio lo permitiera, gustoso

transcribiríamos la «Aurorina», que á manera de prólogo le dedica el señor Enrique de Vedia, pués allí se condensa no solo lo que Vadell ha dado, sino lo que promete. Esa es también nuestra opinión. Vadell es poeta y si se nos permite «poeta joven de cepa antigua». El tema, el contenido de sus poesías admiten más de un «reparo»; el continente se desliza siempre sin tropezones ni desmayos. Cuando bajo los dictados de modernismo y futurismo, hoy se quiere rebajar la nobleza del verso al modesto papel de prosa mal rimada, la poesía de Vadell «fresca y vieja» al mismo tiempo, causa una primera impresión de agradable sorpresa.

Vadell es muy joven, casi un niño. Cuando la imaginación se discipline, cuando asimile algo más de la realidad ambiente, cuando ciertas frases abstractas que hoy solo contribuyen á redondear un periodo, se transformen en entidades concretas que exalten su espíritu, entonces, nos dará frutos más sazonados y duraderos.

Ratificamos, pués, la profecía del señor de Vedia: el próximo volumen de Vadell, merecerá los honores de «un diez».

L. P.

Contribución al estudio de los niños retardados y anormales. — *Horacio G. Piñero.* — Imprenta de Coni Hnos. 1910.

El profesor Dr. Horacio G. Piñero, de cuya orientación intelectual nos hemos ocupado ya en las páginas de esta revista, ha publicado un libro sobre instrucción y educación de los niños retardados y anormales, valiosa contribución al estudio de un problema que recién empieza á preocupar á nuestras instituciones humanitarias y científicas.

Este trabajo presentado por su autor al Congreso de Medicina é Higiene celebrado ultimamente en Buenos Aires, comprende las diferentes fases en que la cuestión de la anormalidad infantil ha sido estudiada. Comienza preconizando la clasificación por medio del exámen consignado en un boletín psico-físico, ideado por el mismo; el empleo de estos boletines ha permitido la formación de un censo escolar en la Argentina, del que resultará la determinación del niño débil ó retardado, normal ó anormal. Inserta en este capítulo los resultados obtenidos en otras naciones con boletines que tienden al mismo fin y se detiene el Dr. Piñero en hacer resaltar la importancia que han tenido en Francia las encuestas para conocerse el número de menores hospitalizados en establecimientos de alienados y el de menores anormales no hospitalizados. Expone luego la proporción de anormalidad infantil en Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Bélgica.

En otro capítulo se detiene á estudiar científicamente una clasificación metódica de los anormales y en el siguiente amplía y concreta esa clasificación, comparándola con los métodos de Binet, Simón, Beaunis, Damaye, etc., y declarándose partidario de dar preferencia

en el exámen de los síntomas de los anormales «al criterio psicológico y después afirmarlo en la comprobación del proceso anatómo-patológico».

Trata luego del examen médico, físico, fisiológico y pedagógico del niño, deteniéndose en la confrontación de los antiguos con los nuevos formularios y finalmente dedica consideraciones á la instrucción y educación de los retardados y anormales fisiológicos.

Este libro revela el amplio dominio sobre la materia que posee el A. y su manifiesta preocupación para remediar un mal social con procedimientos derivados de la ciencia, los que á la larga lograrán devolver á la sociedad como seres útiles, aquellos que en su infancia son desgraciados, quizás en la generalidad de los casos por ajenas culpas.

Exposición de las tareas administrativas del gobierno desde su instalación hasta el 15 de Julio de 1822. — *Bernardo Monteagudo.* — Reimpresión facsimilar del Museo Mitre. — Folleto de 31 páginas.

Una Provincia Guaraní. — (Ayerecó quahá catú). — *Bartolomé Mitre.* — Reimpresión del Museo Mitre. — 1 folleto de 23 páginas.

Hemos expresado en otras circunstancias y en las mismas páginas de esta revista, el servicio que se presta á los estudiosos con reimpresiones de documentos de valor que guardan los Archivos y Bibliotecas Nacionales. El Museo Mitre, bajo la acertada dirección del Sr. Rosa, así lo comprende y ha comenzado á efectuar una serie de reimpresiones de trabajos olvidados ó extinguidos y que al divulgarlos se contribuye al mejor conocimiento de nuestro pasado político y militar. A esta serie pertenecen este folleto y el de Bernardo Monteagudo.

La Presidencia de Rivadavia. — *Mariano de Vedia y Mitre.* — Librería é Imprenta de Mayo. — Buenos Aires. 1910.

Hace algun tiempo en las columnas de «La Nación», publicó el Dr. Mariano de Vedia y Mitre, algunos fragmentos del estudio sobre «La Presidencia de Rivadavia», que acaba de recopilar y completar en un libro de pequeñas dimensiones. Ya en aquella ocasión me fué dado observar el espíritu analítico que informa ese trabajo y la claridad de la exposición. Leyendo ahora más detenidamente el nuevo libro, confirmo aquella opinión y la amplío consignando que ese alegato histórico sobre un corto período de la vida política argentina, da la sensación exacta de los sucesos que se desarrollaron en ese entonces: el Congreso del año 24; organización del gobierno ejecutivo general, con carácter transitorio; el porqué de la renuncia del general Las Heras al poder nacional que ejercía; reincorporación de la Provincia Oriental á las Provincias Unidas; rechazo de la renuncia de Las Heras y guerra con el Brasil; organización del

poder ejecutivo nacional con carácter permanente; discusión y aceptación del proyecto en el Congreso constituyente del 25; elección de Rivadavia para la presidencia; actitud de los caudillos, Bustos, Ibarra, Facundo y López ante ese acontecimiento; relaciones de Dorrego con Bustos y sus miras acordes; circunstancias que explican y excusan la ley de presidencia del 26; capitalización de Buenos Aires; causas de la caída de Rivadavia, etc., etc.

Algunas aclaraciones históricas consigna el trabajo del Dr. de Vedia y Mitre, tales como la ninguna ingerencia que Rivadavia tuvo en la constitución unitaria del 26, ni en las resoluciones del Congreso que la dictó y las vinculaciones y comunidad de miras políticas de Dorrego con Bustos. Estos dos hechos puede el autor comprobarlos con documentos y argumentaciones que hacen peso en favor de la tesis que él sostiene.

El estilo es sobrio y salvo una que otra espontánea consideración, un tanto radical para los que combatieron á Rivadavia, el libro logra su objeto: justificar los procederes del primer presidente constitucional de este país.

F. C. GONZÁLEZ.

El canto del cisne, por *Roque C. Otamendi*. Hay una portada y un retrato del autor hechos por Hohmann: muy buenos.

La novela comienza. Los personajes son dos criaturas sencillas y románticas que tratan de hacer del amor el eje necesario de la vida. El protagonista principal — Fernando Buchman, — músico inteligente y ya glorioso á pesar de su juventud, se enamora de la señorita Farnessi, celebrada cantante argentina. Por elemental lógica humana el Maestro halla en la mujer que le agrada el único instrumento digno de expresar su arte, y la cantatriz, por análogas razones, siente la dominación del creador.

El amor realiza su encantamiento efímero y la pareja, como las parejas de pájaros salvajes, busca en la soledad del retiro una dicha absoluta. Construyen el nido en una isla del Paraná en donde viven un verano. Pero como según el verso leopardino que sirve de «lei motif», la felicidad no es duradera, el amante debe abandonar á la amada y partir á Europa, porque deberes filiales lo exigen así. La ausencia y la herencia precipitan el desenlace del idilio y en los pulmones de la cantatriz muerde el morbo implacable. Hay tos, hay fiebre, hay ojeras.... hay Margarita Gautier. El amado regresa cuando apenas tiene tiempo de recibir las últimas caricias de la amada. Su dolor, hondo y lírico, se arrulla en la música de los sonetos petrarquescos. Pero como esto no basta y Leopardi sigue convenciéndole de la inutilidad de la vida, resuelve quitársela con un puñal. Y se la quita.... Han volado hasta el azul las dos almas gemelas llenas de arte, de romanticismo y de literatura.

El argumento es sencillo y la forma de su realización un tanto arcaica. El autor demuestra un verdadero espíritu de escritor sentimental aunque quizá diluye los afectos en un exceso de literatura.

A veces, la observación directa y fina aparece irreal ó casi metamorfoseada bajo el frondoso manto lírico. Otras, parece que el señor Otamendi ha *imaginado* más que *sentido* su novela. Esto que podría ser defecto en un escritor maduro no lo es en un hombre joven cuya obra futura hará perdonar las *peccata minuta* de la presente. El autor tiene lo único que se le debe exigir á un artista: temperamento. Su concepción, su técnica, su destreza retórica serán perfeccionadas mañana, con un poquito de labor y con un poquito de buena voluntad. Su vocabulario se enriquecerá cada día á medida que avance en la práctica del oficio. Y este oficio ha de enseñarle también que las verdaderas novelas son las que se viven; aquellas cuyas páginas son fragmentos de nosotros mismos: cuartos de hora arrancados á lo más hondo de nuestras almas. Lo demás es *literatura*, forma falsa, fría y vana de manifestar sentimientos inexistentes. La verdadera novela vibra y hace vibrar. Es como el piano; y no podrá jamás ser confundida con la pianola á pesar de la exactitud matemática de esta y probablemente por eso mismo.

En pintura, en música, en verso, en toda manifestación alta del espíritu humano lo verdaderamente bello es lo que brota espontáneamente del alma del artista, embellecido y modificado por su temperamento. El vicio de Oscar Wilde es primo hermano de las virtudes de Platón. Un terceto del Dante y una parábola de San Marcos se juntan en lo azul bajo el mismo nimbo de gloria. De la diferencia de temperamentos resulta la diferencia de escuelas. Leconte, Lamartine y Baudelaire son distintos y sin embargo iguales: Porque el Partenón, el Lago y la muerte, considerados en su belleza absoluta, tienen el mismo absoluto valor.

Para el artista el mundo exterior solo existe como un escenario de su mundo interno. Pongamos en el escenario á las criaturas nacidas de lo más hondo de nosotros mismos y habremos realizado obra perenne.

Y esto puede hacer el señor Otamendi que tiene, no tan solo la facultad de sentir el arte, sinó envidiable ventaja de crearlo.

LUIS MARÍA JORDAN.

Uruguay

La muerte del Cisne, por *Carlos Reyles*.—Paris 1910.

Leí «La Raza de Caín» diez años hace, cuando en las aulas de nuestros liceos y universidades comenzábase á penetrar en el significado de las cosas, buscando en los estudios psicológicos segura

guía para la exacta interpretación de los fenómenos del alma. Hacía ya tiempo que algunos novelistas franceses, llevaban á la literatura el análisis de lo incorpóreo mostrando complicados procesos, ocultos á quienes antojábaseles pura fraseología el *sentir*, el *pensar* y el *hacer* ó no *hacer*, encadenados por sucesivas é inmateriales manifestaciones de vida. Para la «Flor Latina», esa ciudad-luz, tal género de literatura érale ya familiar y se deleitaba encontrando en los cuadros trazados por sus novelistas, fieles reproducciones de la vida de sus hombres y de sus mujeres.

Nuestro público recién comenzaba á saborear el placer que se experimenta al ver reflejada en un pasaje cualquiera de esa anatomía de la psiquis, etapas de la propia existencia, nunca confesadas, pero despertadas por la actualización que de ellas hacían los escritores de almas. Fué en aquella época cuando el libro del escritor uruguayo Don Carlos Reyles llegó á estas repúblicas del Plata. Los que habían gustado ya del placer agri-dulce de asistir á las autopsias de los espíritus enfermos en la trama creadora del drama humano, á cada momento repetido, admiraron en Reyles la facilidad con que manejaba el escalpelo, abriendo no las vísceras de cuerpos humanos recién tocados por el frío de la muerte, sinó haciéndolo penetrar á flor de piel, en esa red complicadísima y laberíntica de los sentimientos y de las ideas que se traducen en acción para crear ó para destruir, indistintamente, lo bueno ó lo malo, dentro de lo lógico de la normalidad ó con los contornos trágicos de lo anormal.

Don Carlos Reyles hizo luego un largo paréntesis. Con ser Montevideo su residencia habitual, muchos argentinos ignoraban que el autor de aquel libro emotivo, era un temperamento artístico que vivía recluso observando la vida, analizando sus manifestaciones, comparando y meditando, meditando sobre todo; en los destinos de la humanidad que corre á su fin sin parar mientes porqué va apresurada á abrevar en la fuente de sus aspiraciones infinitas. Artista y psicólogo le reveló aquel libro y cuando algunos creyeron encontrar en ese bello gesto espiritual una esporádica manifestación del diletantismo latino, he aquí que Reyles nos trae desde tierras trasoceánicas su obra meditada, su esfuerzo gestado en los silenciosos retiros, para demostrarnos en «La Muerte del Cisne», con criterio de sabio, la amarga verdad encerrada en este aparente concierto de la vida universal.

«La Raza de Caín» quedó delimitada en el ambiente pequeño de pocas vidas. En ella nos mostró personajes reales que vivieron con sus pasiones y se agotaron al emplear sus energías en contra de la verdad y del bien.

Hoy con el libro «La Muerte del Cisne», simbólico título que prepara al lector para oír el sermón evangélico de una verdad que duele penetrar, Reyles contempla todo el inmenso espacio del pla-

netas y allí donde hay vida la excruta para llegar á la conclusión del triunfo de la fuerza en todos los fenómenos materiales ó morales.

Piedra angular de esta filosofía que no entra á participar en absoluto de ninguna escuela conocida, aunque algunas de ellas estén acordadas parcialmente con Reyles, es la pregunta que el autor formula en uno de sus primeros capítulos: «Pero el turbador misterio del ser, las realidades materiales ó morales ¿son otra cosa, en substancia, que las manifestaciones primigenias de la fuerza palpitante en las entrañas de todos los fenómenos?».

Y advirtiendo el gesto de estupor que fácilmente debe aparecer en el rostro de los ideólogos puros, se apresura á advertirles cómo «sin salir de la isla de lo conocido, la cual no es tan diminuta como Littré pensaba, aunque el océano de misterio que la rodea sea muy grande é impenetrable; cómo, rápido, puede decirse que la fuerza, vituperada y maldecida por los poetas, sin sospechar que era el alma de su estro y de sus ritmas, es por igual el alma del mundo y la *causa primera* de todas las cosas.»

Desde aquí en adelante, en esa primera parte del libro que llama *Ideología de la Fuerza*, el lector asiste, admirado de la exuberancia de las ideas y de las reflexiones del erudito, á la agonía de cuanto ideal puro creía conservar en el alma, porque Reyles se complace, como el cirujano que limpia prolijamente la carne que acaba de operar, en despejar hasta el más microscópico rincón de lo afectivo de todo resto de las ilusiones que creemos tan elevadas, tan ultrapuritanas, para probarnos que “el hecho brutal de la Fuerza triunfante surge del disforme vientre del caos; anida en el alma de todas las cosas, de las religiones, de las filosofías y del amor mismo y es así como el fuego sacro del Universo. Nadie, ni cosa alguna escapa al imperio de la temible divinidad, en cuyo calificado y pomposo cortejo figuran humildemente los dioses del Olimpo y los gusanos de la tierra”.

Para probarnos, dije, sí y soy sincero al confesar que estampo mi convencimiento no sin cierta pena, en cuanto á la estabilidad de los puros ideales se refiere.

Creí encontrar en uno de los capítulos últimos de esta primera parte, un asidero que me permitiera reaccionar contra esa razonable lógica, suave en apariencia, férrea en su entraña:

“El esfuerzo trágico de la humanidad por acordar las leyes del Universo á los deseos ardientes del corazón, no puede menos de terminar un día por la obediencia y adaptación humildes del corazón al Universo”, dice al principio de ese capítulo, y ¿porqué nó lo contrario?

¿Es un problema y como tal refuerza la esperanza de los ideólogos?

Pero, el mismo autor se apresura á asegurar que siendoun

problema para lo futuro, á los sociólogos de lo futuro queda encomendado y que lo interesante por ahora á la humanidad es lo evidente: la lucha de los egoismos, que cambian de formas, pero no de creencia y la "invariable propensión de las clases á dominar", cou el Oro que es fuerza, con la belleza y el amor de las mujeres que en definitiva es síntesis de fuerza. Tal la explicación de los dos capítulos subsiguientes á la *Ideología* y que llevan por título *Metafísica del oro* y *La Flor Latina*; intensos y vibrantes, sobre todo esa metafísica que entraña una amarga verdad.

Pero, en definitiva, ¿á qué conduce ese libro? se preguntará alguno que lea esta nota, donde yo desearía condensar, siquiera quintaesenciada, la profundidad de los conceptos de aquel, la robusta vestidura que los expresa y la agilidad brillante del verbo.

Un último capítulo lo dice en síntesis; he aquí los párrafos que contestan:

«La renuncia del espíritu como lazarillo de la vida es inminente. « La humanidad ha perdido la confianza en su mentor. El viejo idealismo no tiene ninguna virtud eficaz y se ofrece hasta á los ojos « de los cándidos como una vejiga desinflada. Perdida la fe y llena « de incertidumbres los mismos pueblos que adoraron de rodillas se « alejan de ella y se pierden en las sombras del escepticismo, sin « volver la cabeza ni oír el tan-tan lejano de las campanas espiritua- « les repicando en los templos desiertos. Francia, Italia, España, Por- « tugal, pagan muy caro su irrealismo, el crimen de haber preferido « la idea al hecho, la palabra al acto, la razón mística á la razón « física, para no reconocer en secreto que el lírico bagaje de ayer « es hoy una pasada impedimenta. No sólo no incita á obrar, sino « que impide obrar. El pasado les pertenece, pero no el futuro si nó « arrojan lejos de sí el muerto laurel y se coronan de frescos pámpa- « nos para merecer de nuevo los favores de la vida ».

.....

« Las criaturas generosas que viven temblando por la vida del « ideal pueden descansar tranquilas. El ideal existirá siempre por- « que es el porta estandarte de la ilusión y la esperanza necesaria « á los hombres; pero según claros indicios no será lo que éstas « han tenido hasta ahora con testarudez carneril, como la proyección « única é imperecedera del alma.

« El materialismo de las sociedades futuras no les impedirá te- « ner su ideal, sólo que éste, por razones obvias, no puede ser ni « el místico, ni el espiritualista, ni el ideal reconocidamente fundado « en la mentira de las sociedades contemporáneas, sinó un ideal « práctico, cuasi macarrónico pero robusto y sesudo, como corres- « ponde á los pueblos entrados en la edad provecta, que no susti- « tuya lo quimérico á lo real ni debilite para las luchas de la vida.»

«La Muerte del Cisne» es, pues, un libro que enseña á ser fuerte;

un nuevo evangelio de la voluntad y si toda la juventud del mundo llegara á posesionarse y á practicar el ideal que predica en sus páginas, una humanidad de selección aguardará á las futuras edades, pero purificadas en cuanto á la conciencia de su destino se refiere... acaso suspirando ancestrales ilusiones, aquellas que hicieron felices á la humanidad del pasado y á gran parte de la del presente.

Los cabildos coloniales,—por el Dr. José Salgado.—Montevideo Librería de la Universidad. 1910.

Representando al gobierno de la República Oriental del Uruguay asistió en Mayo de este año al XVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en esta capital, el Dr. José Salgado, uno de los hombres jóvenes y estudiosos de la vecina nación. El Dr. Salgado, profesor en la universidad de su patria, ha escrito ya varias obras de aliento en materia histórica, estudios hacia los cuales ha orientado sus actividades intelectuales.

En el Congreso mencionado presentó un trabajo sobre *Los Cabildos Coloniales*, acerca del cual las opiniones de los congresistas coincidieron, en aquel entonces, asignándole verdadera importancia. Ese trabajo nos llega ahora en un folleto de 65 páginas y su lectura ratifica aquella opinión de los americanistas, pues revela su autor condiciones felices para la investigación histórica y fiel interpretación de los hechos relacionados con la vida y funcionamiento de esa institución implantada por España en sus colonias americanas.

El Dr. Salgado describe cómo se constituían los cabildos, la calidad de las personas que los formaron en los sucesivos períodos, sus funciones políticas y administrativas, sus relaciones con la autoridad real y antes de entrar al estudio del cabildo de Montevideo, se detiene á examinar la existencia de los *cabildos abiertos*, como existentes en las tradiciones y leyes del viejo sistema municipal español y refutando á Groussac, demuestra que en las leyes de Indias, primero, y en Bovadilla y Martínez Marina se habla de cabildos abiertos, lo que prueba que ellos existían ya en las antiquísimas costumbres y usos del antiguo sistema municipal de España.

Sigue relatando cuanto atañe el Cabildo de Montevideo hasta 1808, en que aprovechando las disensiones de Liniers y Elío esa corporación crea su junta de gobierno independiente de Buenos Aires. Le asigna así rol eminentemente revolucionario en los prodromos de la independencia americana, que lo diferencia del cabildo de Buenos Aires, que fué en análoga circunstancia simple instrumento para la revolución.

De los siguientes libros nos ocuparemos en el próximo número:

La Revolución Francesa y Sud América. — Luis Alberto de Herrera. 1910.

Ariel.—*José Enrique Rodó.*—8ª edición.—1910.

Artigas.—*Alegato histórico.*—por *Eduardo Acevedo.*—1910.—2 volúmenes.

FLORENCIO CÉSAR GONZÁLEZ.

Europa

Estudio sobre grandes hombres. por *Jonh Morley.*—Barcelona 1910.

Entre los últimos libros recibidos por la librería de los Srs. Mendesky, se cuenta uno sumamente interesante: el de Jonh Morley. Contiene este volumen una serie de estudios consagrados á Macaulay, Wordsworth, Carlyle, Emæron y Comte y un discurso titulado «*Los Aforismos*» pronunciado en la *Philosophical Institución* de Edimburgo, el 11 de Noviembre de 1837.

En la imposibilidad de resumir un libro que cautiva desde las primeras líneas, nos concretamos á llamar la atención del lector acerca del estudio que dedica á Macaulay, porque este insigne escritor inglés pertenece al núcleo de autores á quienes aun entre nosotros podría aplicársele el calificativo de popular, puesto que si Wordsworth es casi un desconocido y Emerson y Carlyle se tienen *ad pompam vel ostentationem*, en los estantes de las bibliotecas, los *Essays*, ruedan de mano en mano y constituyen el plato fuerte que en los años juveniles se intercala entre las hazañas pseudo científicas de Julio Verne y los “cuentos” históricos de Alejandro Dumas.

El secreto de semejante popularidad la encuentra Morley en la virtud declamatoria, en el gusto por el detalle superficial, en el colorido local y en las minuciosidades triviales que Macaulay derrocha á manos llenas en sus escritos. Es un “narrador” que nunca mutila ni desvía sus cualidades inatas. En vez de emitir juicios mesurados, afirmaciones condicionales y restrictivas, como un filósofo que examina el pro y el contra de las cosas, se abandona libre de amarras a su propio genio y aborda cualquier tema histórico ó de cultura literaria, como lo hace un “poeta en su cuarto de hora” de inspiración. Su moral es la moral media del burguesismo que le rodea. Véase este pensamiento en su estudio sobre “Maquiavelo”: “Toda mujer pierde su reputación cometiendo un acto que en el hombre se califica de pecado venial ó de buena fortuna, y consiste esta aparente injusticia en que más detrimento sufren los principios morales de una mujer con una sola falta, que los del hombre al cabo de veinte años de intriga”. Este pensamiento lo suscribirían por igual, un maestro de escuela, una superiora de convento, un pastor

protestante y cualquier burgués que divide las horas, entre sus negocios, los cuidados de la familia y las escapatorias más ó menos ilícitas que se cubren con un "asunto urgente" ó la retribución de atenciones ineludibles en un hombre de empresa. Ahí está su fuerza, y su debilidad. Elevadísimo exponente de las ideas, de los sentimientos de su siglo, su obra carece de "devenir".

Pero eso sí,—agrega el crítico:—"Lo que sólo es vana pretensión en el artículo del discípulo, era con frecuencia en Macaulay la conciencia justificada de su superioridad. Lo que en el periodista no es en el fondo más que mal humor, era á menudo en el escritor una indignación generosa; lo que forma la base misma del temperamento literario y de la organización intelectual de los que lo han tomado por modelo no era en él más que el defecto accidental de su robusto genio".

Las doctrinas sociológicas,— por el *Dr. Fausto Squillace*.— 2 Volúmenes. 1910.

La Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia, incorpora á su extensa colección de obras de fondo contemporáneas, el notable trabajo el Dr. Fausto Squillace "Las doctrinas sociológicas". El autor siguiendo la norma que en estos últimos tiempos se ha trazado la producción italiana, hace un verdadero derroche de información. No hay libro, revista ó folleto de mediana importancia publicado no importa donde, que no se encuentre prolijamente catalogado entre los elementos de juicio necesarios para esbozar una crítica, anotar una tendencia, emitir una opinión. De ahí que un libro de estos, abarrotado de citas y de notas, concluye por marear y el lector insensiblemente, siguiendo la ley del esfuerzo mínimo, prescinde poco á poco de la comprobación bibliográfica para examinar su contenido.

La índole del libro que nos ocupa requería, sin embargo, el método seguido por el autor, desde que se trata de enumerar, clasificar y analizar todas las doctrinas sociológicas en el momento actual.

A este respecto la obra de Squillace es poco menos que completa. Después del prefacio, donde sintetiza el estado actual de los estudios sociológicos en los distintos países, enumera las tentativas de clasificación de las diversas doctrinas, estudia en los capítulos subsiguientes, los precursores y las escuelas fundamentales con todos sus matices, en que se divide el campo de la sociología: la escuela basada en las ciencias físicas y naturales, la biológica, la psicológica y lo que él denomina: sociología basada en las ciencias sociales.

Como se vé, el autor adopta una clasificación trepartida apartándose de la tripartida, que si no estamos equivocados, se había impuesto como la más lógica. Tan es así, que á simple vista la clasificación del autor aparece algo confusa, desde que establece

una distinción fundamental entre la sociología basada en las ciencias naturales y la biológica ó bio-analógica.

Fuera de esta objeción de forma mas que de fondo, la obra de Squillace es digna de ser leida por el gran caudal de información que contiene.

Remisora de este libro es la casa de los señores Mendesky é hijo.

L. P.

SI NAPOLEÓN HUBIERA VENCIDO

REFLEXIÓN HISTÓRICA

¿Cual hubiera sido el resultado para Francia, y para el mundo en general, si Napoleón hubiera derrotado á los aliados en la campaña de 1815?

Aquellos que han estudiado la campaña de Waterloo están plenamente convencidos de que los ejércitos sobre los cuales Napoleón llevó su ataque á través de la frontera belga, en Junio de 1815, escaparon de ser aniquilados debido solo á la pura casualidad. Cuando el estampido del cañón rompió el silencio y seguridad de Bruselas la noche del famoso baile, y el duque de Wellington se retiró á una pieza privada para leer los despachos recibidos desde el cuartel general del ejército, describió segura y exactamente la situación al exclamar, lanzando un juramento:

—¡Bonaparte me ha entrampado!

Esparcidos en diversos cuerpos que se extendían á lo largo de una distancia de cerca de treintaisiete leguas, el ejército aliado había sido completamente sorprendido. Si Napoleón hubiera estado bien servido, los prusianos habrían sido destruidos á pesar de estar los ingleses dentro de sus líneas, y luego estos habrían sido á su vez aplastados por la irresistible superioridad del número.

Los aliados se salvaron por una serie de hechos providenciales que no podían haber entrado jamás en los cálculos de ninguna previsión humana.

UN CAPÍTULO DE ACCIDENTES

El primero de todos, la desertión del general francés Bourmont, que se llevó el fatal conocimiento de los planes del emperador.

Si no hubiera sido por esto, los prusianos habrían sido sorprendidos, tan profundamente dormidos que no hubiesen podido ofrecer ninguna resistencia eficaz.

Segundo, la mala dirección de los cuerpos de veinte mil hombres al mando de D' Erlon, el cual, con su indecisión de ordenar primero una dirección, luego otra y después retroceder al mismo punto, no prestó ayuda alguna á Napoleón en Ligny, ni á Ney en Quatre - Bras, cuando su activa cooperación en uno de los dos campos de batalla habría sido decisiva para el resultado.

Tercero, el terrible error que se cometió en las órdenes dadas al mariscal Grouchy, ya fuera en su transmisión ó en la interpretación que les dió quien las recibió lo cual permitió á Blücher interponerse entre Napoleón y su teniente, cuando la intención del emperador era que Grouchy hubiera maniobrado siempre entre él y los prusianos.

Otros incidentes más secundarios contribuyeron también á la culminación del desastre, tales como el enviar órdenes por medio de un solo oficial del estado mayor, que fué muerto en el servicio; pero aquellas tres principales fueron las causas determinantes de la derrota francesa en Waterloo, donde la acción empezó cerca de mediodía, y donde Napoleón tuvo que luchar con dos ejércitos á la vez después de las dos de la tarde.

El viejo Blücher había luchado á traves de campos fangosos para llegar á tiempo de tender la mano de salvación al apremiado Wellington, mientras Grouchy estaba todavía divirtiéndose en Gembloux, es decir á muchas millas de distancia.

Para todos los propósitos prácticos, los auxilios que necesitaba Wellington estuvieron á mano al principiar la batalla. mientras los de Napoleón, para igual caso, bien

podían haber estado en la China ó en la península de Labrador.

Supongamos que Napoleón no hubiera estado tan impaciente por empezar la campaña; supongamos que la hubiese retardado dos semanas y conseguido la incorporación de los treinta mil soldados que estaban en La Vendée; supongamos que hubiera esperado recuperar su fuerza física gastada y curarse de la dolencia local que convertía en una tortura el andar á caballo; supongamos que no hubiera llovido el 17 de junio; supongamos que sus planes se hubieran desarrollado como tenía derecho á esperar..., ¿cuál habría sido el resultado para él y para el mundo europeo?

EL RESULTADO PROBABLE EN FRANCIA

Es razonablemente seguro que Napoleón hubiese sido durante el resto de su vida, un jefe de estado constitucional. Los grandes principios esenciales de la revolución francesa habrían llegado á ser parte de la ley fundamental de Francia, sin nuevas vicisitudes.

«La carrera abierta al talento» hubiera sido el equivalente napoleónico á cambio de la igualdad de ocasión; y la legión de Honor, donde el mérito era la prueba de nobleza, habría dado á Francia una aristocracia más verdadera que la que puede producir la simple altura de la cuna.

Se recordará que á su vuelta de la isla Elba, Napoleón pareció reconocer el hecho de que la época del gobierno personal autocrático había pasado para siempre. Había consentido, con aparente seriedad, en aceptar cambios que lo convirtieron en rey constitucional. Esto lo hizo después de una consulta con republicanos tan sinceros y probados como Carnot y Benjamin Constant; y aún cuando insistió en promulgar esta «ley adicional» como decreto imperial, así mismo la atribuía á un voto libre del pueblo. Al mismo tiempo, había adoptado una enérgica actitud en contra de la nobleza hereditaria, aduciendo en contra de ésta argumentos tales como los que Gefferson

podía haber usado; y significativamente sostenía el derecho del estado para confiscar las fortunas desmedidas.

Por lo tanto, es razonablemente seguro, que si Napoleón hubiera triunfado sobre los aliados en 1815, su corona habría pasado, llegado el tiempo á su hijo. Los principios de la revolución francesa hubieran sido así una obra de transacción con los principios de legitimidad y derecho divino; y Francia habría realizado la función de la monarquía, aristocracia y democracia que Napoleón creyó siempre que era lo mejor para su pueblo.

Nunca fué pensamiento suyo el creer que los franceses de ese tiempo eran capaces de poseer un gobierno semejante al que los ingleses tenían. Menos pensaba todavía que fueran capaces de gozar del gobierno propio popular, tal como el de los Estados Unidos. Era su convicción de que las tradiciones en Francia estaban demasiado profundamente arraigadas; la educación y práctica demasiado rudimentarias; la tendencia á la violencia tumultuosa y represalias de clase, demasiado fuerte. ¿Quién que recuerde la historia de la época subsiguiente—la revolución de 1830 y la Comuna de 1870, y el rencor mortal de clases que existe hoy en Francia, puede decir con algo que se asemeje á certeza dogmática, que el emperador no tenía razón?

LA HISTORIA ALTERADA DE EUROPA

¿Pero cuál habría sido el efecto sobre la Gran Bretaña y sobre la Europa continental, si Napoleón hubiera vencido en 1815?

En una sola frase puede ser compendiado: *El liberalismo no habría sufrido ningún retroceso.*

Los principios de la revolución francesa hubieran seguido adelante en su camino, venciendo sin derramamiento de sangre. La obra benéfica que Napoleón había empezado no habría sido interrumpida. No hubiese habido el Terror Blanco, ni la Santa Alianza, ni la matanza de demócratas porque eran demócratas, ni tampoco los monarcas despóticos hubieran vuelto á encadenar la libertad de

la palabra, la pluma, el pensamiento y el trabajo. Si Napoleón hubiese vencido en 1815, no habría habido tiranía austriaca en Italia, ni ejército francés para aplastar el patriotismo italiano y sostener el poder temporal del papa. No habría habido la supresión de los pueblos alemanes por la política de Metternich de «mantener las cosas tales como eran». Ni se habría producido la horrible reacción en España, ni tampoco el pueblo español se hubiera vuelto á ver nuevamente esclavizado por una autocracia medioeval.

Si Napoleón hubiese vencido en 1815, hasta la Gran Bretaña se habría encontrado bendecida con el triunfo. Los grandes principios por los cuales Charles James Fox combatió tanto tiempo, habrían predominado sobre las tendencias estrechas de Pitt, Casthereagh y Burke. El reinado del terror, durante el cual tantos hombres buenos perdieron la vida por el crimen de ser demócratas, jamás hubiera deshonrado la historia inglesa. Después de la caída de Napoleón, la libertad de la palabra y los principios liberales sufrieron en la Gran Bretaña un largo y funesto eclipse, y no fué hasta que vino al mundo otra generación que se recuperó el terreno perdido.

LO QUE HIZO NAPOLEÓN POR ITALIA

En las memorias del general Gregorio Pépe encontrará el lector escrito lo que sigue, en relación al pueblo de los estados italianos.

«Hemos progresado más en el espacio de diez años que nuestros antecesores en tres siglos. Hemos adquirido los códigos civil, criminal y comercial franceses; hemos abolido el sistema feudal; tenemos una guardia nacional compuesta de todas las clases; el clero está casi suprimido, como que ha sido privado de su riqueza mal adquirida. Se ha extirpado la corrupción de los magistrados por medio de una selección más cuidadosa de los hombres elevados á tan importante cargo público, y también debido á que se ha mejorado el método de administrar justicia».

Si tales fueros las mejoras ejecutadas por Napoleón

en Italia donde, según dijo él, no había podido encontrar más que un solo hombre capaz de ayudarle en su tarea— fácilmente podemos comprender cuál sería su obra en Francia, en la Confederación del Rhin y en Holanda. En caso de haber triunfado en 1815, esta poderosa obra de reformas hubiera seguido adelante con acelerada velocidad. Su caída la paró. Y no fué eso solo, sinó que los viejos abusos volvieron á imperar otra vez, con mayores apetitos que antes, debido al largo ayuno. La era de reacción que siguió es uno de los capítulos más negros de la historia moderna.

Si Napoleón hubiera vencido en 1815, su triunfo habría tenido una influencia de largo alcance sobre el espíritu de nacionalidad en Europa, porque su propio poder no descansaba ya sobre el derecho divino, sino sobre el derecho de un pueblo é elegir sus propios gobernantes. Fácilmente puede uno concebir qué impulso podía haber tomado este principio en Polonia, Hungría y hasta en Irlanda, si en Francia hubiera tenido éxito. Con su triunfo final, poca duda puede haber que el gran ducado de Varsovia, creado por Napoleón, se hubiese ensanchado hasta llegar á ser una Polonia restaurada; y que el sueño de Kossuth, de conseguir la independencia hungara, se habría realizado sin derramamiento de sangre humana.

EL ALEGATO DE FOX POR LA PAZ

Un eterno monumento al honor de Francia y de Napoleón es el discurso pronunciado por Charles J. Fox en el parlamento británico, la noche del 3 de Febrero de 1800.

Había habido siete años de guerra entre Francia y la Gran Bretaña; pero tan pronto como Napoleón llegó á ser el jefe ejecutivo del gobierno francés, escribió inmediatamente al rey de Inglaterra, proponiéndole la paz. Pitt pronunció un largo y mordaz discurso contra la aceptación de las proposiciones del primer cónsul. A una hora ya tarde, se puso de pie Fox para contestar, y su argumento

en favor de la cesación de la guerra es uno de los esfuerzos más poderosos y honorables de la elocuencia humana.

En este discurso magistral, del cual publicamos la parte más notable, Fox pasó revista extensamente á las causas fundamentales de la larga y ruinoso lucha; y estableció el hecho, por siempre, de que Francia había sido y era la víctima de la agresión desde el principio. Empezando con las conferencias y convenios secretos del emperador de Alemania y el rey de Prusia en Pilnitz y Mantua, probó que las energías unidas de Alemania, Prusia y la Gran Bretaña habiánse empleado en impedir que el pueblo francés ordenara sus asuntos internos.

«Este país ha sido el agresor en la guerra. Pero respecto á Austria y Prusia, ¿hay acaso un solo hombre que por un momento pueda discutir que fueron ellas las agresoras? Será inútil que los honorables caballeros de esta cámara entren en largos y plausibles razonamientos contra la evidencia de documentos tan claros, tan decisivos, tan frecuente y perfectamente investigados. El mismo infortunado Luis XVI, como también aquellos que gozaban de su confianza, dió el testimonio decisivo que probaba el hecho de que entre él y el emperador existió una correspondencia íntima y una perfecta inteligencia. ¿quiero significar con esto que se haya concertado un tratado positivo para la desmembración de Francia? Ciertamente no; pero ningún hombre puede leer las declaraciones que se hicieron en Mantua, como también en Pilnitz, tales como las ha dado Bertrand de Moleville, sin reconocer que no era simplemente una intención, sino una declaración de la intención, de parte de los grandes poderes de Alemania, de intervenir en los asuntos internos de Francia, con el propósito de reglamentar y ordenar el gobierno contra la opinión del pueblo. Esto, cuando no un plan para la repartición de Francia, era, á los ojos de la razón y del sentido común, una agresión contra Francia.

El honorable caballero y miembro de esta cámara niega que haya habido un tratado de Pilnitz. Convenido. ¿Pero no ha habido una declaración que importaba un acto

de hostil agresión? Los dos poderes, el emperador de Alemania y el rey de Prusia, hicieron una declaración pública de que estaban decididos á emplear sus fuerzas, en unión con las de los otros soberanos de Europa, para poner al rey de Francia en situación de establecer, en perfecta libertad, las bases de un gobierno monárquico igualmente agradable á los derechos de los soberanos y al bienestar de los franceses. «Siempre que los otros príncipes estuvieran acordes en cooperar con ellos», entonces, y en ese caso sus majestades estaban resueltos á proceder prontamente, y por consentimiento mutuo, con las fuerzas necesarias para conseguir el fin que todos ellos se proponían. Mientras tanto, declaraban que darían órdenes para que sus tropas estuvieran listas para entrar en servicio efectivo».

«Ahora, caballeros, les pido que pongan la mano sobre sus corazones, y digan cual era el significado verdadero y cabal de esta declaración: ¿acaso no era una amenaza y un insulto para Francia, desde que, en términos claros, declaraba que si los otros poderes concurrían con su apoyo, ellos atacarían á Francia, entonces en paz con ellos y ocupada en ese momento solo en sus arreglos internos y nacionales?»

«Supongamos que el caso citado fuera el de la Gran Bretaña. Diría algún caballero de esta cámara, si dos de los grandes poderes europeos hicieran una declaración pública de que estaban decididos á llevar un ataque á este reino tan pronto como las circunstancias favorecieran su intención; que solo esperaban la ocasión para hacerlo, y que mientras tanto mantendrían listas sus fuerzas para el objeto, diría que no debía considerarse ese acto por el parlamento y el pueblo de este país como una agresión hostil? ¿Y existe acaso algún inglés que por amigo de la paz que sea, en un caso análogo, llegaría á decir que la nación podía conservar su honor y dignidad permaneciendo impasible ante tal amenaza? Conozco demasiado bien lo que puede esperarse del carácter inglés para creer que nohabría dos opiniones al respecto, si de semejante manera se atacara á nuestros sentimientos.

«Debemos, entonces, respetar en otros la indignación que tal acto produciría en nosotros; y cuando lo vemos probado con el testimonio más indisputable de que tanto en Pilnitz como en Mantua se hicieron declaraciones con este fin, es ocioso decir que, en cuanto concierne al emperador y al rey de Prusia, no fueron ellos los agresores en la guerra».

Se ve, pues, que la guerra entre Francia y las monarquías agresivas era una lucha de las aristocracias para contener la propagación de los principios democráticos.

Esta guerra le tocó á Napoleón por herencia, El no la empezó. Su caída en 1815 dejó triunfantes los principios monárquicos. Si él hubiera triunfado, no es mucho decir que los principios democráticos habrían conquistado al mundo civilizado en el espacio de una generación.

EL APÓSTOL DE LA DEMOCRACIA

Un historiador inglés que no quería á Napoleón concluye en sus capítulos con estas palabras:

«La influencia que Napoleón ejerció sobre el curso de los asuntos humanos es sin paralelo en la historia. Nunca antes las manos de un hombre esparcieron semillas destinadas á producir una cosecha de cambio político tan vasto y tan benéfico. Fué él quien despertó á Italia de su sueño de siglos, y la encaminó hacia esa vida libre y nacional de que al fin goza ahora. Fué él quien, destruyendo los innumerables estados pequeños de Alemania inspiró ese sueño de unidad que ha necesitado más de medio siglo para efectuarse. *El era el temido apóstol de la democracia.*

Cuando recordamos que no fué hasta 1830 que el pueblo de Francia pudo levantarse otra vez para sacudir el odioso yugo tiránico que lo oprimía; que no fué hasta 1833 que los liberales han edificado tan energicamente su baluarte desde entonces; que no fué hasta 1870 que la nacionalidad italiana ganó su tardía victoria; y que no fué hasta 1906 que los millones de rusos despertaron para darse cuenta de su propia existencia; cuando recordamos

todas estas cosas, repito, podemos medir las pérdidas del mundo con el triunfo del absolutismo en Waterloo, y podemos valorar, por vía de contraste, lo que el liberalismo habría ganado si Napoleón hubiese sido el vencedor.

DECLARACIONES DE NAPOLEÓN

Durante los años de cautiverio en Santa Elena, buena parte del pensamiento del emperador destronado estuvo dedicado á vestir su figura histórica para la posteridad.

Por lo tanto, debe descontarse cumplidamente el interés propio que lo impulsaba en todo lo que dijo. Sin embargo, es interesante leer lo que él mismo afirmaba que hubiera hecho sí no hubiese sido derrocado. Hablando con su compañero de destierro, Las Casas, le manifestó:

«Concluída la paz en Moscú mis expediciones hostiles habrían quedado realizadas y terminadas.

Hubiera sido ese hecho, con respecto á la gran causa el fin de la lucha y el comienzo de la seguridad. Un nuevo horizonte, y nuevas empresas, se hubieran ido desarrollando de suyo, adaptado todo ello al bienestar y prosperidad de todos. Se hubiera puesto la base del sistema europeo, y mi única tarea restante habría sido su organización. Satisfecho sobre estos puntos, y en todas partes en paz, yo también habría tenido mi congreso y mi Santa Alianza. Estos son planes que me fueron robados. En esa asamblea de todos los soberanos, habríamos discutido nuestros intereses en familia, y arreglado nuestras cuentas con el pueblo como un empleado lo hace con su amo.

«La causa de la época estaba victoriosa, la revolución realizada. El único punto en duda era reconciliarla con lo que no había destruido. Pero esa tarea me pertenece á mi. Desde hacía ya tiempo venía haciendo los preparativos para ello, á expensas, tal vez, de mi popularidad. No importa. Yo me hubiera convertido en el arco de la vieja y nueva alianza, en el mediador natural entre el antiguo y moderno orden de cosas. Yo habría mantenido los principios y poseído la confianza del uno, mientras me identifi-

caba con el otro. Yo hubiera pertenecido á los dos; hubiese procedi posnscientemente en favor de cada uno. Mi gloria hubiese consictido en mi equidad.

Poderosos como éramos, todo lo que podríamos haber concedido hubiera aparecido grande. Nos habríamos conquistado la gratitud del pueblo. Ahora, lo que puedan arrancar no les parecerá nunca bastante, y serán uniformemente desconfiados y descontentos.

«Yo deseaba establecer los mismos principios, el mismo sistema en todas partes, un código europeo de leyes, una Corte europea de apelaciones, con plenos poderes para reparar todas las decisiones erróneas ó injustas, como la nuestra lo hace co las decisiones de nuestros tribunales; monedas del mismo valor pero con diferentes cuñas; las mismas pesas y medidas, las mismas leyes, etc. Europa, de esa manera, habría sido pronto un mismo pueblo, y todo el que viajara se habría encontrado en todas partes en un país común. Yo habría requerido que todos los ríos fuesen en común navegables; que los mares hubiesen sido completamente libres para todos, que los grandes ejércitos en pie se hubieran reducido en el futuro nada más que á una guardia para el soberano. A mi vuelta á Francia, en el seno de mi patria, á la vez grande, poderosa y magnífica, en paz, y gloriosa, yo habría proclamado la inmutabilidad de las fronteras, todas las guerras del porvenir hubiesen sido puramente defensivas; todo nuevo engrandecimiento antinacional.

«Hubiera asociado á mi hijo al imperio. Mi dictadura habría teminado, y su reinado constitucional habría comenzado. París hubiera sido la capital del mundo, y los franceses la envidia de las naciones. Mis ocios y ancianidad habrían sido consagrados, en compañía con la emperatriz y durante el aprendizaje real de mi hijo en visitar, en mi coche propio, todos los rincones del imperio, recibir las quejas, reparar injusticias ó errores, fundar monumentos y en hacer el bien en todas partes y por todos los medios. Esto, mi querido Las Casas, era parte de mis sueños».

... Supongamos que todo esto no hubiera sido más que

un mero sueño ¿Y qué sueño ha sido nunca más noblemente propio de un estadista? Supongamos que hubiera sido más que mera charla para producir efecto ¿acaso la sola concepción no causa admiración?

A la luz de la situación de Rusia en estos últimos años, uno se da cuenta de la maravillosa previsión y perspicacia de Napoleón cuando dijo:

«Ahora, lo que puedan (se refería al pueblo) arrancar (de sus gobernantes) no les parecerá nunca bastante, y serán uniformemente desconfiados y descontentos». Además; considérese cuán tardía y debilmente los «leaders» del pensamiento mundial están tratando, con los congresos y tribunales de La Haya, de llevar á cabo un pacto de paz internacional tal como lo bosquejó Napoleón en Santa Elena!

A menudo, durante estos últimos años, hemos oído á estadistas y publicistas filántropos insinuar, como una novedad, el plan de un tribunal ó corte internacional ante el cual se presentarían, para ser oídas y falladas, las disputas de reyes y pueblos. Sin embargo, hace casi un siglo que Napoleón proclamó como una de sus ideas propias «un Código europeo de leyes; una corte europea de apelación, con plenos poderes para reparar todas las decisiones erróneas ó injustas»,

Considérense uno por uno los pensamientos expresados por Napoleón en sus declaraciones á Las Casas, y se quedará uno poderosa y profundamente impresionado por la convicción de que este prisionero de los reyes combinados del viejo mundo llevaba en su cerebro y corazón los ideales del progreso moderno. Es justo creer que si hubieran vencido y quedado en paz, el poderoso obrero que reorganizó la Francia habrí ensanchado el campo de sus energías y reorganizado Europa

THOMAS E. WATSON.

(Ex representante por el estado de Georgia, y autor de "La Historia de Francia", "de Napoleón", etc.)

NOTAS

FLORENCIO SANCHEZ

† EN MILAN

A pesar de lo presentada, la muerte de Florencio Sanchez ha causado hondo sentimiento en las repúblicas del Plata.

Hijo de sus propios esfuerzos logró imponer su nombre en la primera fila de los que han hecho el teatro nacional y sus triunfos tienen su mejor sello de justicia en que fueron espontaneamente discernidos á quien, como Sanchez, jamás peregrinó ante los poderosos buscando sonrisas benévolas ó adoptando gestos halagadores á la vanidad de cuantos abren ó cierran las puertas del renombre y de las fama. Porque Sanchez, dentro de aquella su humildad física, tenía el orgullo de los que se saben capaces de llegar, acariciados por el ideal, alentados por esa voz interior que constantemente resuena en el espíritu como alerta para los aniquilamientos en la eterna lucha de los hombres y con los hombres.

Nuestro Teatro Nacional ha perdido á su mejor representante; la mísera envoltura de aquel pensamiento, optimista siempre, á pesar de las crueles realidades de su existencia, vuelve á la madre común, pero quedan sus obras, páginas de la vida real, hondamente sentidas con haces de luz en que se funden las esperanzas, los ensueños, los grandes y nobles optimismos y las amargas realidades del mundo en que vivimos.

EL ARTÍCULO DE RODÓ

En las primeras páginas de este número insertamos el artículo con que José Enrique Rodó ha querido honrar á Renacimiento. Contribuye así el escritor Uruguayo á la afirmación del éxito de esta revista que puede incluir, de hoy más, entre sus colaboradores, á firmas extranjeras como la del autor de «Ariel» y de «Motivos de Proteo»

Rumbos Nuevos, es como todas las predicaciones de Rodó, una exquisita plática para la juventud de nuestra época un tanto desorientada por deficiente plasmación de los ideales. Para ella, principalmente, y para los que no siendo ya jóvenes creen en estas prédicas saludables, ha escrito Rodó, con esa su amplitud de mirages y robustez de pensamiento, la página evangélica que publica «Renacimiento».

LA DIRECCIÓN

LIBRERÍA NACIONAL DE J. LAJOUANE & C^{IA.} — EDITORES
CALL BOLIVAR 270

ACABA DE APARECER:

♦ ♦ ♦ ♦ ♦ **La única obra completa de Historia Nacional**

HISTORIA ARGENTINA

— DESDE SU ORIGEN HASTA LA ORGANIZACIÓN NACIONAL —

POR

MARIANO A. PELLIZA

Nueva edición ilustrada con más de 500 grabados

Dos tomos in-8, elegantemente encuaderndos.....15 \$ m/n

LIBRERÍA ♦ PAPELERÍA

IMPRESIÓN ♦ LITOGRAFÍA

Fábrica de libros en Blanco

Venta de Papel Sellado

J. M. Mongaut

136 - SAN MARTÍN - 136

♦ Unión Telefónica 142 (Avenida) ♦



BUENOS AIRES

Talleres: Chile, 65

Impresión de Revistas, Tesis, y Folletos

Trabajos Comerciales de Todas Clases

Útiles y material para la enseñanza

DE LA ACREDITADA CASA

K. F. KOEHLER

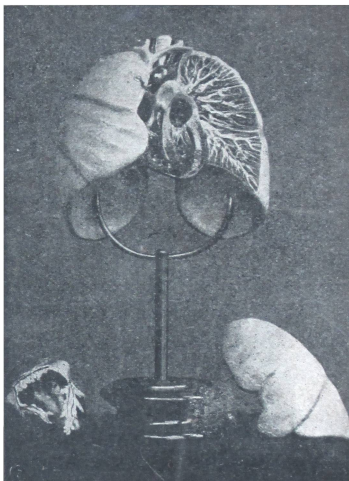
LEIPZIG

Únicos representantes:

Curt Berger y Cia.

25 de Mayo, 384-392

BUENOS AIRES



- Sección
- I. Decoraciones y Aparatos de Escuela.
 - » II. Enseñanza de Escuelas Infantiles Sistema Froebel.
 - » III. Enseñanza primaria según el método natural.
(Enseñanza de objetos).
 - » IV. Religión y Geografía Bíblica.
 - » V. Leer y Escribir.
 - » VI. Enseñanza primaria de Aritmética y de formas geométricas.
 - » VII. Matemáticas para Escuelas superiores.
 - » VIII. Enseñanza de lenguas.
 - » IX. Geografía y Ciencias preliminares.
 - » X. Historia Universal, Historia de la Civiilización y de las Artes.
Mitología y Leyenda.
 - » XI. Antropología, Higiene, Microscopía.
 - » XII. Zoología.
 - » XIII. Botánica.
 - » XIV. Geología, Mineralogía, Paleontología.
 - » XV. Física.
 - » XVI. Química.
 - » XVII. Tecnología, Nociones sobre el trabajo y sobre los artículos
del Comercio.
 - » XVIII. Agricultura.
 - » XIX. Dibujo.
 - » XX. Labores de mano, Enseñanza de la economía doméstica
 - » XXI. Gimnasia, Juegos gimnásticos.
 - » XXII. Canto, Enseñanza de música, instrumentos y utensillos.

Pídanse Catálogos y visítese la **Exposición** instalada en nuestras oficinas: **Calle 25 de Mayo 382, Buenos Aires.**